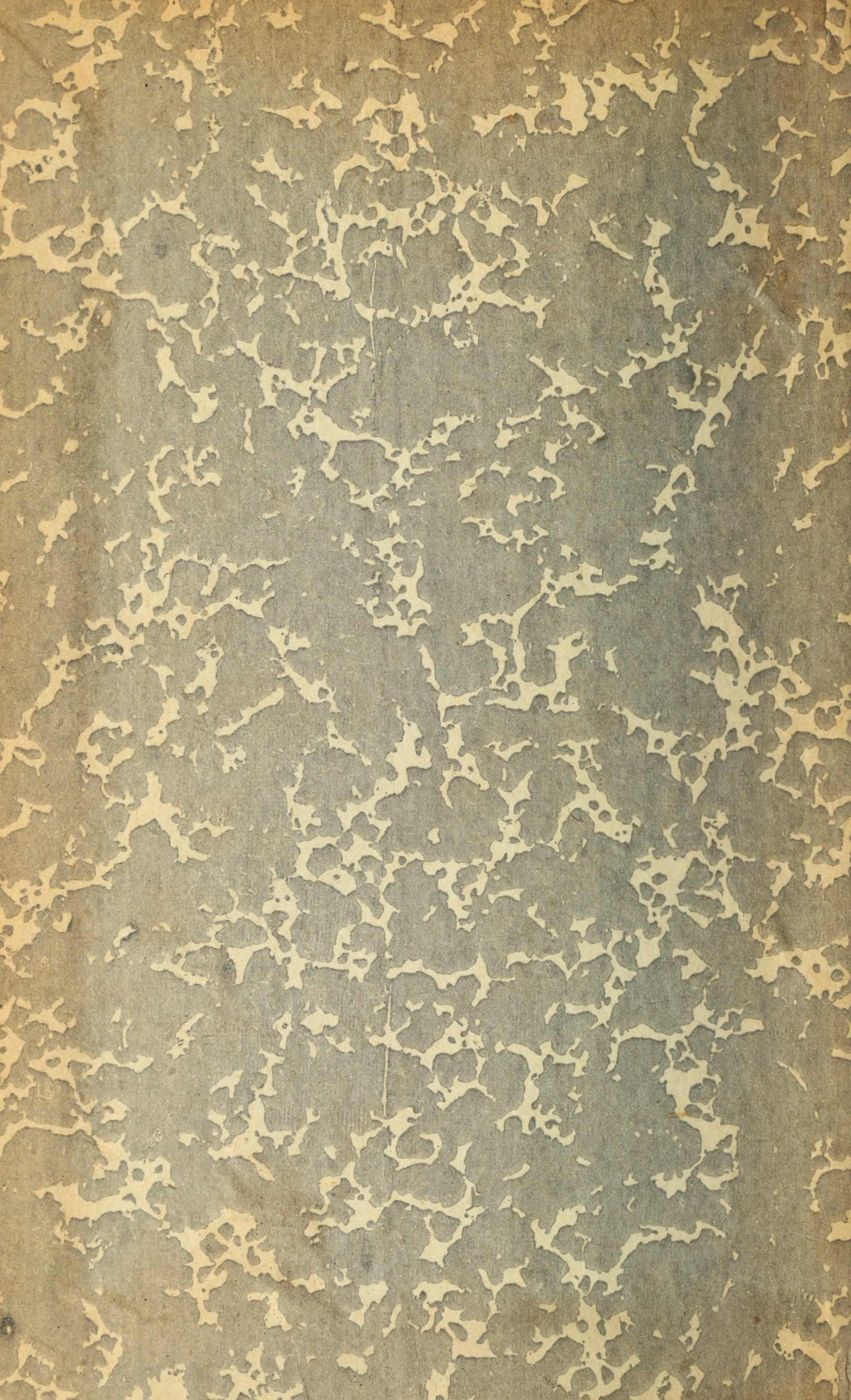

3 1761 08695862 6





EPISTOLARIO

SOCIEDAD DE MENÉNDEZ Y PELAYO

EPISTOLARIO DE FERNÁN CABALLERO

UNA COLECCIÓN DE CARTAS INÉDITAS DE LA NOVELISTA

PUBLICADA POR

ALBERTO LÓPEZ ARGÜELLO

CON PRÓLOGO Y NOTAS DEL MISMO AUTOR

BARCELONA
SUCESORES DE JUAN GILI, Editores
CORTES, 581
1922

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES. — BARCELONA

A la gloriosa memoria
de
D. Marcelino Menéndez y Pelayo

A. L. A.

PRÓLOGO

Por caber a este libro el singular honor de figurar en la serie de publicaciones que, en cumplimiento de uno de sus fines fundamentales, patrocina y edita la Sociedad Menéndez y Pelayo, quizá no vendría mal aquí que el autor de estas líneas hiciera larga declaración de la grandeza de tal merced, seguida de la inevitable y humilde confesión de no merecerla en modo alguno. De ambas cosas, no obstante, entiende que le excusan las especiales circunstancias de la obra que hoy presenta al público, bajo los próceres auspicios de la mencionada Sociedad.

Trátase, en efecto, sustancialmente, de un libro ajeno a la modesta pluma que escribe estos renglones; pluma que solamente en labor complementaria y accesoria ha corrido solícita y empleádose con animosa y diligente voluntad. Lo de valor y tomo, lo fundamental y verdadero, pertenecen a figura literaria de merecimientos tan subidos, que no es fácil cosa que los honores, por altos y lisonjeros que parezcan, la presten un marco de riqueza excesiva. Y si a la sombra de los altos prestigios de la autora de estas

cartas se ha cobijado, como bajo árbol bueno, la humilde tarea del anotador, claro está que la Sociedad Menéndez y Pelayo la ha recibido a título de complemento indispensable y soportado a modo de carga foral o de mínimo quebranto en la adquisición de preciada mercancía, sin que ella pueda envanecerse de que la alcancen de rechazo y *per accidens,* honores a tan distinta meta dirigidos.

Hacer, por otra parte, el elogio de la Sociedad Menéndez y Pelayo, resulta labor poco menos que inútil, principalmente por tardía, toda vez que este importante organismo literario, nacido al calor de la ardiente devoción al nombre preclaro del maestro, tiene ya cimentados en roca viva los hondos prestigios de su valer como instrumento poderoso de cultura y los gentiles arrestos que en el corto tiempo de su existencia la han permitido acometer y dar cima a empresas literarias de exquisito valor y agrupar en torno suyo, como a naturales valedores y amigos, a toda la legión de los doctos y de los estudiosos seguidores de las huellas del gran polígrafo y nutridos del alto sentir y luminosas enseñanzas de su obra. Quédense, pues, en el tintero toda clase de conceptillos y alegatos sobre las materias apuntadas y enteremos al lector del origen y circunstancias del libro que tiene entre las manos.

En la admirable biblioteca de Menéndez y Pelayo, legada por el sabio a su pueblo de Santander, para

el que siempre tuvo las más delicadas muestras de estimación y de filial cariño, custódianse, entre el arsenal inagotable de datos y documentos, de papeles de toda casta y condición, pacientísimamente allegados por aquel varón insigne, una nutrida colección de documentos, impresos y manuscritos, procedentes del archivo particular del crítico D. Manuel Cañete, y adquiridos a la muerte del mismo por el autor de la *Historia de las ideas estéticas*. Propios y ajenos borradores, colecciones de periódicos, recortes impresos de las más varias procedencias, documentos íntimos y personales, cartas de amistad y cartas literarias; de todo existe en aquel pequeño mundo de rollos y legajos, revuelto y confundido, vario y multicolor, como proyección, al fin, y reminiscencia del pensamiento humano, en el que las notas y huellas más varias y polícromas pasan quebrando y reconstruyendo sin cesar su estrella caleidoscópica.

Entre estos papeles, archivados por su dueño con la típica y severa minuciosidad del erudito, y ordenados y catalogados con paciencia benedictina por mi admirado amigo D. Miguel Artigas, dormía tranquilo sueño un legajo sobre cuya cubierta aparecían escritas estas palabras: *Cartas de Fernán Caballero*. Tentóme la lectura, en la que no tardé en enfrascarme, cautivado por su interés histórico y literario, y, sobre todo, por la singular belleza de las cartas que muy luego habrá de apreciar por sí mismo el lector,

adquiriendo pronto la convicción gozosa de que lo que tenía entre las manos era sencillamente una joya literaria y un precioso documento para la biografía, aun por hacer, de la ilustre Cecilia Böhl. Y como de este pensamiento al deseo de hacer partícipes de mi satisfacción a todos los admiradores de la insigne autora de *La Gaviota,* y aun a todos los amantes de las letras patrias, el tránsito era lógico y natural, no podrá sorprender a nadie mi comezón y vivo propósito de ver en letras de imprenta las encantadoras epístolas de Fernán, cuyos originales, aunque difícilmente pudieran hoy encontrarse en sitio más seguro y bajo más inteligente custodia, siempre habrán de hallarse bajo las implacables asechanzas del tiempo y del azar, que con la posible destrucción de sus ejemplares únicos destruirían también toda esperanza de reconstrucción de esta correspondencia ejemplar y bellísima.

A las cartas halladas en el sitio y ocasión que quedan explicados, se han añadido en este libro algunas otras procedentes de un legajo de documentos que pertenecieron a D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, legajo que se guarda igualmente en la biblioteca de Menéndez Pelayo. Aunque muy curiosas e interesantes, son en escaso número, formando, por tanto, la casi totalidad de este libro las dirigidas al crítico Cañete, cuya vida y hechos no será ocioso recordar brevemente en este sitio, antes

de que el lector pase a sorprenderle en el descuido de sus confidencias y afectos y a tratarle con intimidad y simpatía merced a su correspondencia con Fernán.

Nació Cañete en 1822 en Sevilla, de cuyo Teatro principal fué traspunte en su juventud, trasladándose en 1840 a Cádiz y a Granada, en donde hizo sus primeros ensayos literarios y consolidó su amistad, que conservó toda su vida, con el erudito D. Aureliano Fernández Guerra. Llegó a Madrid en 1843, y pronto se dió a conocer con sus artículos y poesías, granjeando notoriedad y prestigios, a los que contribuyó no poco el arte y primor con que recitaba sus versos, y, sobre todo, en opinión de muchos, la valiosa protección de D. Luis José Sartorius, Conde de San Luis, quien le abrió puertas y le puso en lugares que tal vez, entregado solamente al propio esfuerzo, le hubieran sido inaccesibles.

Sea como fuere y sin que sea posible dejar de reconocer en Cañete notables dotes de cultura y de laboriosidad, lo cierto fué que en 1857 le recibía entre los suyos la Real Academia Española, abriéndosele con ello camino triunfal para nuevos honores. Admitiéronle igualmente en su seno las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, y otorgábansele más tarde, entre otros títulos honrosos, los de Jefe superior honorario de Administración, Gentilhombre de cámara con ejercicio, y, en los últi-

mos años de su vida, Secretario particular de la Infanta Isabel.

Era Cañete de alta estatura, de voz vibrante y expresiva, amable y cortés en su trato privado, aunque naturalmente inclinado a la polémica, en la que solía poner singular vehemencia y calor. Sus gustos y aficiones revelaban aristocracia de espíritu, y sus amigos nos le retratan como a cumplido caballero, apasionado de la amistad, a la que siempre rindió fervoroso culto. Su labor de crítico fué enorme en cantidad, pues durante treinta y tantos años publicó casi diariamente trabajos de crítica histórica, literatura y arte, en incontables diarios y revistas; sin que por desgracia, y dicho sea por el respeto debido a la verdad, la médula y entraña de sus escritos y el valor y crédito que merecen guardara proporción con fecundidad tan pródiga. Tampoco sus poesías y dramas le dieron la inmortalidad, ni aun la sola estimación de la crítica, atrayéndole, por el contrario, una nube de implacables censores, que le echaban en cara continuamente su frío y amanerado clasicismo y su versificación, con frecuencia incorrecta y desmañada. Famosos se hicieron entre estos ataques, por lo desenfadados y agudos, los del crítico D. Antonio de Valbuena.

Las críticas de Cañete, y en general toda su labor literaria, adolecen de un doctrinarismo exagerado y de una rigidez de molde y principios incompatible,

no sólo con las geniales audacias de la imaginación, sino aun con la visión serena e independiente de la obra de arte, sin la cual no se concibe al crítico. Por eso, si bien aparece con frecuencia razonable y discreto, rara vez cautiva por sagaz y comprensivo, singularmente cuando se halla en presencia de esfuerzos creadores, de nobles intentos de avance por caminos vírgenes; es decir, en aquellos momentos en que la misión y responsabilidad del crítico son más augustas y trascendentales.

Unía a Cañete y a Fernán Caballero una vieja amistad consagrada en ambas partes por cien leales pruebas de la más afectuosa estimación. La identidad de sentimientos y creencias en las materias más arduas y trascendentales, y el celo, que les era común, en transmitirlos y propagarlos, fueron sin duda la sólida base de esta amistad, en que Cecilia puso toda la efusión y nobleza de su elevado espíritu y Cañete toda la admiración y el hondo respeto que, aun más que la pluma, le inspiraban las prendas morales de su insigne amiga. Daban serenidad e independencia al mutuo afecto de los dos escritores la considerable diferencia de sus edades respectivas, que no bajaba de veinticinco años, ya que Fernán contaba cincuenta y ocho al comenzar esta correspondencia; y eran tan cordiales y sinceras, tan expansivas y leales las relaciones en que dicho afecto se traducía, que no es exagerado calificar a esta amistad de verdadero ejem-

plo de amistades, como el lector podrá juzgar por sí mismo tan pronto como comience la lectura. Con singular franqueza y desenfado hace caer Fernán sobre su amigo toda una lluvia torrencial de peticiones grandes y chicas, en beneficio casi siempre de los humildes y desamparados; atiéndela aquél en innumerables ocasiones desde la cumbre de sus cargos y posiciones influyentes, y si Fernán le paga con su solícito interés por la vida y fortuna del crítico, con espontáneos favores, alguno de gran oportunidad, con íntimas y delicadas confidencias, Cañete la responde caballerosamente convirtiéndose en brioso paladín de la fama y prestigios de la escritora y en elocuente tornavoz de las virtudes y excelencias de la dama. Si víctimas de un achaque harto frecuente y un tanto excusable en gentes atareadas quedan las cartas y ruegos de Cecilia sin contestación inmediata, ni aun remota, ello jamás es piedra en que tropiece la marcha sosegada y tranquila de esta amistad modelo; y si una sola vez, en el curso de una correspondencia de diez y seis años, ve el lector pasar por el horizonte la sombra de una nubecilla, los plácidos rayos de la indulgencia, de la discreción y del buen sentido muéstranla deshecha, casi tan pronto como formada.

Por demás interesante es el período histórico en que estas cartas se escribieron y los tiempos con él relacionados que en las mismas se tratan. La revolu-

ción del cincuenta y cuatro triunfante con Espartero y O'Donnell, teatral e hipócrita, sin contenido moral ni social, sembradora de odios y perturbadora de conciencias; las luchas entre progresistas y moderados y el triunfo de los últimos con un ministerio Narváez, regocijo y esperanza de Cecilia; la nueva revolución del sesenta y ocho, comprando con oro y con sangre la esterilidad de sus flamantes normas y sistemas, proyectan sus luces y sus sombras sobre el tranquilo cuadro de esta correspondencia. Por ella pasa también como un eco marcial de clarines y de músicas militares, como una ráfaga de efusión generosa y romántica, la guerra del 60, la famosa *guerra de Africa,* en que tan pintoresca y regocijada competencia supieron entablar el optimismo y el valor, las dos viejas virtudes de la raza.

Desde el punto de vista literario tienen estos documentos un interés excepcional para la historia de la época, y singularmente para el estudio de Fernán y de su obra. Son innumerables y de gran valor los datos que acerca de sí, de sus escritos, de sus relaciones literarias y de sus preferencias artísticas, suministra la escritora; sueños y propósitos, valor y esperanza ante las horas de triunfo y desmayo cruel ante las de pesar y desaliento traídas por la ingratitud y la injusticia, tienen también en este epistolario sincera y fidelísima expresión. Pero lo que en él cautiva y resplandece, lo que sin duda alguna le

presta su mérito principal y su máximo atractivo, es la elevación moral que al poner en cada una de sus páginas el sello de nobleza y exquisitez del espíritu privilegiado de la escritora, hace de la mujer la más triunfal apoteosis. La acogida y comentarios que la merece la petición de una pensión para ella hecha a los poderes públicos por algunos de sus admiradores; la línea de conducta que propone a su amigo al suponerle en competencia, para entrar en la Academia Española, con un anciano de saber y autoridad; su cristiano y admirable proceder frente a los golpes de la ruindad y la imcomprensión; su amor a los humildes, estímulo incesante de su caridad, y cien otros aspectos y rasgos de esta correspondencia, ponen en las cartas, como el sol en las cumbres, esos altos y generosos reflejos a cuya luz se yerguen los espíritus, sintiendo la nobleza de su estirpe y la nostalgia de sus destinos inmortales.

El ingenio de exquisita ley, el rasgo intencionado, la frescura y oportunidad de la expresión, son también nota de singular encanto en la correspondencia de Fernán, que alcanzan de ordinario su expresión más feliz en los innumerables ruegos y recomendaciones que brotaban de su pluma a impulsos de su corazón generoso. «Fernán—traduzco del eminente hispanista Mr. Moral Fatio (1), a quien tantos servi-

(1) *Fernán Caballero d'après sa correspondance avec Antoine de Latour. Paris, 1901.*

cios debe nuestra literatura,—es una solicitante excepcional que encuentra de primera intención la palabra precisa, el rasgo que provoca la simpatía, la palabra que va al corazón y hace abrir la mano. Su correspondencia está llena de esos requerimientos en los que el arte de pedir toma giros encantadores y alcanza con frecuencia la perfección del género». De tales cimas de perfección encontrará el lector no pocas en este libro, que le permitirán reconocer la gran verdad y precisión de los juicios del ilustre amigo de las letras españolas.

Un aspecto tienen estas cartas que no es ciertamente el móvil que menos ha influído en nosotros para el hecho de su publicación. Nos referimos a su valor como documento «feminista», voz alegre y sonora con la que estos escritos piden un puesto entre los que tantas plumas competentes dedican hoy al tema de la cultura, fueros y posición de la mujer en el hogar, en la vida y en el arte. El «feminismo» vigoroso, y al mismo tiempo tan señoril y cristiano, que acusa la firme personalidad de Fernán, es un bello testimonio de las harmonías que un espíritu inteligente de mujer puede lograr entre la vida robusta del pensamiento y de la acción y el ejercicio de las más nobles actividades del sexo, la compasión y la ternura, el culto a las virtudes domésticas, el amor a lo primoroso y exquisito. Lean estas cartas nuestras mujeres españolas y al mismo tiempo que la compro-

bación de la verdad de nuestras afirmaciones, les será dado por añadidura el más bello modelo del género epistolar que haya salido en nuestra patria de pluma de mujer.

No faltarán, con todo, lectores asustadizos que al buscar en estas cartas primores de dicción, academismo impecable, decir siempre castizo e inquebrantable fidelidad a los fueros de la Gramática, se queden, viendo sus esperanzas por tierra, un tanto desilusionados y perplejos. Bien considerado, no obstante, es nota simpática, más digna de aplauso que de censura, la negligencia y el abandono con que fueron escritas todas las cartas íntimas y familiares de Fernán, y el lector purista y exigente hará bien si recuerda, por lo menos, que estas epístolas confidenciales y amistosas nunca soñaron con la publicidad; que una gran parte de ellas están escritas entre apremios de tiempo, inquietudes de espíritu y toda clase de circunstancias hostiles; que son muchos los grandes hombres, Zorrilla entre ellos, que imitan a Fernán en el desaliño de su correspondencia privada; y, finalmente, que en el poliglotismo de la escritora, que dominaba el francés, el inglés, el alemán y aun el latín, según su biógrafo y amigo Fernando de Gabriel, y había escrito libros y artículos en algunos de estos idiomas, halla disculpa y atenuante la frecuencia de sus extranjerismos, de que sus obras más cuidadas y corregidas por propia y ajena mano, no se

encuentran libres en modo alguno. A esta última circunstancia debe también a su juicio achacarse la deficiente ortografía que, no sin sorpresa, encuentra el lector en el texto original de estos documentos y que me he creído en el caso de eliminar de la publicación para facilitar la lectura, que de otro modo habría de resultar gravemente entorpecida; razón que me ha decidido también a puntuar el texto por mi cuenta. Exceptúo, no obstante, de la regla general, aquellos vocablos y frases en que la infracción pudiera ser deliberada y la corrección, irreverente.

Por lo que toca a las notas, indispensables en toda obra de la índole de la presente, he tenido por único criterio el de procurar al lector la máxima claridad en la interpretación de los pasajes que las motivan, absteniéndome, por lo general, de comentarios críticos, y mucho más de inoportunos alardes de erudición, de esos que suelen acreditar a sus autores de más amigos del lucimiento propio que de la paciencia ajena. Este deseo de lograr la máxima transparencia de los textos, que haga el libro accesible a todo linaje de lectores, quizás me ha llevado en más de una ocasión a estampar notas que bien pudieran omitirse y que el lector culto y preparado habrá de juzgar innecesarias. Seguro estoy, sin embargo, de que si he tropezado en tal escollo, que nunca deja de salir al paso de los que por estas aguas navegan,

habrá de serme fácimente otorgado el perdón que desde ahora solicito del lector ilustrado en general, y en particular de los sabios maestros de la erudición y de la crítica, que forman en las filas de la Sociedad Menéndez y Pelayo, a los cuales deseo que lleve también este libro el homenaje de mi respeto y admiración.

Más sensible es aún que los rayos de la humilde candela a cuya luz he querido mostrar al lector esta desconocida joya de Fernán, no alcancen a disipar en todo momento las sombras que sobre ella ha acumulado la rápida fuga del tiempo y la ocasión en que fuera labrada. Pero como ello no puede ser estorbo para que lámpara más poderosa descubra e ilumine lo que aquí quedó a oscuras, ni para que mano más hábil pueda desempolvar y bruñir facetas que la mía tuvo que dejar opacas y sin luz, paréceme también excusable pecado, sobre todo si se considera la dificultad que supone hacer una labor sin claros ni lagunas en materia como la que es objeto de este libro.

No es este el primer epistolario que corre impreso de la ilustre autora de *Lágrimas,* que dejó escritas inumerables cartas familiares e íntimas. «Sólo para escribir cartas—dice ella misma en una dirigida a Guillermo Forteza—necesito casi toda la mañana. Del correo se podrían sacar veinte tomos de Fernán; ¡pero qué tomos! para hacer dormir al mismo Ar-

gos con todos sus ojos» (1). De estas cartas, excepción hecha de algún ejemplar aislado, solamente han sido publicadas hasta ahora, que yo sepa, además de los fragmentos importantísimos que reproduce Mr. Morel Fatio, en el trabajo a que antes me he referido, las que forman el volumen XIV de las obras de la novelista en la *Colección de escritores castellanos,* con oportunas, aunque escasas, notas de don José M.ª Valdenebro, y la colección, singularmente bella e importante, publicada con prólogo y notas por el M. R. P. Fray Diego de Valencina, que ha reunido en estas últimas, con singular discreción y laboriosidad y paciencia ejemplares, valiosísimos datos acerca de Fernán y de sus libros. De la labor de todos me he aprovechado para la mía, y cumple a mi lealtad declararlo así, como se advierte también en las respectivas notas.

Réstame tan sólo dejar aquí reconocidas, ya que no pueda saldarlas, varias deudas de gratitud que la publicación de este trabajo me ha hecho contraer. Es la primera con la distinguida familia de la escritora, y en especial, con el respetable caballero D. Roberto Osborne, sobrino de Fernán, que con amabilidad exquisita han autorizado la salida a la luz de estas cartas. La acogida cortés y afectuosa que el sabio y

---

(1) V. el Epistolario de la *Colección de escritores castellanos* de que se habla a continuación, pág. 379.

bondadoso P. Valencina ha dispensado a los ruegos que me he visto precisado a dirigirle, relacionados principalmente con la pronta publicación de este volumen, constituye la segunda. Y es la tercera y más abrumadora la contraída con mi excelente amigo don Miguel Artigas, jefe de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, en cuyo saber y erudición me he refugiado en todo momento difícil, seguro siempre de encontrar un eficaz valedor y un expertísimo consejero, a quien este libro debe servicios inestimables. Queden en este lugar las gracias más efusivas y sinceras al sabio maestro y al amigo queridísimo.

Y ahora dejo al lector saborear las inimitables cartas de la novelista, seguro del placer que su lectura habrá de proporcionarle, y con la satisfacción íntima y cordial de haber incorporado a la obra de la escritora un puñado de páginas que no han de ser ciertamente las que en aquélla merezcan en adelante menor estimación. Si ello contribuye, como espero, al acrecentamiento de los prestigios de la insigne restauradora de nuestra novela de costumbres, de quien el gran Pereda se honraba en llamarse continuador y discípulo, y al honor de la memoria de la mujer, modelo de cristianas virtudes, bien podría yo reclamar con orgullo para mi modesta labor el tílulo de *Deudas pagadas,* que Fernán puso al frente de uno de sus cuadros. Porque asomado aquí y allá, entre queridos y lejanos recuerdos de mi niñez y

adolescencia, me canta a veces en el corazón este viejo nombre de Fernán Caballero, que huele a menta del campo, y a incienso del templo, y a tizón del hogar; que suena a trino de golondrina, y a campana de Pascua, y a risa de niño; que sabe a miel silvestre, incontaminada y generosa, elaborada con el jugo de todas las fragancias y la esencia de todas las purezas. Y repito que me es grato pagar a lo menos una parte de esta mi última deuda a la excelsa cantora de la Religión, de la Patria y de la Familia: de esas tres antiguallas superfluas, cuyos nombres apenas pueden hoy pronunciarse ni escribirse sin que les acompañe la piadosa sonrisa del intelectualismo positivo, ocupado en la magna labor de arrancar de las sociedades viejas rutinas y dogmatismos arcaicos. Gran lástima que los vacíos resultantes se llenen automáticamente por el deshonor y por el crimen y que el desaliento ponga alguna vez en la pluma de hombres del significado de Gorki palabras como estas: «Los hombres se han gastado y extenuado, terriblemente separados unos de otros. Están todos ellos encadenados a una soledad que seca el alma.»

Es demasiado cierto para que necesite probarse. Los hombres recorren penosamente su camino, enfermos de soledad y desamparo, seca el alma y abatida la fe en el ideal... Por eso no será estéril ofrecerles estas cartas de una mujer, desde las cuales les sonríen la fe en las promesas del Crucificado,

salvaguardia inmortal de los supremos intereses del hombre, el amor al terruño y al hogar, la fortaleza de espíritu, resignada y heroica;... todos los viejos y alegres compañeros de viaje.

ALBERTO L. ARGÜELLO

Enero de 1921.

EPISTOLARIO

Chiclana, 14 de Junio de 1855

Muy señores míos y amigos: (1)

Estando estos días de mudada, (2) no puedo decir a ustedes extensamente mi pobre opinión sobre su excelente publicación; publicación de primer orden, si hubiese en nuestra anarquía general, clasificaciones. Otro día en que tenga más despacio escribiré a ustedes sobre esto una carta que ustedes leerán aquel día en que se encuentren con la paciencia suficiente para ello. Como estos trastornos domésticos, unidos a haber estado bastante mala mi hermana, me han impedido ocuparme en copiar lo que como contingente es un grato deber mío remitir a la *Revista,* les envío en cambio una novelita destinada al *Diario Es-*

---

(1) Esta carta, como casi todas las de la colección, no tiene dirección alguna. Dedúcese, no obstante, del texto, que su autora la dirigió a los Sres. D. Manuel Cañete y D. José Fernández Espino, que acababan de fundar en Sevilla la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* (1855 - 1861), seis vols.), publicación a que inmediatamente alude la escritora y a que se refiere igualmente en otras muchas cartas. Defendía la *Revista* el clasicismo y las tradiciones herrerianas y alcanzó justo y merecido renombre. «El amor a las opiniones templadas y al eclecticismo razonable—dice el P. Blanco García,—puesto al servicio de la tradición artística que se pretendía favorecer, distinguieron siempre a la Revista y a sus redactores, constantes partidarios de los mismos principios en todas las obras que dieron a luz antes o después de la mencionada fecha.»

D. José Fernández Espino fué catedrático de Literatura, y como tal, preceptista y crítico. Escribió y dejó incompleta una excelente *Historia de la Literatura española* y varios estudios coleccionados de literatura y de crítica.

(2) *Mudada,* mudanza de casa. Es andalucismo no prohijado por la Academia.

pañol; pero que apenas envié cuando estallando los destierros, amenazas, denuncias, etc. (1), mandé corriendo a recoger, no queriendo viese la luz pública en Madrid, y menos en un diario político, blanco de los tiros de la falange roja. Ahora deseo que mis tres amigos, ustedes y de Gabriel, (2), la lean, y juzguen si podrá imprimirse en la *Revista* sin levantar una polvareda contra su autor; creo que sí, porque supongo que las gentes del bronce no leen revistas literarias, ni menos científicas. El título, como ustedes verán, es *Un servilón y un liberalito;* éste, por de contado, es necesario trocarlo por el de *Tres almas de Dios* (3). Además será necesario al fin añadir algunas palabras para amplificar ciertas consecuencias, las que remitiré a ustedes caso que determinen su impresión. He escrito, pues, a mi amigo Fermín Apecechea (4)

---

(1) En el año en que Fernán escribe, los carlistas, excitados por la revolución de 1854, levantaron partidas en Castilla, Alava, Navarra y Cataluña, siendo fusilados Marsal, Pons y otros caudillos en el mes de Abril. Para mediados de Junio, fecha de la carta, preparaban precisamente uno de sus fracasados movimientos, siendo por ello natural que en aquellos días se le hicieran los dedos huéspedes al Gobierno y llovieran con este motivo los destierros, amenazas y denuncias a que la escritora se refiere.

(2) D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, autor de varios trabajos literarios que no han merecido de la crítica la afectuosa estimación que les dispensaba la ilustre escritora. Publicó un volumen de *Poesías* (Sevilla, 1862) en el que abundan los versos de circunstancias, los prosaismos y el amaneramiento. Fué presidente de la Academia de Buenas Letras de Sevilla y uno de los más íntimos amigos de Fernán.

(3) Bajo este segundo título vió, en efecto, la luz en la *Revista* esta deliciosa novela, una de las de más interés, amenidad y donaire de cuantas produjo la célebre novelista.

(4) El mejicano D. Fermín de la Puente y Apecechea, discípulo de Lista, como todos los literatos jóvenes residentes por entonces en Sevilla. Tradujo en verso los dos primeros libros de la Eneida y algunos de la Escritura. De él han escrito con elogio D. Marcelino Menéndez Pelayo y el P. Blanco García. Fué académico de la Española, ocupando la vacante de Lista. Uníale a Fernán una amistad íntima y probada, y él corregía los escritos de su amiga, excediéndose a veces en esta labor y provocando el descontento y amargas quejas de la interesada. En la carta siguiente se encontrará una prueba de esta afirmación.

para que remita a ustedes la dicha novelita, o cuadro de costumbres, con el que está Fermín entusiasmado y lo declara lo mejor que he escrito.

Estoy como loca con mi mudada, lo que proporciona a ustedes la ventaja de mi laconismo. Suplico a ustedes que cuando hayan recibido y leído mi novela, me escriban si les acomoda para su Revista y lo que les ha parecido. El no tener una sucursal en Cádiz, creo que les perjudica. En el Diccionario no está *sucursal,* pero al buen entendedor... con una palabra intrusa, basta.

Digan ustedes a de Gabriel que Pancha (1) me ha anunciado un buenísimo rato, que aguardo con impaciencia para explicarme más.

En la calle está un toro de cuerda (2) mientras yo retirada escribo; pero tengo la cabeza como la tendrá el infeliz animal por lo apretado de la cuerda alrededor de sus astas, que cada estirón oprime más. ¡Qué inmensa lástima me infunde! ¿Por qué tendré yo esta gran simpatía hacia los animales? Es una cosa rara.

Las Casas libertó del yugo de la esclavitud a los indios sacrificando a los africanos; yo libertaría a los animales de sus padecimientos y se los infligiría muy frescamente a los hombres que se los infligen a ellos, porque quiero mucho más a los animales que a los hombres. Hago mal, aunque no tan mal como parece, porque el hombre que hizo Dios a su semejanza, ha perdido completamente esa

---

(1) La señora D.ª Francisca Castro, distinguida y virtuosa dama, amiga de Fernán.

(2) Llámase así en Andalucía y en otras partes a un toro echado por diversión a la vía pública en días sonados, para sobresalto de pacíficos transeuntes. Lleva, y de aquí su nombre, una cuerda atada fuertemente a las astas por un extremo y arrastrando por el otro, para que los directores del espectáculo puedan frenar y contener a la fiera, caso de susto mayor o de acometividad exagerada. Huelga comentar regocijo tan culto y europeo.

semejanza. Este desahogo es todo lo más inoportuno posible. Comprendo perfectamente al barbero del Rey Midas; abundando en sus ideas me hice autor, autor con naguas (1) que ha sido y es para mí el más antipático ser que puede darse... En fin, si Hércules hilaba a los pies de Onfalia, era por amor, y el amor disculpa, no sólo las faltas, sino los ridículos que hace cometer; pero la péndola en mi mano no la disculpa nada, nada. Es mi sambenito voluntario, que yo ocultaba cuidadosamente, y que Mora (2), el solo que lo sabía, sacó a luz, no pudiendo resistir a los ruegos de la culta, discreta, amable y simpática Condesa de Velle. Nunca se lo perdonaré, pues desprestigió a Fernán; porque no soy yo la sola a quien choca soberanamente la pluma en manos femeninas. Además no hay un pantalón que no se crea, en materia de escribir, superior a todas las enaguas, inclusas las de Mad. Stäel.—¡Pobre toro, cómo ruge quejándose!... Yo quiero distraerme escribiendo a ustedes y no puedo. ¡Impotente lástima!... Bravo Murillo (3) prohibió a mi petición la atroz

---

(1) *Enaguas,* escribe más adelante en esta misma carta, usando así las dos formas admitidas de este sustantivo.

(2) D. José Joaquín de Mora (1783-1864), literato y político, cuya vida inquieta y sedienta de novedades le hizo ocupar los puestos más varios y distanciados, tanto en su patria como fuera de ella, y ensayar casi todos los géneros literarios, sobresaliendo como poeta jocoso y satírico mordaz. Fué académico de la Española y tradujo al castellano *La Gaviota,* que Fernán había escrito en francés.

(3) El conocido hombre de Estado y jurisconsulto español D. Juan Bravo Murillo (1803-1873), célebre por su arreglo de la deuda pública. Fué varias veces ministro del partido moderado, y en 1850 se encargó de la Presidencia, desde la que llevó a cabo reformas importantes. Escribió varias obras de política y economía, y unánimemente se reconocen su gran integridad y su competencia rentística.

En varias regiones de España se amenizaban, en su tiempo, las fiestas populares con la cruel costumbre de colgar un ánade por los pies, de un palo sostenido horizontalmente entre dos montantes, y atacarle después jóvenes y chiquillos, por turno riguroso, con sables de madera, dirigiendo los golpes al pescuezo del animal. Hacíase dueño de éste aquel que arrancara con su golpe la cabeza de la víctima, conver-

función de los ansares; nadie lo supo; si lo hubiesen sabido me hubieran dado una cencerrada. ¡Para algo sirvió mi pluma, gracias a Dios! Impedir una bárbara inhumanidad; esa sí es gloria. Esto ha hecho esta pluma femenina, con lo que se la puede perdonar meterse a novelista. Quisiera escribir las novelas más largas y las cartas más cortas, pero el público me retrae y los amigos me hacen expansiva. Esto es claro, lógico y natural.—El toro se aleja con su ruidoso séquito de verdugos... ¿Quién es más fiera, el toro o ellos? ¡Jesús! ¡Qué de palabras inútiles! Cuatro más para concluir: cuenten ustedes con la consideración, amistad y simpatía de su colaborador

FERNÁN

3 de Diciembre de 1855

Deux mots. No he recibido aún la Revista del 1.º de Diciembre. Si la segunda parte del *Servilón y el Liberalito* sale como la primera, quedará completamente deslucido mi cuadro. Estoy acostumbrada a estos percances, pero creí que una revista quincenal se imprimía con más esmero que los folletines de un periódico diario. Lo de menos es el disparatón de llevar mi servilón una *extranjera* a misa, en lugar de una estanquera; lo más son cosas que por omitir una palabra o cambiarla, quitan o desfiguran el sentido. Luego se dice: Fernán es oscuro; pero nadie dice: los cajistas son torpes. ¡Paciencia! Bien sé que *sólo uno* mismo puede corregir bien.

---

tida en piltrafa sangrienta al final de este bárbaro deporte. A él, sin duda, o a alguna de sus numerosas derivaciones y variantes, se refiere Fernán Caballero.

La disposición de Bravo Murillo prohibía a los Ayuntamientos que tolerasen en las diversiones públicas festejos en que fuesen víctima los animales vivos.

Espero, querido amigo, que habrá usted enviado mi Simón Verde a Pancha Castro. Si no lo ha hecho, suplico a usted que lo haga. Sabe usted que es el único ejemplar que tengo y me urge enviarlo a Madrid, porque *La Gaviota* va por la posta en su impresión, y deseo que el segundo tomo sea de esos cuadros desparramados y perdidos, que es indudablemente el género de más mérito, de más novedad y más nacionalidad, y que es el que menos mal manejo.

Recibí *¡Pobre Dolores!* que ha aparecido en *El Moniteur*. Está muy bien, aunque muchas cosas, como era de esperar, no ha comprendido el mismo traductor. Sobre esto habría mucho que hablar y es inútil. Otra vez paciencia y resignémonos con el gran Balzac, que decía: *les auteurs et les femmes, meurent tous incompris.*

Fermín Puente me dice hablando de usted: «dudo que pueda vivir en otra parte que en Madrid, donde, aunque la época sea difícil, hay siempre más hueco para un hombre de su saber y mérito, y donde es justamente apreciado».

Veo que tienen ustedes, si no sobra de suscritores, sobra de materiales para su Revista. Así es que como me encuentro tan atareada con la impresión de Madrid y mi *Moda* de Cádiz (1), nada remitiré a ustedes hasta que me avisen les hace falta y la *especie* de cosas que desean, pues usted conoce mi repuesto.

Espero que la señora de Romero habrá seguido bien y que el viaje, así como las dulzuras del *chez soi* la hayan del todo restablecido. Si no fuese por el temor de molestarle le suplicaría me comunicase en pocos renglo-

(1) Periódico ameno, festivo y religioso, en que escribía Fernán por esta época tradiciones, artículos y cuentos, percibiendo cincuenta pesetas mensuales por su colaboración.

nes, (o muchos, que sería aun más grato para mí) sus planes, sus esperanzas para un *pis aller*, mientras Dios no se apiade de este caos moral y material y crie la luz y el orden.

No canso a usted más; demasiado he faltado al epígrafe de esta carta, *deux mots;* con ellas concluiré: *invariable amiga,* pues son mi divisa.

CECILIA

No resisto al deseo de decir a usted una cosa, aunque lo aburra. El excelente Fermín, con el mayor celo y amistad corrige las pruebas de *La Gaviota*. Usted habrá comprendido ya mi idea de entremeter siempre coplas o versos devotos y populares en mis composiciones. Mi fin es hacer conocer el numen poético y religioso de nuestro pueblo; más como esta clase de composiciones es un *hors d' œuvre* en novelas (en estas aun más que en los cuadros), uso de ellos con mucha parsimonia, eligiendo entre estos versos los más notables y genuinamente populares. *Dos versos* tan sólo pongo en *La Gaviota* de la *via crucis* popular, que son un tesoro de ternura y candidez popular. Mi buen Fermín, que es devoto más que novelista, por celo y bondad, añade a éstos otra porción muy lindos y *cultos;* y yo, conociendo su excelente intención, tengo que darle las gracias encima!!!!! Si usted oye criticar y decir que me excedo en la cantidad de coplas devotas, nada diga usted, pero piense que reconozco que la cantidad puede dar margen a esta crítica, que yo no critico, pues cada cosa es para su cosa. (1).

---

(1) Acerca del descontento de Fernán con las correcciones de Puente y Apecechea, véase la interesante carta a Fernández Espino publicada en las páginas 63 y siguientes del *Epistolario* de la Colección de escritores castellanos.

Dé usted mis finas expresiones a Fernández y a de Gabriel.

19 de Diciembre de 1855

Mi apreciado amigo:

No quiero molestarle, pero como ha días escribí a usted una cosa que me pareció de sumo interés, dirigiendo la carta a D. Miguel Lasso, por no saber el domicilio de usted, y como no he recibido una respuesta que me tranquilizase sobre que nueva de tanto interés y urgencia había llegado a sus manos, le escribo para rogarle procure esa carta, y repetirle en breves palabras su contenido. Con fecha del 7 de Diciembre me escribió Fermín Puente Apecechea estas palabras: «Puede uster decir a Cañete que también hemos hecho negocio con su Revista. Cuando cese en fin de año la que publica Mellado (1), me ha ofrecido darme lista de los suscritores a ésta en la península, y más en el extranjero, para que se le una a aquélla. Me ha dicho que la anunciará en América y recibirá suscriciones a ella. El me ha explicado las causas porqué cesa la suya, que en América pasa de cuatrocientas suscripciones y otro día se lo explicaré a usted.»

Como creo que después de esto tendrán ustedes que ponerse en comunicación con Mellado, como el fin de año está a la puerta, como nada sé de si ha recibido usted esta carta mía de que le he hablado, creo un deber volver a hacer llegar esto a su conocimiento, por si se ha extraviado mi carta.

---

(1) El editor D. Francisco de Paula Mellado dirigió y editó varias revistas y periódicos, entre ellos *El Iris, La Semana, Revista histórica, El Universo pintoresco, Album pintoresco* y *El ómnibus*. Ninguno de los citados cesó a fines de 1855.

Fermín vive calle Luna, número 20, 3.º, izquierda. Mellado es bien conocido.

Ahora, en pocas palabras, unas cuantas cosas:

1) He recibido su preciosa e interesante carta, por la que le doy gracias.

2) Cuando usted me escriba, sírvase usted ponerme las señas de su casa, para no incomodar a nadie con mis cartas, si tuviese que escribirle.

3) Si se le ha olvidado usted y Luis Romero (1), recuerde usted su promesa de recomendar la venta de mi *Verano en Bornos,* que se vende casa de Geoffrin a seis reales.—Si se sabe la edición de mis escritos (2), con el *pretexto* de comprarlo *todo,* no comprarían ni eso, ni nada.

4) Estamos a 19 y no he recibido la Revista.

5) He tenido una interesantísima carta de Mr. Germond de Lavigne (3). Ha gustado mucho *Dolores.* En confianza, copio a usted este párrafo:

Dolores a eu un gran succès chez mes amis. Les gens de cœur l'ont lu avec une profonde attention. J'avais reuni chez moi pour l'entendre quelques amis qui vous ont bien cordialement applaudie, et qui ont accordé un égal

---

(1) Párrafo cuya oscura redacción está fielmente reproducida del texto original.

(2) Tampoco brilla por su claridad este párrafo. Acaso el sentido sea: «si se sabe *que se está haciendo* la edición de mis escritos, etc.»

(3) De este crítico francés, traductor y amigo de Fernán, habla la escritora en varias cartas. Así le describe en una escrita a su cuñado D. Fermín de Iribarren. «Aquí está Mr. Germond de Lavigne. Es pequeño, delgado, aún joven, pero en extremo cojo. Lo gracioso es que lo que más le ocupa son las minas y caminos de hierro por explotar en España.» (Véase Colección de escritores castellanos. Fernán Caballero, *Obras completas,* XIV). Del aprecio en que Fernán le tenía como traductor, da idea este otro párrafo de una carta al coronel D. Miguel Velarde: «Envío a usted la traducción de Mr. G. de Lavigne. El y Mr. de Latour son los únicos que han traducido en lo *posible* las *intraducibles* cosas andaluzas; lo demás que se ha traducido no se puede leer». (Ob. cit.).

succès a la sainte philosophie de votre morale et a la franche gaîete der certains portraits. L'episode de D. Marcelino a eté trouvée digne de le verve de Cervantes, et si l'on a grondé Rosa d'être aussi lestement irrespectueuse avec sa mère, on a vivement admiré la charmante peinture de cette jeune tître qui, accoutumée á ne porter que des fleurs, ne savait supporter aucune idée sérieuse. C'est lá, Madame, votre grand succès parmi nous; ce sont ces definitions si fines, ces comparaisons si delicates, le portrait de Pepa, la definition du rire, et ces etoiles qui arrivent une á une, comme les paroles de l'homme tímide, et la conversation de Dolores et Lorenzo, et ces couleurs que Dieu a faites pour les enfants, les oiseaux et les fleurs, etc.—La balade a été arrangie en vers charmantes par un de mes amis. Des vers a la musique il n'ya qu'un pas, et je vous certifie, Madame, qu'on chantera cet hiver la balade de Dolores».—Con el romance de Lucas García, están locos. ¿No decía yo, no decía yo, que estas cosas (¡tan despreciadas!) de nuestro pueblo eran sublimes?

En otra parte añade: «Les passages de saine et sainte morale que contiennent vos écrits sont precieux pour nous qui en sommes serres. Et puis c'est notre esprit, ce sont vos moeurs, c'est votre originalité (peut on, helas! arriver a appeller originalité la morale!) Je veux comme vous, Madame, émouvoir et faire vibrer les bonnes cordes du cœur. Heureuse êtes vous qui vivez sur un sol encore vierge et pouvez étudier un peuple resté neuf!—tandis que nous, etc.

Suplico a usted de leer detenidamente lo que dice Mr. de Lavigne. ¡Me interesa tanto traer a las gentes de valer, no hacia el insignificante y mal pintor, sino hacia el género que cultiva!—Su sincera amiga,

CECILIA

Recibí los cuadros por Pancha y los preciosos versos por la Condesa.

San Lucar, 24 de Abril de 1856.

¡¡Gracias, incomparable amigo!! Gracias!! ¿A qué decir más? ¿a qué?

Pintar los sentimiento diestramente
desacredita mucho al que los siente.

Su mejor amigo,

FERNÁN (1)

¿Recibió usted mi carta? Fué mi inclusa a Eguílaz (2)? Le hacía una pregunta y no me ha contestado.

Dolores Bullosa no tiene novedad en su importante salud. Póngalo usted en *El Parlamento* (3).—Cabaniles (4) me preguntó si conocía a usted. Casi me piqué.

[1856]

Muy corta seré, no por falta de amistad e interés, sino porque me hago cargo de lo ocupado que estará usted y

(1) Distanciada esta carta varios meses de las anteriores y sin referencia alguna a que acogerse, no es fácil determinar la causa de la gratitud de Fernán. Probablemente motivaría ésta el hecho de haberla complacido Cañete en alguna de las innumerables obras de caridad y de justicia que la escritora solicitaba incesantemente de su amigo, como verá el lector en el curso de estas páginas.

(2) D. Luis de Eguílaz (1830-1874), el conocido autor dramático que escribió *Verdades amargas* y *La Cruz del Matrimonio,* prologuista de Fernán en *Clemencia.*

(3) Diario conservador de Madrid (1854-1859), del que fué Cañete director y redactor, y cuyo fundador y propietario era persona poco grata a Fernán, aunque emparentada con ella.

(4) D. Antonio Cabaniles, historiador y literato de mérito reconocido. Nació en La Coruña y murió en Madrid (1805 - 1864). Escribió *Diálogos políticos y literarios* y *Discursos académicos,* una excelente *Historia de España,* que dejó incompleta (3 vols. Madrid 1863), y numerosas memorias de gran interés, entre ellas una *Sobre el fuero de Madrid de 1220.* De él es el prólogo de la novela *Lágrimas* de Fernán. Perteneció a la Academia de la Historia.

que robarle el tiempo le es tanto o más perjudicial que robarle la bolsa.

Recibí la carta que tuvo usted la atención de escribirme. Me entristeció, y sólo podré explicar a usted esta tristeza con enseñarle, si pudiese, una estampa alemana que tengo; representa a un tosco labrador que ha logrado atar a Pegaso a su arado, y le maltrata, mientras el pobre y noble corcel presta su altivo cuello al yugo y dobla desesperado sus alas. El labrador es la necesidad; el yugo la malhadada política. He indicado y basta. En fin, hallará usted una compensación en vivir entre sus buenos amigos y en el pueblo de su predilección. ¡Dios dé a usted allí y en todas partes las felicidades que le deseo!

Voy a reasumirme, por más que me sea penoso cuando escribo a usted.

Si ve usted a Bremón (1), desearía que averiguase usted la razón que ha tenido para desairar completamente la relación de un naufragio ocurrido en Chipiona que le mandé, y que escribí con el sólo objeto de hacer algunas reflexiones a mi *manera* y un elogio de la magnífica y heroica conducta observada por los Infantes (2) en las ac-

---

(1) D. José María Bremón, director del diario político moderado *La España,* periódico al que tantas veces en estas cartas se refiere Fernán.

(2) Los Infantes de España D. Antonio María Felipe Luis de Orleáns (1824 - 1892) y su esposa María Luisa Fernanda, hermana de la Reina Isabel II, Duques de Montpensier. La parte que el Duque tomó en la revolución de 1868, su candidatura al trono de España y otras muchas vicisitudes de su vida, son hechos de todo el mundo conocidos y a los que hemos de tener que referirnos en otros lugares. La Infanta María Luisa fué modelo de virtudes domésticas y de caracteres bondadosos y afables.

Pasaban los Infantes largas temporadas en Sevilla, en su magnífico palacio de San Telmo, prestando a la ciudad con las fiestas y suntuosas recepciones que organizaban singular animación y atractivo. Sentían por Fernán predilección especialísima, que llegó a convertirse en íntima y entrañable amistad, en la que, no obstante, por parte de la escritora predominaron siempre los sentimientos de la admiración y el respeto



tuales circunstancias en Sevilla (1). Pensé que *La España* tan afecta a la Reina Cristina no hubiese desairado el justísimo y entusiasta elogio hecho (por merecerlo), a su hija.—¡No lo comprendo!—Es un deber de conciencia y de rectitud el que traigan, copien o repitan estos elogios todos los órganos de la opinión pública.

Usted recordará que le enseñé muchos papeles, y entre estos tres que absolutamente encuentro y que abrigo por última esperanza que se haya usted llevado traspapelados entre los suyos. El que más me interesa es una linda epístola en verso dirigida a Fernán, y si la he perdido (cosa inconcebible, pues a nadie más que a usted y al Duque (2) se la he enseñado), sería esto para mí una seria pesadumbre, por ser quien me la escribió una de las personas que más aprecio en este mundo. El segundo escrito eran unos preciosos versos de Estanislao Solano (3), que nos dieron margen a aquella discusión que tuvimos sobre la *agudeza* y la *declamación* en poesía. Y por último, era la tercera una traducción de la corta definición que hizo mi padre (4) sobre los tres géneros, clásico, romántico y fantástico.

---

que la inspiraban sus egregios amigos. Recibió de estos incontables muestras de estimación y de cariño, muchas de las cuales encontrará el lector en el curso de estas páginas.

Del hondo y fervoroso afecto con que Fernán correspondía a las bondades de los Infantes, suministran también las presentes cartas sentidos y numerosos testimonios.

(1) Alude a los rasgos de valor y caridad y a los espléndidos donativos de los Duques de Montpensier, con motivo de la epidemia del cólera. La relación del naufragio ocurrido frente a Chipiona y el elogio a la conducta de los Infantes fueron publicados por Fernán en *La Moda* de Cádiz.

(2) El Duque de Rivas, el insigne autor del *Don Alvaro* (1791 - 1865).

(3) El brigadier D. Estanislao Solano, hermano del desgraciado Marqués de la Solana, muerto trágicamente a manos de las turbas en Cádiz, en el año de 1808. Elógiale Fernán en algunas de sus cartas a Fernández Espino.

(4) El insigne alemán D. Juan Nicolás Böhl de Faber, a quien tanto debe nuestra literatura, apasionado del teatro español del siglo de oro y

Habiéndome escrito Fernández sobre la escasez de materiales para la Revista, e invitado a que le enviase algo para insertar, me puse a buscar estos papeles con ese celo que sabe usted que me es propio por las cosas ajenas, y que no es, por cierto, una virtud, sino un involuntario impulso de mi organización que nadie me debe agradecer, y entonces fué cuando eché de menos estos tesoros literarios, en la precisa ocasión de necesitarlos. Así, si por suerte los tuviese usted, le suplico que se los mande a Fernández para la Revista. Le he mandado otra porción de cosas buenas que me puse a traducir, como verá usted si sigue saliendo la Revista, lo que no sé si sucederá, pues estamos a 11 y aún no la he recibido. ¡Lástima sería!

Vamos ahora a otra cosa, pues esta carta es toda, digamos así, de *asuntos,* pertenece a la vida *positiva,* y así puede usted tener el lauro de recibir la carta más mal escrita que he fabricado en mi vida.—¡A arar, Pegaso!

Con pocas palabras enteraré a usted de un asunto de sumo interés para mí: En Chile han nombrado hace tiempo, por su cónsul en Sidney (1) a un rico y grosero inglés, con el que están a matar los chilenos, pues ni hablar español sabe. Desean que nombre aquella república a Antonio (Arrom y Ayala). Es muy buen consulado, y como el de España es muy malo, ya puede usted figurarse qué nece-

---

de nuestra poesía popular. Su polémica con D. Joaquín de Mora es famosa en los fastos del romanticismo, y puede verse en el interesante libro de Camilo Pitollet *La querelle calderonniene de Johan Nikolas Böhl von Faber et José Joaquín de Mora* (París, Burdeos, 1909).

Hombre de extraordinario mérito y de singular elevación moral, imprimió para siempre en el espíritu de su hija huellas bienhechoras y profundas, provocadoras en Cecilia del más filial afecto y la más perdurable gratitud. Rara vez habla la escritora de su padre sin revelar estos sentimientos, como el lector podrá apreciar en estas cartas.

(1) Ciudad populosa de Australia, que posee un puerto bellísimo. Era la residencia de D. Antonio Arrom de Ayala, tercer marido de Fernán y cónsul de España en aquella nación.

sario le sería a Antonio esta unión consular. Resultado: he visto que va de encargado español a Chile un señor Aguilar; después he visto que no admite. Como en el ramo que usted maneja hoy, debe estar al corriente de estas cosas, mi súplica es que me avise cuando se sepa de fijo quién va, y al mismo tiempo me indique quién sería buen conducto para que la dicha notabilidad progresista atendiese al ruego que se le hiciese de que se interesase por un paisano, un hombre del mérito de Arrom, para que la república le trasfiriese a él aquel consulado en Australia.—Me han dicho que ese Aguilar es diplomático, y entonces, si es persona *comme il faut,* puede que frecuente la casa de la Condesa de Velle, y abrigo la esperanza en ese caso que esa señora modelo de bondad y finura quiera interesarse con celo en recomendarle el asunto y pintarle la clase de persona por la que se interesase.

En mucho tiempo no tocará su turno al *Verano en Bornos* de ser reimpreso en la edición que a paso, si no de cangrejo, de tortuga, está haciendo Mellado. Yo enviaré a usted con tiempo para que Fermín Puente, ese sin par amigo de Fernán (y de Cecilia), pueda recoger el prefacio que ha tenido usted la bondad y amistad de escribir para él. Así también avisaré a usted cuando esté acabada la impresión de *La Gaviota,* no para que la anuncie en *El Parlamento,* lo que no llevaría a bien su fundador, ni yo agradecería, sino en *La España* o otro así, amigo de Fernán, por cuya bondad quedaré a usted sumamente agradecida, aunque en buena reciprocidad debería hacerlo de *motu propio La España* que tantas novelas de Fernán ha impreso. No hablo a usted de la funesta temporada que he pasado; aun hablar de ella aflige. La familia Pastrana sigue bien y me encargan mil amistosos recuerdos. Otro día escribiré a usted un poco de literatura. Hoy sólo

me queda tiempo para pedirle perdón por incomodarle, suplicarle dé mis más finos recuerdos a la Condesa, a las de Mora y a Lorenzo Figueroa, y a Tassara (1), si los ve, y que me crea su más, más, más sincera amiga que desea su bien con toda la vehemencia de su alma,

CECILIA

¿Y el drama?

San Lúcar, 3 de Mayo de 1856.

¿Vamos a hacer un cambio? ¿Sí?—Advierto a usted que ese *sí* le liga como juramento de sociedades secretas. Si ha dicho usted *no,* no puede usted leer esta carta y debe romperla virgen y mártir. Al caso. Voy a dar a usted un buen rato, con la expresa condición de reciprocidad.—Voy a copiar a usted lo que sobre mi amigo más amigo me dice Cabanilles, con la *condición* que usted me escriba lo que a usted le ha parecido, y la *promesa* de no ser una confidenta traidora, como lo soy en esta carta.—«He visto a Cañete—dice;—es un joven fino, amable, simpático, de inmenso talento, de gran corazón. Es hombre que no tiene afectos, sino pasiones; pero pasiones calientes, nobles, generosas. Tiene una fisonomía distinguida, abierta y noble. Hay algo de infantil y candoroso en su figura. Me ha parecido muy bien. Sin usted y Aureliano (2), no hubiese conocido a este amigo, pues por tal le miro.

»Sus versos son muy bellos; tiene elevación de miras, entonación robusta, bella frase, objeto moral, y, sobre todo, los lee admirablemente. Con la franqueza distintivo

---

(1) El poeta y diplomático Gabriel García de Tassara (1817-1875). Perteneció al partido moderado.

(2) El erudito D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe (1816-1891), íntimo amigo de Cañete.

de mi carácter, preguntado, respondí que no debían publicarse hoy las epístolas. Sentiría que se considerasen hijas del despecho político y no se comprendiese el alto pensamiento que entrañan».—Añade que usted me celebró. Le contestaré que eso es natural ¡Malhaya la amistad que no embellece a la persona que la inspira! Esas amistades de «la quiero mucho, pero no dejo de conocer...», guárdense su amistad y sus peros.

Ahora, en cambio, me dice usted lo que le ha parecido Cabanilles. Gústame ver a los hombres superiores juzgados por sus pares. En mi corazón hay un eco que cada una de sus palabras la repite melodiosamente.

No más; el tiempo de usted no tiene dos alas, como su venerable alegoría, inventada siglos atrás; tiene cuatro como los molinos. ¡Qué dolor echar sus tesoros en la cuba de las Danaidas!

Soy... ya sabe usted lo que yo soy, aunque no se lo diga para no quitarle el tiempo.

FERNÁN

17 de Julio de 1856

¡Qué casualidad! ¡Ayer escribí a usted en el momento de recibir el inapreciable obsequio, honra de mi biblioteca, y hoy recibo su querida carta!... Quiero avisárselo a usted al instante para que no la crea perdida. Alguna vez decíamos: Cañete se ha caído en un pozo, (en lugar de pozo decíamos *parlamento)* «¿Cuándo llegará el feliz día en que descansen los corrompidos pulmones de los enemigos de la patria?» Pero ha sido tal mi presunción, que nunca pensé que se hubiese entibiado nuestra buena amistad, cuyos sólidos cimientos están a prueba de ausencia y de incomunicación. No obstante, ¡qué placer me dió ver la

letra de usted! ¡Cómo pasó este placer a dicha al leer la carta! No quiero (ni podría), pintar a usted todos los afectos que despertaron en mí las muchas y distintas pruebas de amistad que contiene su preciosa carta. Esto es más para sentido que para expresado.

No, amigo mío; no tenemos ni aquí, ni en ninguno de los puertos más males que los morales que sufre toda la provincia, toda la nación. (1) El cólera (al que ahora dan nombre de calenturas pútridas perniciosas), es tan exclusivamente local de Sevilla, que en Triana no lo hay. Esto es, por ahora. Las memorias que usted me encarga serán dadas con el mismo placer que serán recibidas. Si usted ha llevado una buena memoria de este rincón, la que usted ha dejado le aventaja mucho.

Aquí debería concluir mi carta; así lo manda la razón y aun la consideración; pero, como los antiguos capitanes generales de América, digo a la razón y a la consideración: «Acato y no obedezco». A bien que está usted acostumbrado a *escuchar* con paciencia (2).

---

(1) Tres días antes de la fecha de esta carta (14 de Julio) se había constituído el gabinete O'Donnell en que se prescindía de Espartero y de Escosura, y los progresistas acérrimos, acudiendo a las armas, tenían a la nación en el continuo susto y sobresalto que caracteriza las turbulencias de este período.

(2) En carta dirigida a D. José Fernández Espino en 22 de Junio de este año, escribe Fernán, refiriéndose a Cañete: «Es preciso que descansen y se purifiquen sus oídos, hechos a oir a los diputados gloriosos de la gloriosa.» A ello se refiere la novelista en esta ocasión, pero Cañete estaba también por otra clase de razones, acostumbrado a escuchar con paciencia. «Así como otros escritores—dice Alonso Cortés en su admirable estudio *Zorrilla. Su vida y sus obras*,—tuvieron la fortuna de recibir elogios que no merecían, Cañete pareció condenado a recibir durante toda su vida los palmetazos de todo el mundo. Y la verdad es que si no se remontó a las grandes alturas de la crítica, supo de ordinario mostrarse juicioso y discreto.» Atacáronle, en efecto, duramente, Zorrilla en una agria polémica que con él sostuvo en 1849, Villergas en su *Cuadro de pandilla,* Antonio de Valbuena, *Clarín, Fray Candil* y otros muchos, principalmente por su frío academismo y sus incorrecciones de versificador.

¿Sabe usted (pero esto entre nos), que Cabanilles me ha propuesto que escribamos un periódico ameno entre usted, él y yo? Le contesté que sería mi sueño dorado; que llevaría por título *La reacción culta;* pero que no había que pensar en eso. Que en primer lugar no tendrá suscritores en un país en el que nadie sino los literatos se ocupan de la literatura, y, en segundo lugar, que usted, que debería ser el director, no podía absolutamente ocuparse de otro periódico, sino de aquel que ha tomado a su cargo. Y apropos de éste, no lo recibo, pero voy enseguida a escribir a mi hermana Aurora, suegra del señor de Rueda (1), para que me envíe el número del 12.—¿Mordiscos? Honrosas estigmatas serán, que ya sabe usted que las referencias sólo se hacen de personas ya clasificadas y que son harto más lisonjeras que artículos exclusivamente dedicados a una composición. Leía yo en un magistral crítico francés: *se debe escribir como se habla, pero no hablar como se escribe,* cuando leí en (2) el anuncio de mis escritos en *El Parlamento* estas palabras: (Fernán) *no parece que escribe, sino que habla.*—Hay delicadezas superiores a las inteligencias vulgares, pero no las hay superiores a la comprensión de mi corazón, y este es una alcancía sin llave; lo que en ella cae no vuelve a salir de ella sino quebrándola.

¿Me envía usted aquí amigos? Lo siento. ¿Que es verse sin tratarse? Quebrar la imagen que creó embelleciéndola la imaginación sin dejar tiempo a la amistad a prestar sus encantos a la pobre imagen que presenta la realidad! El cólera ahuyentará a todos de los puertos.

No hay delicadeza moral y material que no deba a us-

---

(1) D. Antonio de Rueda y Quintanilla, Marqués del Saltillo, casado con D.ª Francisca Osborne, sobrina de Fernán.
(2) Esta palabra *en* falta en el texto original.

ted. ¿Con que me ha buscado usted suscritores? En esto (y en todo) como pongo mucho más precio a la *calidad* que a la *cantidad,* lo he agradecido sobre manera, en vista de los que serán los que usted habrá hallado en su culto círculo. Muchos amigos míos no han tenido la prevención de usted y se han surtido en casa de Mellado. Con mis suscripciones corría Fermín Apecechea, y en su ausencia corre con eso D. José María Juliá, que vive calle de Isabel la Católica, n.º 4; creo que bastará una esquela para que remita los tomos a domicilio. En cerca de un año sólo han sido impresos dos tomos de que consta *La Gaviota,* y el de *La familia Alvareda,* con cuya corrección de pruebas tenía la bondad de correr Antequera, y que no sé en qué consiste que no esté concluído, (si no lo está).

El Duque (1) ha escrito para ella un precioso prólogo; pero dice Balzac: «*les femmes et les auteurs meurent tous incompris*». No hago comentarios; sólo digo que la sentencia o axioma de Balzac me coge por activa y por pasiva, con la pluma y con la calceta.

Aquí está Luis Romero, excelente traductor y excelente cómico, según es fama. Nada ha perdido aquel *hermosísimo* fondo, pero aquella violeta que tan tímidamente florecía a la sombra de usted, ha perdido algo de su suave perfume al sol del mundo superficial. No haga usted caso de mi rigorismo en ciertas materias, pues sabe usted que lo exagero. Las túnicas impermeables no las dan sino la experiencia, los años, o una inteligencia superior.

Otra cosa y concluyo. El capataz de la Barela encierra en tres las reglas que se deben observar en este mundo; son: ver venir, dejarse *dir,* y *tenerse allâ.*—Para expli-

(1) De Rivas.

car, conservar y poner en acción este compendio de la *gramática parda,* he hecho un juguete dialogado (1). Ni es interesante, ni vale nada, pero es un *tour de force,* y éstos me gustan como gustan a las mentes estrechas. (Dígale usted al señor Baralt que no pongo *espíritu,* sino *mente).* ¡Cuánto deseara que los que escriben juguetes para el teatro tomasen dicho tema para explayarlo!

Ahora sí que concluyo, no porque quiero, sino porque a ello me obliga el papel, que es un pícaro lecho de Procusto que se alarga para las cartas de cumplido y se acorta para las cartas de cariño, de gratitud y simpatía.

FERNÁN

(Tantas cosas a Fernández).

Mi carta de ayer la dirigí a la redacción de *El Parlamento.*

Tantas cosas de todos y de de Gabriel.

Mi antípoda más antípoda que nunca (2). Sólo cada tres meses sé de él. ¡Paciencia!

San Lúcar, 10 de Agosto de 1856.

Iba a contestar a usted con una pintura que figurase a usted cual un Prometeo atado a una roca llamada *Parlamento,* cuyo corazón en lugar de ser devorado por el monstruo *política,* se escapa cual un pájaro de *bellísima pluma* y va a reposar sobre la mano que le alarga la musa. Pero no he querido acabar este bosquejo, porque en

(1) Figura en la colección de las obras de Fernán al frente del tomo *Cuentos y poesías populares andaluzas,* con el título de *Las tres reglas de la gramática parda.*

(2) El antípoda de Fernán era su tercer esposo, D. Antonio Arrom de Ayala, residente a la sazón en Australia, según queda dicho, como cónsul de España en aquella nación.

este cuadro falta lo que es para mí lo principal, mi gratitud! ¡Qué composición tan bella y delicada! ¡Cómo ha sabido usted en los méritos que me presta elegir aquellos que más me simpatizan y que más deseara tener! ¡Oh santas doctrinas que siempre ensalcé desde que escribo, ellas son las que me han dado *amigos* entre los hombres de sano y noble corazón! Todo, todo se lo debo a ellos, conformidad, paz en el alma, dulzura en la vida, y, por último, amigos de que se enorgullecería una Mad. de Stäel!—No quiero y no podría reñir a usted sobre sus demasiados elogios, ¿quién puede echar en cara a la primavera la profusión de sus flores? ¿quién a la amistad sus excesos? De Gabriel los ha visto y hallado preciosos. Se los enseñé, porque dicen los franceses:

Peut on être heureux au monde
Si quelqu'un ne l'est avec nous?

Así deseaba que alguien participase de mi íntima satisfacción y de mi profunda admiración. Las cosas que usted dice han halagado mi corazón, por lo mismo que reconozco que sólo son debidas a la parcialidad, e inspirarla a hombres como usted es mi verdadera gloria, que no podrán arrancarme los que, y con razón, recusen los elogios. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Cuanto lo merece el que dirige el humo de su exquisito incienso, no hacia arriba a las alturas de la tierra, sino así, abajo, al humilde y escondido valle! ¿Ve usted cómo cuando me he quejado a Dios de la soledad que había hecho a mi alrededor la suerte, en su misericordia me la pobló de corazones nobles, generosos y apegados? Que no digan que la prosa es *vil;* es *desabrida,* pues en ella no se puede decir, como en el lenguaje de la dulce poesía, todo lo que yo quisiera decir a usted.—Usted lo adivinará, pues es fácil, y más si re-

cuerda que agradecer es amar, y amar es reconocer y tener en muy alto todas las bellas prendas de la persona que se quiere.

¿Que le escriba a usted largo? No. No quiero quitarle de su escaso tiempo sino un granito de arena. Pasemos, pues, en revista, a paso de carga, el sinnúmero de cosas que tengo que decir a usted.—Primero y principal: como el señor que decía que se le enviaba a Lisboa porque *hacía sombra* o *infundía miedo* al Gobierno, se queda allí para concluir la educación del Rey de Portugal, y no irá Tassasa, que es muy amigo de Antonio (1), no hay que volver a acordarse de la humilde pretensión de que le den el consulado de Portugal (2) en Australia; poco se pierde, pues sería quizás sin sueldo, y sólo por el *honor* de serlo, que es, aunque muy pequeña, una ventaja, y más en un país inglés, lo desee, y le probaría que su pobre mujer, desde su riconcito se ocupaba de él y que sus amigos no lo olvidaban. Perdone usted, mi querido amigo, que le diga cuáles son nuestros deseos, en vista que puede ofrecerse ocasión en que nos sea útil que los sepan nuestros amigos.

No le tiene cuenta salir de Australia, por amarga que sea para ambos la ausencia. No pagan a los cónsules los viajes, y el de Australia que tiene que hacerse por la vía de Inglaterra, cuesta sobre 24.000 reales. Otro tanto costaría la vuelta, así es que empleados a esa distancia no se pueden andar remudando. El país es hermoso y sano; está muy bien quisto y le distinguen mucho, como no podría

---

(1) Arrom de Ayala, su marido.

(2) Acerca de la misma pretensión escribió Fernán a Fernández Espino y a Alcalá Galiano, que fué embajador en Portugal (Véanse, respectivamente, las *Obras de Fernán Caballero, XIV,* en la «Colección de escritores castellanos» y las *Cartas* del M. R. P. Fray Diego de Valencia. Madrid, 1919).

dejar de suceder, y no tiene más contra que lo carísimo del país.—Por lo cual sería justo que se nivelasen los sueldos consulares, sin gravar al erario como se ha intentado ya hacer, puesto que no es justo que el general Zavala (1) encajase de buenas a primeras a un inepto, desacreditado y arrinconado hermano que tenía en Manila, de cónsul en Calcuta con 5.000 duros de sueldo, y que el cónsul de Sidney (país igualmente inglés), tenga 1.200 que no le alcanzan a vivir con el debido decoro, como puede usted graduar. Así nuestro único anhelo es esa *nivelación* justa y racional, y cuando llegue Fermín Puente, amigo de Pastor Díaz (2), preciso que le hable para que haga un acto tan justo.

He escrito a un amigo, para ver si se puede lograr que repongan a Alejandro Pastrana, hijo de María Florencia (3), en el destino de Ayudante de telégrafos que tan injustamente le quitaron cuando «la Gloriosa» para poner a un heroecito de barricada. Alvear, Ayudante de T. en Cádiz, se casa con una novia rica y deja el destino, que se podría dar a Alejandro en toda justicia y sin perjuicio de

---

(1) D. Juan Zavala y de la Puente, Conde de Paredes de Nava, nacido en Lima (Perú). Fué capitán general de Castilla la Nueva en 1854, ministro de Estado y de Marina, y Presidente del Consejo de Ministros en 1874. Se distinguió en la guerra de Africa, en la que ganó el título de Marqués de Sierra Bullones.

(2) D. Nicomedes Pastor Díaz (1812 - 1862). Político, economista, historiador y poeta romántico sobradamente conocido. Fué tres veces ministro, y protector y amigo de Zorrilla y de la mayor parte de los literatos de su tiempo. En la fecha de esta carta era ministro de Estado con O'Donnell.

(3) De esta familia sanluqueña de los Pastrana vuelve a hablar Fernán al final de su carta y habla muchas veces en toda su correspondencia. La constituían D. José María Pastrana Seik, casado con la distinguida dama D.ª María Florencia Romero, y sus hijos, con dos de los cuales, D.ª Mercedes y D.ª Matilde, especialmente con la segunda, llevó Fernán amistad íntima y fraterna durante toda su vida. Alejandro, de quien habla esta carta, murió en Marsella, de vicecónsul el 19 de Marzo del año siguiente.

tercero. ¿Pero quién le entra al fiero Ríos Rosas (1), el Corradi (2), del partido moderado? En fin, veremos.

Antequera se fué, y he pedido y enviado al intento una esquela para Fernández, en que, aprovechándome de sus amistosas ofertas, le suplico que tenga la bondad de revisar las últimas (3). Y ahora *¡helas!* se pasará la impresión por falta de corrector!! Cabanilles está en París y va a Londres, según me escribe; pero ¡qué cartas!!! Una envié al Duque de Rivas que se entusiasmó extraordinariamente con ella. He metido a de Gabriel en que traduzca un artículo muy bueno sobre la filosofía alemana para la Revista. Le di el recado de usted y me dice que no le perdona su prometida carta. El sigue bien y Elisa (4) igualmente. No trato al yerno de Esquivel. Las Pastranas buenas y me encargan tantas cosas. Los Monteagudos (5) en Puerto Real. *El Católico* y *La Esperanza* me han hecho la honra de reproducir la referencia de una procesión que tuvimos aquí; pero lo hicieron como copian los chinos, con todas las faltas de los cajistas. ¡Jesús! El papel se va llenando, como se llenaba pronto y del todo este invierno el cielo de nubes. Nunca en el limpio cielo de nuestra amistad habrá ninguna.—Tengo que concluir ¡qué pena! Mil cosas a Fernández.—Su mejor amiga

CECILIA

---

(1) D. Antonio de los Ríos y Rosas, el famoso hombre de Estado y orador elocuentísimo (1812 - 1873). En la fecha de la carta de Fernán era ministro de la Gobernación.

(2) D. Fernando Corradi, político y escritos de exaltado tinte progresista (1808 - 1885). Dirigió desde 1865 hasta su muerte el periódico *El Clamor público*.

(3) Esto es, las últimas pruebas de la edición de las obras de Fernán.

(4) D.ª Elisa López de Morla, hija de los Condes de Villacreces y esposa de de Gabriel.

(5) Los Condes de Monteagudo, padres de D.ª María Florencia Romero, esposa del Sr. Pastrana.

¿Y Luis Eguílaz, que me escribió que venía este verano aquí y no ha parecido? Me dijo se hacía un elogio de mí en *La Independencia Belga,* pero no he podido haber ese papel.

En un trocito de papel, pegado a la primera página:

El gran personaje Corradi, apóstol de la igualdad y combatidor de privilegios, quiso que la diligencia lo llevase hasta su alojamiento, pero se llevó chasco. ¿Ha visto usted las teorías y las prácticas de los corifeos de *libertè* y *egalitè?* ¡Qué farsantes!

Al dorso:

¿Ha visto usted en la última Revista *des deux monde*s el artículo largo, necio y *méchant* de Gustave Planche contra Madrazo y Ochoa como biógrafo suyo? (1) ¡Cómo rebaja el amor propio ofendido al hombre! Hace *tonto* al sabio crítico y sofístico al gran preste de la verdad.

San Lúcar, 9 de Septiembre de 1856

Queridísimo amigo:

Después de la carta de oficio, la carta de amistad. Mucho sentiría que la primera diese motivo a usted para que me creyese rencorosa. Muchas veces he dicho que la completa ausencia de este sentimiento era en mí una baja debilidad de carácter y no un noble esfuerzo de corazón.

(1) Titulábase el artículo *Un peintre espagnol et la Critique,* por Mr. Gustave Planche, y vió la luz en el número de la *Revue* correspondiente al 1.° de Agosto de 1856. El escritor francés ataca en él al pintor Federico Madrazo, que a su vez había tachado a aquél de parcial y de injusto, y al cuñado de éste, el crítico D. Eugenio de Ochoa, autor de una encomiástica biografía del pintor publicada en la *Galería de españoles célebres* (Madrid, 1845).

Así me he hecho un deber de conciencia y una exigencia de dignidad de protestar contra las infamias cometidas con mi ejemplar marido, cortando toda relación con los hombres que por viles miras interesadas, le obligaron a fuerza de sinsabores, injusticias, discordias domésticas, y calumnias (de que no fuí exceptuada yo, pero, eso sí, lo perdono, no por generosidad sino por indiferencia) a dimitir el honroso puesto que le asignaba el sagrado de un testamento, y a desterrarse de los antípodas, y, sobre todo, al modo *atroz y cruel* con el que lo hicieron (1)... fraguaron la desgracia de toda familia con una falta de conciencia fabulosa.—Después de dos años de destierro (yo también lo fuí) y de agonía, dan señales de vida mandándome *gratis El Parlamento*. ¡Gracias! No lo quiero. Sería admitirlo una bajeza, y aunque no soy orgullosa, nunca he cometido ninguna.

Dejemos este enfadoso asunto. Deseo que vea mi carta, y, sobre todo, que sepa *que no recibo El Parlamento*.

¡Escribo a usted con tanto placer! Pero me se hace escrúpulo ocupar su tiempo. Tire usted mi carta, si tiene mucho que hacer.

Estoy muy interesada en la lectura de la obra sobre España de Mr. de Latour (2). Tiene una historia de San-

---

(1) Suprimo en este sitio unos reglones del texto original.

(2) *Etudes sur l'Espagne*, par Antoine de Latour. París, 1855, 8.º Fernán escribió un juicio crítico sobre ella, que se publicó en la Revista.

Fué su autor notable literato francés y apasionado admirador y amigo de la novelista. Desempeñó el cargo de secretario del Duque de Montpensier y escribió varios libros sobre España y la literatura española, dignos de la mayor estimación. La correspondencia de Fernán con Latour ha dado ocasión al eminente hispanófilo Mr. Morel Fatio para la publicación de su precioso folleto *Fernán Caballero d'après sa correspondance avec Antoine de Latour*, escrito para el *Bulletín hispanique*, en el que hace justicia al relevante mérito de Fernán como escritora de

tiponce sumamente interesante, y, aunque larga, pienso traducirla para la Revista.

Había pensado escribir a usted largo, pero me detiene la triste idea de que no tiene usted tiempo que dedicar al descanso, ni aun a la amistad; no que por eso deje usted de sentirla como el más fino y delicado amigo, pero no puede ocuparse de ella.

¿Y qué diré de la admirable carta que recibí ayer de Fernández? ¿Sabe usted que las cartas de ustedes me causan tristeza? Estaba tan contenta en mi soledad, apartada de un mundo en que tantos malos y rudos encontré; pero cuando veo que a la par de aquéllos se encuentran en él hombres como ustedes, me pesa mi soledad. Escribiré a Fernández; su carta merece una carta en que, como en la suya luce la condescendencia, la bondad, la más exquisita finura del alma, en la respuesta se vea la gratitud que inspiran; pero no quiero dejar de enviar ésta por lo lo tocante al *Parlamento*. Haga usted por Dios, amigo mío tan querido, que no lo reciba, porque sería rebajarme a aquella clase de gentes que olvidan el insulto y el agravio por un favor. No puede ser, no puede ser.

Hoy se ha ido Fernando. Mucho voy a echar de menos los agradables ratos que pasaba todas las mañanas en su sociedad. ¡Qué buenos principios, no arraigados, sino en la masa de la sangre!

Concluyo, por no cansar a usted y por tener un fuerte

---

cartas, dedicándola fervorosos elogios, y viendo en ella a la Mme. Sevigné de nuestra literatura.

Cecilia Böhl recibió en todo tiempo las más delicadas muestras de amistad del autor de los *Etudes sur l'Espagne*, a quien ella a su vez profesaba altísimo aprecio v estimación. «El solo y único amigo fiel y de caluroso y sostenido interés hacia mí, es Mr. de Latour y su augusto Señor», escribe en una carta que encontrará el lector más adelante. Este mismo concepto está glosado y repetido en otras varias cartas de Fernán

dolor de cabeza; y porque el que siento en el corazón por estar tan lejos de personas como ustedes me tiene hoy más triste que nunca.—No acierto a escribir; mas todo este mosto que fermenta en mi sentir, se hará vino dulce y claro en otra carta. Comparación del pueblo y de la estación; estamos en vendimia.

Su mejor amiga,

CECILIA

30 de Septiembre de 1856.

Mi más querido amigo:

Gracias mil por no recibir *El Parlamento*. La gratitud es lo más dulce y lo más atroz que siente el corazón, según las personas a las que se ve uno en el caso de tributarla (1)...

Pero hablemos de cosas agradables.

No lo ha sido poco para mí el ver en los periódicos entre las piezas que se anuncian una de usted y ver que por fin se ocupa de concluir aquella a que pertenece el bellísimo trozo que me leyó. Así, así; sacuda usted sus alas del pesado polvo de la política y tome vuelo por más altas regiones, en que halle la inspiración del corazón unida a la de la cabeza. ¡Cuánto lo celebro!

No he escrito a Fernández Espino por no saber dónde dirigir mi carta, porque Fermín Puente me escribió desde Bilbao que se venía a Sevilla ya hay días. Tengo que hacerlo muy largo. También de Gabriel me escribe que no sabía de él; así me temo no salga aún la Revista en

(1) Suprimo algunos párrafos que van a continuación en el texto original.

muchos días. Creo que no estará en Madrid; si estuviese, dígale usted que sus dos preciosas, finas y delicadas cartas están archivadas, no sólo en mi corazón, sino en la cajita en que guardo las cosas selectas. Que Cabanilles es de otro parecer sobre el soneto en cuestión (1) y Mr. de Latour entusiasmado con haber dado lugar a que esta cuestión se debata y ventile entre los primeros literatos de España. Espero habrá usted ido a ver a un amigo del que tiene usted las ausencias que merece. No hacerlo sería ingratitud, y nadie tiene el privilegio de ser ingrato sino las buenas mozas. Espero que también lo irá a ver y conocer Fernández; es de nuestras ideas; así es que deseo que todos los *buenos* se conozcan y amen, y formen la unión literaria, y religiosa, y española, y noble, que no es, por cierto, un mito, como la Unión liberal. ¿Ha tenido usted tiempo para leer mi *Familia Alvareda?* No, eso es natural; para lo que quiero que tenga usted tiempo es... ¿para escribirme? No. No soy egoísta, sino para ir a ver a Cabanilles.—Diré a usted que estoy un poco vanagloriosa; no por los elogios que hacen SS. AA. de lo que escribo, ni por las pruebas de deferencia que dan al autor: esto es política real que gastan generalmente; pero porque me

---

(1) El Soneto a que Fernán se refiere es el famoso que comieza

No me mueve, mi Dios, para quererte...

atribuído por ella, siguiendo la opinión de su padre Böhl de Faber, a San Francisco Javier, y por Mr. de Latour a Santa Teresa. La escritora requirió con este motivo el parecer de Cañete, de Fernández Guerra, de Cabanilles y de otros varios literatos. Aunque las dos opiniones acerca del autor de esta hermosa pieza literaria tenían y tienen sus decididos partidarios, en general, el soneto se tiene hoy por anónimo, y como tal lo incluye Menéndez Pelayo en *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana* (Madrid, 1908). Quintana en su *Parnaso* y Maury en su *España poética* lo atribuyen a Santa Teresa. El parecer de Cabanilles a que se alude en esta carta, fué que el soneto no es de ninguno de los dos Santos a quienes generalmente se atribuye, sino de mano muy ejercitada y maestra; tal vez de Lope o de los Argensolas.

dijo el Duque que Ochoa (1), había estado severo e injusto en criticar el final de *La Gaviota* que era lo mejor que tenía, y que no me dejase guiar por consejos, sino por mi propia inspiración que era mi mejor consejera; así como lo estoy porque S. A. va a ver si logra sacar del olvido y de Doshermanas los estandartes con qué ganó San Fernando a Sevilla, según lo digo en esa novela. ¡Dios quiera que no hayan desaparecido!

Vamos ahora a una pesadita petición.

Deseo con ansia complacer a Mr. de Latour, aunque no sea más que por gratitud a su amor por España. Tiene empeño en tener autógrafos de los más distinguidos literatos españoles, y se ha dirigido a mí como persona que se los podría proporcionar. Remito a usted, pues, unas papeletitas, en que le ruego suplique de mi parte a Aureliano F. Guerra, Baus (2), Cervino (3), y algún otro amigo literato de fama que usted tenga, que pongan en ellas

---

(1) D. Eugenio de Ochoa, crítico, periodista y autor de poesías y dramas (1815 - 1872). Tradujo a Víctor Hugo y publicó en París sus *Clásicos españoles,* Romántico fervoroso, fundó *El Artista* en 1835 para defender los ideales de la nueva escuela. Fué Académico de la Española y prologuista de Fernán en *La Gaviota,* donde sustenta el juicio a que en esta carta se alude.

Tenga o no tenga razón Ochoa en estos cargos, preciso es reconocer en el haber crítico la perspicacia y el acierto con que al aparecer por primera vez *La Gaviota* en *El Heraldo* como obra de un duende literario a quien nadie conocía, saludó a Fernán como a una gloria de la novela española, vaticinándola sus futuros triunfos y laureles.

(2) El insigne dramaturgo D. Manuel Tamayo y Baus (1829 - 1898).

(3) D. Joaquín José Cervino (1817 - 1883), de Tortosa, periodista y poeta. Escribió dos dramas y varios poemas, entre ellos uno premiado por la Academia. Toda su obra es floja y desmayada. La circunstancia de no haber sido premiada una oda suya en un certamen a cuyo Jurado pertenecía Zorrilla, originó entre éste y Cañete una violenta polémica en la que los contendientes se hicieron agrias y destempladas inculpaciones. Puede verse acerca de este asunto el libro de Alonso Cortés *Zorrilla. Su vida y sus obras.* (Valladolid, 1918. Tomo II, página 60 y siguientes), y el curioso artículo de D. Miguel Artigas *Genus irritabile vatum* publicado en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (Santander, 1919. Número de Septiembre - Octubre).

cuatro letras, una reminiscencia de esas joyas poéticas que han dado al público, y que debajo pongan su firma. Mi queridísimo amigo Cañete, por ejemplo, podría poner:

Inagotable fuente de consuelo,
Madre del Señor y Madre mía,
Cuya mirada regocija al Cielo,
de cuya luz es sombra la del día.

y debajo su firma. Si usted me hiciese ese favor se lo agradecería en mi corazón, pues no sólo complacería a Mr. de Latour, sino que estaría tan hueca por haber sido buen conducto para alcanzarle una colección, cuyo anhelo prueba cuanto caso hace y en cuanto aprecio tiene Mr. de Latour a nuestra literatura y literatos. He escrito con igual petición a Cabanilles y a Puente. Veremos quien de mis amigos me complace primero; si la parte joven que representa usted (1), si la enérgica que representa Cabanilles, o la formal que representa Apecechea.

Estoy escribiendo y moliendo a usted sin consideración alguna. Lo tonto está en mi tinta y lo plomo en mi pluma, para darle tormento al papel y no poco cansancio a usted. A Fernández escribiré a Sevilla pidiéndole autógrafos; digo el suyo y el de Gabriel. Tengo que escribir porque *me lo ha pedido* quien no puedo rehusar, una descripción de la novena magnifiquísima que hemos tenido aquí, y cuando tengo que escribir por precisión, mis pícaras ideas me se escabuyen *(sic)*, como niños mal criados que se esconden cuando se les llama. ¡Que sea mudo el corazón y necesite al pensamiento por intérprete!, cual aquel gabinete de 1855 al señor Escosura (2). Y me angustio; la an-

---

(1) Tenía entonces Cañete 34 años.

(2) D, Patricio de la Escosura y Morrogh (1807 - 1878), escritor, poeta romántico y político turbulento y radical. En el colegio de San Mateo

gustia es una reliquia de mis pasadas catástrofes. Escribo con dificultad y me cuesta más un rengloncillo de mala muerte que a usted veinte excelentes artículos para *El Parlamento*.

Basta. Mando a usted una muestra del tamaño del papel para los autógrafos. Deseo que todos sean iguales para ponerlos en una bonita carterita. Me gusta el primor, me muero por él. Tiene su mérito material y su mérito moral. Todo lo realza, que es lo más bello que hay que hacer en este mundo.

Lo que nada puede realzar es mi amistad por usted, por estar en toda su altura, y en aquellas regiones en que todo es hermoso, noble, independiente, inmutable y eterno.

CECILIA

Mil cosas de todos los amigos.

Otra majadería. ¡Qué buenísimo sería usted si detrás de cada autógrafo pusiese: «Autor de *tal* y *tal* obra!» Esto es tener una amiga exigente.

San Lúcar, 18 de Octubre de 1856.

¡A qué punto necesitaría y ansiaría el país por un orden de cosas que nos libertara del pasado sistema sin nombre ni calificación (1), cuando ha sido recibido, no sólo con

---

fué compañero y amigo íntimo de Espronceda, con cuya hija Blanca se casó más tarde. Escribió novelas y comedias, y ensayó todos los géneros literarios, produciendo algunas obras dignas de estimación. Cruzó varias cartas con Fernán, a pesar del abismo que separaba las ideas religiosas y políticas de ambos escritores. Las que Cecilia le dirigió pueden verse en la bellísima colección del P. Valencina.

(1) El de la revolución triunfante con Espartero y O'Donnell, que en 1.º de Mayo de 1855 había dado la ley de desamortización de los bie-

respeto, sino con ostensible aprobación hasta de sus mismos contrarios políticos el que le ha seguido y se compone de la flor y nata del moderantismo. Antes de ayer tuvieron aquí una comida unos cuantos exnacionales, entre ellos el barbero de Pastrana, en que se brindó al nuevo Ministerio (1), y a la caída del pasado, que había osado, sin derecho y contra sus proclamadas doctrinas, quitarle las armas que él mismo le diera! ¿Qué tal?

Vamos al caso; a dar a usted la más cumplida enhorabuena. Tiene usted una mano en el Ministerio (2). ¿Qué

---

nes eclesiásticos, atropellando el Concordato con la Santa Sede y motivando la justa indignación de todos los católicos sinceros. Espartero y O'Donnell desatendieron la natural protesta de Roma, castigando con destierro a varios Prelados que elevaron exposiciones contra dicha ley, y se retiraron, de Madrid, el Nuncio, y de Roma, nuestro embajador D. Joaquín Francisco Pacheco. En otro orden de cosas, llevó este sistema grave perturbación a Diputaciones y Municipios, hizo numerosas leyes para satisfacer pasioncillas de partido, y en su tiempo se vieron la Hacienda en *déficit*, el motín en la calle casi a diario y los artículos indispensables en elevada carestía, con más varios salvajes y desatentados movimientos comunistas en varios puntos de la nación.

(1) El Gabinete a que con tanto entusiasmo se refiere Fernán era el presidido por el general Narváez con los ministros siguientes: Estado, Marqués de Pidal; Gobernación, D. Cándido Nocedal; Gracia y Justicia, D. Manuel Seijas Lozano; Hacienda, D. Manuel García Barzanallana; Fomento, D. Claudio Moyano; Guerra, el general Urbistondo, y Marina, el general Lersundi. Derogó leyes y decretos del Gobierno anterior, encaminando su valor a deshacer la obra revolucionaria, principalmente en lo referente a la desamortización. Hasta sus más acérrimos enemigos reconocen y elogian su probidad y celo, así como la actividad y competencia desplegadas para atender y mejorar los servicios administrativos. Nocedal hizo una ley declarando obligatoria la instrucción primaria; fueron expulsados de Madrid numerosos perturbadores de oficio y gentes sospechosas para la pública tranquilidad; se reformó el Senado; se reprimieron graves desórdenes (aunque parece que con rigor excesivo) provocados por el alzamiento de partidas republicanas en Andalucía; se organizó una importante exposición agrícola y se dió notable impulso a los trabajos estadísticos. En su tiempo fué también creada la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Abrió las Cortes el 1.º de Mayo de 1857 con el Marqués de Viluma en la presidencia del Senado. El Congreso eligió para la suya a D. Francisco Martínez de la Rosa. Dimitió Narváez el 15 de Octubre de 1857.

(2) Nocedal, Pidal y Moyano eran íntimos amigos de Cañete.

dan a usted? ¿Cómo no está usted ya nombrado? ¡Qué alegría! ¡Qué descanso de corazón ver desaparecer esos insolentes usurpadores! Cañete, buen y querido amigo, recuerde usted que el honrado, el excelente, el inteligente Fermín Apecechea, fué *cruelmente* (pues hasta la manera fué *cruel),* depuesto del destino que por tantos años desempeñara, por el señor Luján! (1). Pertenece Fermín a la orden de Fray Modesto, y esta situación, como todas, a la de *los que no lloran, no maman.* Yo quiero llorar por él, escúchenme o no. Mas espero que en este inaugurado sistema de separación no habrá excluídos. ¡Por Dios, que es padre de familia!!

Nueva era. ¡Permita Dios que tan feliz llegue a ser como ha sido deseada! Por mí la inauguro con un artículo en favor de los animales (2), ya que nos vemos libres de fieras (esto es, si le recibe e imprime *La España* a la que se ha enviado). Gracias por haber insertado un articulito bastante sosito que envió a usted Cabanilles, por haberlo reproducido ya *El Católico* defectuosamente como lo imprimió *El Comercio* de Cádiz. Fué un compromiso.

Leí el excelente artículo de Fernández sobre la obra

---

(1) D. Francisco Luján, progresista ilustrado, ministro de Fomento con O'Donnell a principios del año en que Fernán escribía su carta.

(2) Nota característica del espíritu de Fernán fué la compasión a los animales, que en más de una ocasión hizo de musa inspiradora de sus escritos y dió origen a numerosos rasgos de bondad de aquel corazón en que todas las delicadezas parecían tener su natural asiento. De lo primero suministran buena prueba el artículo *Los pobres perros abandonados* y muchas páginas de sus libros. En la primera carta de esta colección la hemos visto dolerse del martirio de un pobre toro *de cuerda* y arrancar a Bravo Murillo una disposición oficial de protección a los animales; en las páginas 115 y 119 de la colección del P. Valencina, y en otros sitios, hay también testimonios de los sustos, sobresaltos y ratos pésimos que a la escritora proporcionaron gatos, perros, aves domésticas y toda clase de animales, sin exclusión de los *de la vista baja,* cuya pública inmolación y descuartizamiento en las calles de Sevilla horrorizaba de espanto a Fernán. También el periódico *La Andalucía* publicó un llamamiento a la compasión.

de Mr. de Latour, y celebré que tan plena justicia se hiciese al autor, con tanto tino como saber y autoridad (1). En el que ha escrito el critiquillo Fernán (metido en camisa de once varas), le hago un poco de guerra, como lo verá usted (si tiene tiempo de leerla), en la Revista (2).

Leo en el *Diario Español* (3) que hacen a Tenorio (4) una notabilidad, cuya calificación no recuerdo, en el Ministerio de Estado. Si esta para mi grata nueva se confirma, le escribiré sobre mi viejo tema de nivelación de sueldos consulares (5). Si en tan justa petición no me sirve, puede estar seguro que me le apareceré como el Convidado de piedra. ¿Y Mora? ¿será Cónsul en Londres? Y el Marqués de Pidal, ¿ha mandado por telégrafo a su amigo Ochoa la orden de regresar? ¡Jesús, qué de gentes buenas contentas! ¡Viva la Reina! ¡Viva Isabel II!—(Lo digo porque como murió D. Carlos, lo puedo decir, no sólo de corazón, sino con conciencia política).

Un secreto. ¡Cuidado, que es secreto!—Usted suele repetir lo que puede ser agradable y poner en buen lugar a unos y otros sus amigos. No quiero que se repita lo que voy a decir a usted al oído; no quiero ser zurcidora de voluntades destinadas a unirse por sí, sin necesidad de mis malos hilvanes. Cabanilles me escribe al volver de los sufragios hechos por Cervantes, entre otras cosas: «Ca-

---

(1) Titulábase el artículo: *Antonio de Latour.—Estudios sobre España.—Sevilla y Andalucía,* por D. José Fernández Espino. Tomo III de la Revista, págs. 617 y 683.

(2) *Algunas palabras sobre la obra que en francés y con el título de «Estudios sobre España» ha dado a luz el Sr. D. Antonio de Latour,* por Fernán Caballero. Tomo II de la Revista, págs. 637 y 689.

(3) Fernán escribe abreviadamente Diario E.

(4) Don Miguel Tenorio de Castilla, caballero maestrante de Ronda y Secretario particular de Isabel II.

(5) Los deseos de Fernán relativos a la mejora de sueldo de su esposo, viéronse cumplidos a fines de este año de 1856, en que dicho sueldo fué elevado de 6,000 a 12,500 pesetas.

ñete es un coloso; ¡qué pequeño me pareció Eguílaz mirado al través de la crítica de aquél» (1).

Cuidado que no se hayan ido mis pedidos autógrafos de cabeza Leteo abajo, como los dimisionistas progresistas. Usted tiene una amiga exigente y pesada. Haga usted por ser menos buenísimo, fino e indulgente y no la tendrá.

María Florencia y su hija la Condesa se van a pasar el invierno a Sevilla. ¡Considere usted la espantosa soledad en la que me quedo! Mas no me quejo, pues Dios me da compensaciones. En primer lugar una resignación magna, en segundo lugar la amistad y simpatías de personas tales que bastan para consolar de todas las penas, dorar toda existencia y llenar todo corazón.

CECILIA

Me se olvidaba decir a usted que aconseje de parte de un sabio político al Ministerio, que si quiere seguir con la malhadada rutina de convocar Cortes y lo quiere hacer sin los escándalos, exigencias, alborotos y nuevos pretendientes diputados consiguientes, lo verifique de la manera que evitará todas estas calamidades del sistema constitucional. Que disponga que vayan al Congreso el mayor contribuyente de cada pueblo, sin distinción de colores, y se evitan intrigas y escándalos, se suprimen discursos y

(1) Hizo Cañete críticas acerbas de las comedias de Eguílaz, que contrastaban con el general entusiasmo que despertaban todas las obras dramáticas de este autor; entusiasmo del que no fueron excepciones escritores como Hartzenbusch y Durán. Sorprendieron, sobre todo, y fueron achacadas a envidia y a rencillas literarias, las acres censuras de Cañete a la comedia *La cruz del matrimonio*. Más tarde se acabó por darle la razón, descendiendo de modo considerable el prestigio de Eguílaz entre público y literatos.

osean (?) pretendientes. ¡Qué beneficio al país! Pues maldita la gana que tiene de elegir él mismo diputados. Así al menos se respetarían los que fuesen.

19 de Noviembre de 1856.

Mi querido amigo:

No porque haya usted dejado de contestarme pongo en duda su amistad; sobre este punto estamos de acuerdo. A otro. No se deslustra el oro...

En las grandes compensaciones que traen consigo las cosas de este mundo, la que tiene la prosperidad y enaltecimiento es ese insoportable enjambre de empeños, en un país en que se hacen una necesidad, pues sin ellos queda el poder fuera del alcance del que necesita de él. Yo vengo con el mío (que es *justo* y *modesto,* que sino no lo hiciera), de quedito, a hurtadillas, con suave voz; pero resuelta a tenerle cogido un faldón de su bata mientras no haga esta obra de reparación, de justicia y me dé esta prueba de amistad.

Viuda mi suegra de un joven y brillante coronel Arrom, que murió de resulta de sus heridas de la guerra de la Independencia; joven ella aun más, y preciosa, rehusó los mejores partidos, y vino a casarse con un oficial buen mozo, y no otra cosa, que salió del servicio militar y entró en la carrera de empleado, en que ha estado más de treinta años, quedando entre los destituídos del año 54, de feliz memoria (1). Entonces, amigo mío, tuve que acu-

(1) De los cesantes de 1854 vuelve a hablar Fernán en la carta que sigue a esta. Los barridos y substituciones de personal en Ministerios y oficinas públicas a cada cambio de Gobierno, han sido hasta hace poco tradicionales y magnos en nuestra política; pero memorables de-

dir al auxilio de la pobre señora y de su hija, que están en Ronda, su pueblo, y fué cuando vendí mi trabajo y traducí (*sic*) los *artículos* de *modas* para un diarillo de Cádiz (1) que me dabo diez duros mensuales que le pasaba y paso; no *podía* hacer más. Ahora puedo; ahora puedo, en vista de la orden que manda reponer los cesantes del 54 (2), recomendarle a un amigo (sobre el que cuento con ciega fe y con dulce confianza) al señor de Iglesias, puesto que en ambos ministerios, Gobernación y Hacienda, en cuya especialidad puede ser colocado, tiene usted el padre Alcalde. Le he enviado una esquela de introducción para usted y él de palabra podrá decir a usted lo que pretende, y usted a él indicarle lo que sea más fácil de lograr.

La delicadeza me decía con su dulce voz: «calla y no molestes», y el deber me gritaba con su áspera voz: «habla, obra, suplica, sacrifícate para hacer bien a quien *debes* hacerlo». He escuchado al deber, amigo mío; me ha

---

bieron de ser los del año de 1854, en que, a lo que parece, no quedó pacífico empleado a quien no alcanzara la magnitud del desastre. «Lo que sin duda le dió más quehacer—dice Valera en su continuación a la Historia de España de Lafuente, refiriéndose al Gobierno triunfante con la revolución en dicho año,—fué el inmenso cúmulo de pretendientes que se jactaban de haber sido héroes o mártires durante la dominación moderada o en los días del alzamiento, y que pedían o exigían recompensa condigna por su heroicidad o su martirio.» Para atender a este linaje de compromisos, convirtió el Gobierno en tabla rasa las oficinas públicas de la nación, que pronto quedaron servidas por fervorosos adeptos y patriotas de plazuela y barricada.

Fué el 54, como se recordará, el año de la acción de Vicálvaro, del manifiesto del Manzanares, de los pronunciamientos, de las juntas revolucionarias, motines, etc., etc., que arrancaron el poder de las manos del Conde de San Luis, pasándole a las de Espartero y O'Donnell. Para que acabara de ser «de feliz memoria», el cólera hizo estragos y sembró el terror en toda la península.

(1) *La Moda*, propiedad del Sr. De Carlos. (Véase la nota de la página 32.)

(2). El R. D. de 19 de Octubre de 1856, publicado en la *Gaceta* del 20 del mismo mes.

contestado, y *mucho;* pero estoy tranquila, y si se lograse, si usted quisiera atender a los ruegos de su amiga, con esa generosidad activa; ese corazón caliente, esa finura, esa *genuina bondad* que le son propios, ¡cuán feliz me haría!

Si yo escribiese a Antonio: *el marido de tu madre está colocado y ha sido gracias a un generoso amigo mío,* ¡qué dicha escribir semejante carta! Que esto quede entre nos.

Otro asunto. Alejandro Pastrana escribe que me pidan sus padres el que escriba a usted en su favor (cosa un poco rara pudiéndolo hacer su madre o sus elegantes primas) y quizás no podré negarme. He sido de parecer que el entrar de meritorio en un Ministerio como él desea, es un imposible siendo estas plazas, por un lado, para los que tienen mucho favor y relaciones en los Ministerios, y por otro no siendo eso una *carrera,* sino un estribo. Yo desearía que le hablase usted claramente, cortando de raíz esperanzas que le hagan perder el tiempo; esto es ser más amigo que no el irle con la corriente.

Ha leído usted en *La España* y en otros periódicos que *espontáneamente* lo han copiado, ya por lo conmoviente de la acción que refiere, ya porque conociesen el nombre de mi marido, un retazo de carta suya, en el que con una encantadora sencillez refiere el como en un país en que no valen empeños como aquí, logró no obstante librar a la última pena a un infeliz chileno? ¡Qué de dulces lágrimas me hizo verter!

En confianza y sin que nadie nos oiga) diré a usted que tengo (aunque leves), esperanzas que mejore la suerte del cónsul de Australia, que era tan mala que si ha permanecido en un país con un destino cuyo sueldo no le alcanzaba a vivir con mediana decencia, ha sido porque el

viaje de vuelta cuesta, como el de ida, cerca de una talega. Veremos lo que Dios quiere y si le doy a usted un día de estos como una buena noticia, pues sé que para usted lo será siéndolo para mí (1).

¡Qué de cositas tendríamos que decirnos silla a silla! Pero carta a carta, sólo a lo preciso se puede atender. Mis pedidos autógrafos cayeron en un pozo, y Mr. de Latour clamando por ellos. Y a nuestro Cabanilles, ¿lo ve usted? Sí; ¿cómo *poder* y no tratar a ese hombre, del que no he podido todavía poner en claro cual es más admirable, si su cabeza o su corazón? ¡Qué buen amigo, sin que me haya tratado! ¿Se dejará usted eclipsar por él, no atendiendo a la súplica con la que encabezo mi carta? No.

La *España* trajo un rasgo precioso y digno de la publicidad del Cónsul de Australia. Copiáronlo *espontáneamente* el *Diario Español, El Sur, El Criterio, La Palma* y otros, menos *El Parlamento,* pues como es el Cónsul (2)... No había de incomodarse a este señor que de cierto se hubiese incomodado. La venganza se satisface o se causa: la ingratitud, jamás. Se perdona la ofensa que se recibe; la que se hace, no; se persiste para no parecer arrepentido.

Por Dios, querido amigo; aunque su manto de usted no sea tan ancho como el de la Virgen de las Mercedes, debajo del que caben todos los que la imploran, estos dos más! Tómelos usted bajo su protección. *Aconseje,* sobre todo, a Alejandro, que no tiene guía en aquel *marenagnum.* ¡Jesús, que placer tendría en ello! Si ya estoy tan hueca con la amistad de usted, ¿qué sería si en balde no se le hubiese clamado a usted *auxilium cesantorum;* ni

---

(1) Véase la nota 5 de la pág. 62.
(2) Suprimo unas palabras del original.

la polla más amiriñacada del Prado igualaría a su mejor amiga,

CECILIA.

Pasado mañana son mis días; en ellos llegará mi carta a sus manos... ¡Acuérdese usted de mí!

19 de Noviembre de 1856

Mi querido amigo:

Bien sabe usted que el molestar no es mi fuerte ni mi flaco.

Conozco que en el *maremagnum* de negocios, política, cartas, empeños, &, una carta de una amiga, por querida que sea, se pierde involuntariamente en aquella confusión, como una gota de agua dulce en el amargo y agitado mar. No obstante, escriba; las nubes del cielo de la amistad que producen esta carta, las vierten así sobre ese agitado mar, como robre un tranquilo suelo en que puedan fructificar, haciendo nacer una bella planta. Así allá va esta carta, que haré corta para no molestarle ni robarle un tiempo que se le hace tan corto como a mi largo el de la ausencia de las personas que quiero. Entre éstas cuento a Alejandro Pastrana, el que a ido a esa entre la falange de los cesantes de 54. Ha sido anteriormente empleado en hacienda; caso de no poder alcanzar lo que desea, ¿no habría en ese ramo, (y si fuese en Cádiz, Sevilla u otro punto bueno, mejor) un destino que necesitase de un cesante honrado, caballero y celoso?—De cierto que sí.—La esperanza así me lo dice, y aunque algunas veces engaña, otras no. En lo que de cierto no me engañará es diciéndome que Alejandro hallará en usted un amigo, y, sobre todo, un consejero; que usted le indicará lo que pueda conseguir y los medios de lograrlo.

Hágalo usted así, mi querido amigo, y cuente que por mucho que espere de usted rasgos bellos y generosos, agradeceré éste con el entusiasmo de la sorpresa y con la satisfacción del que ve cumplirse y probada su dulce confianza en la amistad.

CECILIA.

San Lúcar, 28 de Noviembre de 1856.

Mi querido amigo:

Me tiembla tanto el pulso, que no sé si podré escribir.—Acabo de leer en *El Diario Español,* que generosamente lo apoya, un articulito, que si bien me ha llenado de gratitud para hacia los que lo han escrito, me ha hundido en un amargo mar de vergüenza y de angustias (1).—Apostrofa y ruega a los ministros en mi favor, para que me concedan una pensión. ¡Jesús! ¡¡Para que la Reina me me dé una condecoración!! María Santísima!!!—Si por casualidad lo leyese usted y si su buena amistad le llevase a apoyar tan noblemente disparatada idea, le suplico con mis manos cruzadas y lágrimas en los ojos que desista de ella.—No.—No.—No.—¿Hay una negativa más fuerte que el *no*? No la hallo; quisiera hallarla.—¡Jesús, qué vergüenza! ¡qué confusión! No me meteré en decir que las pensiones están concedidas para quien las merezca más.—Ay! ay! Esta mi profunda convicción se ensalzaría por unos como *real,* se burlaría por otros como *hipócrita* modestia.—Dejemos, pues, esta consideración, y atengámonos a que esas pensiones, en *justicia,* están estableci-

(1) El artículo, redactado en términos de gran elogio y admiración a la ilustre escritora, vió la luz primeramente en *El Criterio* y fué reproducido en *El Diario Español* y en *La Epoca.*

das para dar holgura a jóvenes y hombres de saber y mérito y que puedan atender a sus trabajos sin tener que trabajar para ganar su pan.—No estoy en ese caso; tengo mi pan y sería infame quitárselo tomando una pensión, (si me la diesen), al que no lo tiene.—Si llegare ese caso, pues, rehusaría.—Un rehusamiento o negativa siempre aparece soberbia o afectación; por Dios, pues, si los periódicos llegasen a llamar la atención de los ministros, evíteme usted ese amargo trago. ¿Distintivo? ¿A qué?—Una excelencia sin pedestal es una ridiculez. En otros tiempos no la hubiese admitido; ¿cómo la admitiría ahora? (1) ¿qué haría un distintivo en mi modesto rincón? Ya tengo uno; tengo una palma que años hace me remitió, sin conocerme, un Jueves Santo, un respetabilísimo sacerdote. No quiero más.

No hay nada de afectado ni de soberbio en esto, puesto que tengo hecha por tercera persona una solicitud a S. M. la Reina, implorando su favor para que me conceda habitación en su Alcázar de Sevilla, que es el bello ideal de mis deseos. Me es grato deber una merced a la Reina,

---

(1) Apurada era entonces la situación de Cecilia, quien, por propia confesión en carta a su sobrino D. Tomás Osborne, pasó miserias crueles en algunas épocas de su vida, especialmente en Chiclana, donde contaba por todo recurso con una onza mensual que le pasaba su hermana Aurora, de cuya cantidad pagaba seis duros y medio de renta de casa, «quedándome nueve y medio para vivir con Javiera.»

En Mayo de 1856 escribía también a su cuñado D. Fermín de Iribarren: «Todos mis gastos, incluso casa, salario y correo, no llegan a veinte duros al mes, que era mi bello ideal.»

Deudos y amigos de Fernán, en especial su excelente hermana Aurora, intentaron en repetidas ocasiones aliviar con una mayor largueza la extrema situación de la novelista, estrellándose ante la firmeza de carácter de ésta, que jamás transigió en cuestiones de delicadeza y dignidad.

La posición de Fernán en estos años contrasta singularmente con la brillante de sus tiempos de Marquesa de Arco Hermoso, en vida de su segundo marido, en que su fortuna estaba en auge y era su casa centro de reunión de lo más escogido de la sociedad sevillana.

como me horripila usurpar, con perjuicio de tercero, los beneficios del Gobierno. Por esta mi carta, toda vez que pueda usted leerla, por la prisa y emoción con que escribo, podrá usted colegir cuan agenísima he estado y estoy de los renglones insertados por *El Criterio* y copiados por *El Diario Español,* cuyos autores quisiera conocer para que la gratitud grabase con imborrable buril sus nombres en mi corazón, a pesar de la angustia y pena que me han causado. En cambio han exaltado dulcemente mi natural optimismo. Hay malo en el mundo, sí; pero ¡cuánto noble, cuánto bueno, cuánto generoso! ¡Dios perdone todo lo malo y premie todo lo bueno!

Su mejor amiga,

CECILIA

Refugium cesantorum, ¿y mi ahijado?—Usted me quiere hacer creer que me olvida y en ese punto soy como Santo Tomás!

30 de Noviembre de 1856

Mi querido amigo:

Conozco cuán importuna soy; pero si usted supiese en el estado en que me hallo, me dispensaría este nuevo enfado.—El desgraciado artículo de *El Criterio* que tan agradecida, pero amarguísima, sensación me causó, ha dado ya los amargos frutos que yo esperaba.—*La España,* que no se dignó copiarlo, se ha apresurado en copiar otro de *La Discusión,* en que haciendo los (permítame usted esta franqueza), los menos justos elogios de C. Coronado, que es una preciosa poetisa, pero que no es nada de lo que el autor pone, con el sólo objeto de rebajarme a mí, en el

que pide iguales premios para ella, así como los pide *El Estado* (129) para D.ª G. Avellaneda (1). Todo esto no es otra cosa que una hostilidad bien patente y deseos de rebajarme e impedir me se diese premio alguno, pues no se puede dar a todas. Si tanto lo merecen aquéllas al parecer de los otros periódicos, ¿por qué no pidieron estos premios antes y espontáneamente, y no ahora en que está clara la *intención* de impedir que me se diese a mí, *intención* tanto más cruel cuanto que con delicadeza daba a entender *El Criterio* en la triste situación en que me hallaba, tan otra de la que antes disfruté y de la que a mi clase correspondía, hallándose las otras en tan ventajosa posición disfrutando en la corte! (2).

En fin, seré breve y vengo al caso, pues no quiero quitarle a usted el tiempo, ni mi angustiosa agitación, ni las lágrimas que me arranca la malevolencia, a mí que nunca la tuve con nadie, me dejan escribir. Sólo quisiera pedir a su noble y excelente corazón, que corrigiendo sus faltas y suprimiendo lo que no sea del caso, mande impri-

---

(1) Con más que sobrada razón se duele Fernán de la malevolencia de sus enemigos. La Avellaneda, en efecto, triunfaba en la Corte con sus dramas y poesías, y casada con el coronel de artillería D. Lorenzo Verdugo, no necesitaba para nada de la protección oficial, ni era aquel para ella el tiempo que hacía curiosas promesas al Señor, si la concedía «sacar premios en las Loterías, no por codicia, sino por deseo de poder vivir honrosamente y hacer algún bien a los que estén más necesitados que yo», como se lee en un interesante documento de la ilustre escritora publicado por mi querido amigo D. Miguel Artigas. (Véase el artículo *Dos promesas de la Avellaneda,* en el núm. correspondiente a los meses de Marzo y Abril de 1919 del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.)* Aun más brillante era la posición de D.ª Carolina Coronado, que aplaudida y agasajada por el Liceo, disfrutaba entonces de la próspera situación económica que le acompañó toda su vida.

(2) Conoció y trató Fernán a la insigne poetisa cubana (1814-1873). En las *Cartas* del P. Valencina pueden verse algunas en que la dedica justos elogios; pero, a pesar de ello, ni por la mujer, ni por la escritora llegó nunca a sentir verdadera devoción, como lo acredita en varios pasajes de su correspondencia.

mir la carta que escribí a usted en el mismo momento que leí el artículo de *El Criterio,* tan hermoso, tan bueno, tan generoso; pero tan preñado de males para mí como desde luego conocí. ¡De qué ha servido! Dios premia y yo agradezco las buenas intenciones; pero cada cual sabe lo que le conviene, y yo sabía que lo que convenía a mi ansiada tranquilidad y moderados deseos, era la sombra, el silencio, la oscuridad. Aun dado el caso, remoto e injusto, de que el Gobierno me hubiese querido dar un premio, o lucrativo, u honorario, ya he escrito a usted, aun antes de ver surgir esta hostilidad inexplicable, que no lo habría admitido; figúrese usted, pues, si lo haría ahora. ¡Jesús!—Podrían mirarlo como un triunfo y yo sólo busco los míos en la abnegación, no venciendo, sino desarmando a mis enemigos. Sólo he pedido habitación en el Alcázar a la Reina, y para eso decía la carta que escribí a la persona a la que suplicaba implorase por mí a S. M., que no tenía más título que alegar para pedir esa merced que mi desgracia! ¡Esta es general y completa en todo!

Adiós, mi bueno y querido amigo; perdone usted estos garabatos, que yo misma no puedo leer.

Sin firma

6 de Diciembre de [1856]

Mi buen y simpático amigo:

Aunque ayer escribí a usted por conducto de nuestra amable amiga la condesa de Monteagudo, repito hoy para enviarle ese lindísimo soneto de Arriaza (1), en que brilla

(1) Curioso pecadillo, que pasa de venial, es en nuestra escritora llamar soneto a la poesía de Arriaza que más adelante transcribe, y que

aquel *ingenio* antiguo de que hablábamos y que hoy día reemplaza, con poca ventaja (a mi gusto), la declamación.

Estoy hoy apurada por haber recibido una carta de Zappino, que dice me pidió cuando se publicó licencia para traducir... (no escapa a la cacofonía sino con este paréntesis), a Clemencia. Será, pues, él lo dice; y la tiene ya traducida, cuando ha visto que Mr. de Lavigne anuncia que va a hacerla.—Estos son los buenos ratos que me da esta péndola maldita, la que, si no fuese el consuelo de la ausencia hubiese ya tirado... iba a poner: *tejado*... La ruina que buscan los poetas y no siempre encuentran, está hoy en la punta de mi pluma, tan estorbosa como un pelo.

Por Dios, envíe usted al instante mi *Simón Verde* a Pancha Castro, aunque no lo haya leído, que esta será la penitencia por su poco *empressement;* ya ve usted que el castigo es proporcionado a la culpa y ambos el *mínimum* en su género. Somos 6 y no he recibido la Revista. Mucho ha gustado en casa de mi hermana el soneto de usted a la muerte de Rafaela Quintanilla.

Que me diga usted si le ha gustado el *Servilón y el Liberalito,* que creo que concluirá en este número de la Revista.

Esta es la posdata (sic) de mi carta de ayer y así debe ser suscinta (sic).

Cuide usted, por Dios, de que no me envíen la Revista al Puerto.

---

tampoco es cosa mayor, dicho sea con todos los respetos debidos al ilustre vate y al juicio de Fernán. Seguramente la indujeron a cometerle el hecho de tratarse de catorce versos y la fe temeraria prestada a la clásica afirmación del soneto de Lope a Violante. No es la presente la única prueba de lo que Fernán flaqueaba en achaque de versificación, pues suministra nuevos testimonios en otras cartas suyas.

En *La España* vino anunciada en términos suscintos, pero muy lisonjeros, la reaparición de su Revista.

En la 3.ª página:

Escrito en el album de una señora (1) *a orillas del Támesis en 1812.*

Aun le quedaba a mi país consuelo
Pues tú habitabas su angustiado suelo
Aun le quedaba, en tu gracioso encanto,
Una sonrisa en medio de tu llanto.
Tú también huyes, cual voluble abeja
Que el ámbar liba y de la flor se aleja;
Adiós talentos, gracias y deseos,
Chispas de amor y de amistad recreos;
Que tanta parte a su existencia quita
El que debe escribir: *Adiós Frasquita!*
Mas ¡ay! que un rayo llevas en despojos
Que el sol de España le cedió a tus ojos;
y a falta de él, la fuente de la Plata (2)
Siempre estará sonando: ¡Adiós ingrata!

Sr. D. Manuel Cañete.

Advierto a usted que el Administrador que era en Madrid de Villafranca, Bedmer, y creo de Veraguas, ha muerto. Cada administración le valía 12 mil reales, casa y mesa. Si a usted le conviniese, podría hablar al Duque sobre esto. ¡Cuán preferible sería eso a meterse en una cosa tan eventual y expuesta como la política en tiempo de revolución! En fin, allá va este aviso.

Sin firma, ni fecha.

---

(1) Esta señora era la madre de Fernán.
(2) Fuente que está en Chiclana.

(Notas ambas de Fernán),

Sevilla, 14 de Marzo de 1857.

Dice uno de nuestros refranes que quien da primero da dos veces.—¿Usted se queja? ¿De qué, ingrato? Sus buenos, inmutables y apasionados amigos, a la cabeza el que escribe estos renglones, habíamos dicho: «En punto a querer a Cañete somos inalterables; en punto a escribir, puesto que se ha convertido en mudo buzón, no queremos escribirle, pues es como hablar a un sordo; no contesta»,—usted debería agradecer esta delicada amistad, que se conforma y marcha sin murmurar por la senda que se le traza, y se pone al diapasón que se le señala.—Nadie, y menos que nadie, yo, por la razón que nadie conoce a usted como yo, dudó un momento de su corazón, ni de su amistad; pero sí creyó no tenía humanamente tiempo para ocuparse de los amigos ausentes. Recibí la de usted, que recibió el lugar preferente, como el hijo pródigo; y antes de darle las gracias por haberse ocupado de mi asunto, le daré la enhorabuena por haber sido POR FIN, POR FIN, colocado; ¡tiempo era!—Pensaba escribir a usted la enhorabuena, aun cuando no hubiera recibido sus gratos renglones; porque aunque usted no duda, ni puede dudar, del profundo y tierno interés que me inspira, dar una enhorabuena es una cosa tan dulce, y por desgracia tan rara, que yo no habría querido privarme de ese placer de corazón.—¿Sabe usted que yo también estoy de enhorabuena por hallarme, por merced del Rey, en mi querida Sevilla?

El Alcázar reúne todas las ventajas, pues en él conservo el silencio y el retiro, que tan gratos me son (1).

---

(1) A fines de 1856, Pidal, invitado a ello por Ochoa, solicitó de la Reina Isabel II, que la concedió gustosísima, autorización para que Fernán pudiese habitar una de las casas del Alcázar. Trasladóse a ella la escritora en Febrero de 1857.

Está tan lejos del centro de la población, que sobre todo de noche parece que se está en el campo, y nadie se alarga por estos barrios; digo nadie de nuestro Círculo. Aun estoy en pleno desorden, pasando una horrorosa borrasca entre escollos de pintores, albañiles y carpinteros; pero se ve el puerto, y con la paciencia por piloto, arrivaremos, y si usted viniese, por semana santa, y podrá, hallaría en el Alcázar instalada a una amiga y en su casa un cuartito muy alegre, muy silencioso y muy modesto que le diría a usted: ¡te aguardaba! No hablemos de Fernández, que está metido en un paréntesis (las elecciones); sí de de Gabriel, ese arcángel de la Revista; aunque también abrumado de ocupaciones, a pesar de eso tiene la bondad, a la que se ha brindado, pues nunca se lo habría yo insinuado, de escribir un prólogo para mi novela *Elia*. Mucho ha gustado a los Infantes y a Mr. de Latour el tomo cuarto que contiene la novela *Una en otra*, y la pequeña de *Con mal o con bien,* etc. Dice Dumas que la buena intención conduce a las buenas obras. No es cierto siempre, pero lo que si es cierto siempre es que atrae las simpatías de los buenos.

Concluyo porque no quiero molestarlo más y sé de

He aquí lo que a propósito del delicioso y poético retiro de Cecilia escribe el P. Coloma en sus *Recuerdos de Fernán Caballero:*

«Entrando en éste (en el Real Alcázar de Sevilla) por la puerta de »Banderas, hay a mano izquierda y debajo del arco mismo de entrada, un »retablo de la Virgen ante el que es creencia tradicional que ofreció »Colón a María Inmaculada el primer oro que trajese de América, que se »guarda todavía convertido en una Cruz, en la Catedral de Sevilla.

»Pues debajo de este mismo arco de entrada y frente por frente al »histórico retablo, arranca un sombrío callejón largo y estrecho, en cuyo »fondo hay una gran puerta. Abierta ésta, veíase, en 1858, un hermoso »patio brillante y resplandeciente de limpio, como pudiera estarlo el de »una casa holandesa, y adornado con aquellos mismos pájaros y aquellas »mismas macetas que adornaban la casita de Sanlúcar de Barrameda.

»Aquella era entonces y fué por muchos años la histórica mansión »de Fernán Caballero.»

cuán poco tiempo puede disponer. He visto su buena voluntad en complacerme; ésta sin resultado, vale infinitamente más que un resultado casual y sin buena voluntad. El sujeto no me ha venido a ver, y yo he dicho como un autor francés: «el que me viene a ver, me la honra; el que no me viene a ver, me complace». No obstante, no eche usted en saco roto, ni no roto, mi empeño. Si buenamente se viene a las manos una permuta para eso, que es donde desea estar el Sr. de Iglesias, acuérdase usted de mi instancia, que, como pobre porfiado, se queda detrás de la puerta aguardando mejor ocasión.

Estoy pesada, usted lo piensa y yo lo confirmo y lo pruebo.

Plomo soy escribiendo
plomo en amarte
y también seré plomo
en olvidarte.

¡¡¡Las libertades de buena ley que nos dan los años!!! ¡Y luego se les tira tanto a esos pobres hijos de Saturno! Yo los quiero mucho; me hago la ilusión que si me han quitado flores, en cambio me han dado frutos; y no me pesa el trueque, no.

Haga usted caduco aquel antiguo refrán de «miente más que *La Gaceta*» (1) ¿No puede ser?... Pues entonces no regenera usted a esa vieja embustera. Pero «¿dónde está la verdad?» decía Pilatos, y nadie le ha contestado.—Si usted quiere hallarla, aquí la tiene usted: es su mejor amiga.

CECILIA

(1) El cargo que desempeñaba Cañete y por el que Fernán le felicita, era el de Director de *La Gaceta de Madrid*.

2 de Mayo de 1857

Figúrese usted mi desazón, querido amigo, cuando llega hoy mi sobrino el Marqués de Arco-Hermoso a decirme que no ha sido en Roma, sino en Florencia, donde se casó su madre! Me quedé muerta; por ahí empecé, mas luego resucité para tornar la pluma y escribirle esta terrible equivocación, por si puedo evitar que escriba usted a Arnao (1).—¡Jesús, querido amigo, qué corrida y qué apesadumbrada estoy!—¿Qué hacer? Remitirle a usted la adjunta apuntación y suplicarle por Dios y por lo que más ame que la remita o busque medio de remitírsela a Florencia a nuestro encargado, que no sé ni aun quien es. ¿Lo hará usted? ¡No puede usted pensar con el pesar que le escribo esta carta! Sólo un asunto en que se interesa, no sólo mi corazón, sino mi amor propio de amiga, me darían valor para salir con esta sopa de ensalada.—Estoy de tan mal humor que nada le diría, aun dado caso de que el correo me diese tiempo (que no me lo da), de la preciosa, conmoviente y popular función que presencié ayer en Dos hermanas, a que fuí convidada y a la que dió lugar la entrega que hicieron sus A. A. R. R. del restaurado pendón de San Fernando (2). En la España saldrá esa relación y es la ocasión en que habría querido ser poeta para ponerla en verso y no en vil prosa. Aquí han estado Fernando y Pacheco (3), que me han quitado el tiempo, y no la volun-

(1) El poeta y autor dramático D. Antonio Arnao, al que dieron notoriedad principalmente sus poesías líricas, entre las que abundan las religiosas. Escribió también varios dramas líricos. Perteneció a la Real Academia Española (1828 - 1889).

(2) Sobre este asunto tendremos ocasión en breve de dar amplias noticias al lector.

(3) D. Joaquín Francisco Pacheco, político, escritor y notabilísimo jurisconsulto (1808 - 1865). Dentro del partido moderado capitaneó la fracción llamada de los *puritanos*. Fué presidente del Consejo de Minis-

tad, de escribir a usted más largo, y ponerle mis excusas, en varios tonos y con variaciones sobre el mismo tema. Tenga usted paciencia que es una prueba de amistad como, (o más qué), otra cualesquiera y crea que se la agradecerá a usted con toda su alma su mejor amiga,

CECILIA

La madre de F. Espino ha muerto.

Sevilla, 20 de Mayo de 1857.

Queridísimo amigo:

Me dice usted que le escriba largo, aunque no me conteste. Esta muestra de poner precio a mis pobres cartas, me prueba que usted me *quiere*. ¡Dulce palabra, la más dulce de cuantas pueden decir los hombres! Yo también *lo quiero*. Usted lo sabe.—Podría calificar mi amor llamándolo amor de madre, que es el ideal de los amores terrestres; pero como el mío no lo es, ni reconoce tiempo, ni ausencia, sino que pertenece a sentimientos de alta y eterna esfera, bástame decirle que *lo quiero*. Todo amor tiene, en compensación de sus dulzuras, sus acerbos amargos; y cada día reconoce más mi razón, sin que le pueda infundir su convicción a mi sentir, que para vivir feliz y tranquilo el individuo tienen ellos que permanecer inertes. ¿Quiére usted saber a qué amargura aludo al escribir a usted? Yo se lo diré; no es noble el amor que no es franco.—Sé, con un dolor profundo (y *juro* a usted que

---

tros en 1847. Escribió poesías y dramas, y perteneció a las Academias Española, de la Historia, de Ciencias morales y políticas y de Bellas Artes de San Fernando. De él es el prólogo de *La Estrella de Vandalia*, de Fernán.

no por los interesados), que dos de mis más queridos amigos están en competencia para entrar en la Academia Española (1).—No siendo parte a juzgar el mérito literario de ellos, sólo diré a usted que son los dos hombres de más talento y de más mérito de España.—¡Puede usted pensar mi pesar al saberlo! No dormí en dos noches. No tuve sosiego en dos días.—Usted me preguntará que cuál es el que tiene mis simpatías; cuál el que tiene más probabilidades. Yo se lo diré a usted. Mis simpatías las tiene aquel al que más adecuadamente adornará la corona de encina, tejida para las canas; aquel que ya una vez se vió arrebatar por persona infinitamente inferior a él y de menos años, por la ventaja de ocupar un puesto de política actual, su merecido escaño en la respetable mansión del saber. Este, sí; ese tiene mis simpatías, e infinitas otras. ¡Cuán bella aparece la cabeza del joven, que coronada sus blondos rizos de la corona de violetas, se inclina ante la ancianidad y cede el paso! Esto es la apoteosis de la juventud.—Dice el Obispo de Orleáns: «Le respect est tellement la condition de toutes les vertus et l'âme de toutes les lois, que tout ce qui est digne, elevé, pur, disparait avec le respect. En revanche le respect suffit a l'inspiration de totes les plus nobles vertus et l'accomplissement de tous les plus saints devoirs». Consideraría que si lo apetecido fuese lucrativo y un ascenso de carrera, esto mudaría de un todo la cuestión; pero, según entiendo,

(1) De «falsas noticias» y de «noticias erradas» califica Fernán más adelante las que, relacionadas con la entrada de Cañete en la Academia, llegaron a sus oídos y la indujeron a escribir esta carta. Ignoro quién podría ser el amigo anciano de Cecilia, a quien ella suponía en competencia con aquél y a quien estimaba al extremo de aconsejar al crítico la retirada, en homenaje a las canas del supuesto candidato. La persona que verdaderamente disputó a Cañete, aunque sin éxito, el sillón de la Academia, fué D. Modesto Lafuente, el conocido autor de la Historia de España.

aquí no se trata más que de una cosa honorífica en que únicamente juega el amor propio. Hay aquí, pues, por un lado, un sillón a la Academia, a cuyas sesiones ningún empleado debería concurrir, si cumple con su deber, sino los días festivos; trabajos a los que no podrá contribuir por falta de tiempo. Por el otro, hay magnífico respeto, el sublime desprendimiento, la ideal y poética modestia y el aplauso general. Entre ambas partes tiene que elegir un joven amigo. A la pregunta de cuál de los dos tiene más probabilidades le diré que las tiene el joven, que juega en política, y no el anciano, que está apartado de ella; lo que hace que la justicia y la amistad que presidan a su elección queden oscurecidas y puestas a un lado por el nunca benévolo público que atribuirá todo a la influencia de su posición. Tengo un noble amigo que hace años cedió digna y generosamente el paso a un anciano; hizo más: le procuró todos los votos que en su favor tenía. Puede usted, pues, graduar la amargura que tengo en mi corazón, la zozobra con que vivo, viendo, si lucha hubiese, en la derrota de cada cual una acerba pena, y no pudiendo celebrar el triunfo de ninguno, pues es a costa de la derrota del otro! ¡Qué de sinsabores hay en la vida cuando el corazón se apega sinceramente, estimulado por la simpatía, el aprecio y la gratitud. No me han dicho quienes son los dos, pero sí que a ambos quiero mucho, que a ambos aprecio infinito, y que a ambos debo favores!

Apropos (*sic*) de favores; otro más debo a usted según me ha dicho Fernández. ¡Gracias, gracias, Cañete! Los hombres que se emplean en el bien de los demás, llevan su recompensa como un rayo de luz en su conciencia; permítame usted que mi gratitud, así como la de los interesados, la estampe aquí como lo está en nuestros corazones. A apropos trae otro: Matilde, que marchó ayer a San Lú-

car, me encargó con aquel calor del sol y de los corazones andaluces, le escribiese que a su recomendado Saelices ha sucedido lo siguiente: Un *cursi* de aquí obtuvo un empleo para Málaga de igual categoría e idéntico sueldo que el de Saelices; pero no queriendo el niño moverse de Sevilla, escribió a Madrid; y como los *cursis* tienen allá infinitamente más mano que los que no somos *cursis,* a vuelta de correo vino la escandalosa orden que quitaba al infeliz empleado de 35 años de buenos servicios, padre de familia de siete hijos, y mandaba a este desgraciado a Málaga, dejando aquí al *cursi.* Entró éste con una congoja en su casa y cayó sollozando sobre un sofá.—«¿Qué hay?»—exclamó aterrada su infeliz mujer.—«¡Somos perdidos,—respondió entre sollozos su marido,— me destinan a Málaga y no tengo un cuarto para hacer tan costoso viaje con diez personas!!» La madre de familia, ese sublime tipo, le consoló y le dijo:—«Deja, pues, la carrera; nos volveremos a San Lúcar a vivir, como ya anteriormente hemos hecho, de la limosna de almas caritativas. En seguida, hecha un mar de lágrimas, se fué en casa de Matilde para decirle de lo que había servido su recomendación, y que en lugar de su bello y modesto ideal de la administración de las salinas de San Lúcar, con diez mil reales los enviaban, sin aumento de sueldo, y sin más razón que el capricho de un niño *cursi,* que se le había antojado su plaza, nada menos que a Málaga, Mientras con tan poco respeto, o por mejor decir, con tanto escándalo se juegue en España con la suerte de los hombres, no será feliz el país, ni morales los empleados, ni querido y respetado el Gobierno (1).

---

(1) Una carta de Cecilia dirigida a Fernández Espino y publicada en la *Colección de escritores castellanos. Ob. de Fernán Caballero.*

Me parece que voy abusando de la recomendación de usted de escribirle largo. Media carta es por encargo, que

---

Epistolario, XIV, págs. 74 y siguientes, se refiere exclusivamente a este asunto. La reproduzco a continuación:

«Mi querido amigo: Perdone usted que le importune; pero cuando el »ánimo está tan perturbado y angustiado como lo está el mío, y viene »otra causa nueva a aumentar o a exacerbar su triste agitación, busca »un desahogo como su único alivio.

»Hoy recibo una carta de mis amigas de San Lúcar que me ha partido »el alma. ¡Cómo están de quejosas contra Cañete, a quien escribió Matil»de en favor de una amiga suya de infancia, casada con un tal Saelices, »excelente sujeto que, después de cuarenta años de *buenos* servicios, »estaba colocado aquí con *tristes* 8,000 reales para su mujer y siete hijos¡

»Se trató de enviarlo a Málaga con el mismo sueldo, porque a un se»ñorito que no quería salir de aquí se le antojó que fuese él en su lugar. »El desgraciado lo supo, y no siéndole humanamente posible ir a Malaga »con su mujer y siete hijos, por no tener un cuarto, determinó no ir, caso »que recibiese la orden, que no recibió. Su anhelo era ir a San Lúcar, su »pueblo, de administrador de la sal, que tiene sólo dos mil reales más de »sueldo. Matilde le escribió a Cañete con esta pretensión humana, mo»desta y más que justa después de cuarenta años de buenos servicios.

»Ni hizo nada, ni le contestó. Acudió a mí para que le escribiese, »haciendo presente a su hermoso corazón la desgarradora desgracia de »aquella fina y excelente familia.

»¡Cuán pocas ganas tuve de hacerlo! ¿Pero había de dejar a mi amor »propio subyugar a mi caridad? No. Soy pobre e insignificante; puede »que por eso le atienda como debo. Así fué que le escribí. Omito decir a »usted que no tuve respuesta. Esto es insignificante; son pecados venia»les de finura y de sociedad y tengo bastante buen juicio para no darles »sino el valor que tienen y no hacerlos hijos del corazón ni de los senti»mientos. Pero figúrese usted cual habrá sido el dolor de esa familia, el »asombro de Matilde y mi pena, al saber que el infeliz Saelices habrá »sido declarado cesante. Después de cuarenta años de *buenos* servicios, »tal iniquidad, para colocar algún ahijadito con la leche en los labios, no »se ve sino en España y en el sistema que nos rige. ¡Y extrañamos las »revoluciones! Pues qué, ¿ha perdido Dios su puesto de Soberano Juez y »castigador de los pueblos? ¡Oh cuán bien dice un *servilón* al *liberal:* «Estáis abriendo una puerta por la que nos entrarán muchos males!!»

»Que clamen, que clamen por la libertad de imprenta, más necios aún »que los salvajes de Haiti, que no clamaban, por cierto, por el emponzo»ñado *virus* que sus civilizadores europeos les inocularon!

»¡Perdone usted, Fernández, pero me muero de angustias y tengo el »corazón partido! Si sé que se renuevan los fusilamientos, me voy ma»ñana a San Lúcar.» *(Autógrafo de Fernán. No existe la terminación de esta carta).*

La carta lleva fecha de 5 de Noviembre, sin expresión del año, que el coleccionador supone sea el de 1856. Es error, como puede comprobarse por la que publicamos, anterior y fechada en el año de 1857.

no pude rehusar. Esta carta es la esencia de la majadería, lo conozco; pero si pudiera destilarla, iría también en ella la esencia de la amistad y del cariño.—Adiós, pues, querido amigo; no eche usted en olvido a su mejor amiga

CECILIA

Sevilla, 8 de Junio de 1857

Muy querido amigo:

¿Qué va usted a decir? Por esta vez descompadramos. Por esta vez se pone usted serio y enfadado.—¡Una carta al Ministro! ¿Y pedirme que la entregue, que la recomiende?—No; eso no: un sobre y a mandarla de vuelta.—Un momento, un momento, Cañete, párese usted. ¿Sabe usted que al mandar de vuelta mi carta, arranca usted de raíz la última esperanza de la colocación de un padre de familia?—Sé, aunque no en todos sus detalles, que ha faltado al Ministro; la desesperación hace a veces que los hombres no sepan lo que se dicen; pero por eso mismo es que imploro y me dirijo a la generosidad del Sr. D. Claudio Moyano (1), tanto más cuanto que creo que esa malhadada entrevista fué por causa de la impresión de mis escritos que se trató de hacer (2). —Fermín está en muy mala posición y *necesita* el destino; no lo quiere, no, como otros muchos, sólo por figurar, o por codicia, no; ¡su

---

(1) Moyano fué tres veces Ministro de Fomento, y en el año de la fecha de esta carta dió su famosa ley de Instrucción pública. Fué uno de los fundadores de la Academia de ciencias morales y políticas.

(2) Por iniciativa de Nocedal tratóse entonces, efectivamente, de hacer una esmerada edición de las obras de Fernán, cuyos ejemplares habrían de ser donados a la escritora; intento renovado más tarde por los Duques de Montpensier. En ambos casos, la sin igual delicadeza de Cecilia la colocó en actitud de resuelta oposición al proyecto, que, por esta causa, nunca llegó a realizarse.

destino es el pan, la educación de sus hijos! Hubiera podido escribir al Rey, de cuya bondad hacia mí, o por mejor decir, del buen concepto que le merezco, acabo de tener nuevas y recientes pruebas (1), segura de que S. M. habría hecho más caso de mi carta que quizás haga de ella el Sr. Ministro; y, no obstante, he preferido escribir a éste. ¿Por qué? Por *corazonada;* hermosa cosa y palabra que no tiene un equivalente en otro idioma.—Estas corazonadas han sido muchas veces para mí lo que la estrella para los Reyes Magos.—Usted será el solo, solo, que esté en este secreto. No sólo me cubriría de ridículo para con las gentes vulgares el tener el atrevimiento de escribir a los Ministros sin conocerlos, sino que me cubrirá de ridículo a los ojos de todo el mundo empeñarme, por lo que, sin fruto, lo han hecho personajes como Viluma y otros. Si, lo que puede suceder, porque no hay nada imposible, y menos que nada lo es el que un hombre como Moyano, perdone; si esto sucediese, y se le diese la Dirección de Agricultura a nuestro excelente Fermín (¿en qué manos había de estar mejor? ¿no es así? Fermín es esencialmente en gustos, ideas, carácter y demás, idílico); esa fuerza se la tiene que deber a Viluma; lo que hace honor a Moyano, a Viluma y a Fermín. ¡Me parece la cosa tan bonita, tan factible, tan natural! Usted, como yo, queridísimo amigo, debe, entre bastidores, meter un poco el palo en candela. Lea usted mi carta al ministro; si no le parece bien, rómpala usted; si le parece pasable... ¡por Dios! llévela usted; recomiéndela usted; escoja usted un momento en que esté de buen humor; un momento en que

(1) Poco tiempo antes había recibido Cecilia una afectuosa y lisonjera carta del Rey Don Francisco de Asís, que es, sin duda, el hecho a que se refiere.

esté blando su corazón.—Usted que creo ha leído *Lágrimas,* se acordará quizás de la cancioncita infantil de: *es tan dulce perdonar!*

Téngala usted también presente para perdonarme de hacer a usted corredor de beneficencia. Usted me olvida; así lo parece; pero como no es lo que parece, yo no olvido a usted, y lo muelo para que haga el bien, porque sé que se lo perdonará a su mejor amiga

CECILIA

¡Jesús! ¡Qué chachueca (1) y tonta está mi carta al ministro! ¡Si la lee, es preciso que le preconice el hombre más bueno y condescendiente del mundo! Si hago una ridiculez, no entregue usted mi carta; pero si posible fuera que sirviese algo a Fermín, entréguela usted aunque me desprestigie.—Por descontado, nada sabe Fermín, ni sabrá, salga bien o mal.

15 de Junio de 1857

¡Ay Cañete! *¡Miserere nobis!* ¡Tenga usted compasión de mí, que me estoy dando de cabeza contra las almenas de este alcázar de D. Pedro, al ver que he hecho un pan como unas tortas escribiendo cuanto debía decir a Nocedal (2), a Moyano!—¿Por qué me apuro, si es de pensar que usted no haya entregado mi carta, y, caso que lo hubiese hecho, es de creer que no la hayan leído? ¿He trabajado, pues, para el Obispo? ¡No me abandone usted!

---

(1) *Chaclueco* es voz familiar andaluza, sinónima de *chapucero sin primor.*

(2) El famoso político D. Cándido Nocedal, a la sazón ministro de la Gobernación con Narváez.

Pero qué, ¡si puede que esté usted enfadado conmigo! A pesar de todo, le escribo. Tengo la desgracia de Fermín sobre mi corazón. ¡Sus amigos que pueden, no son celosos, y yo, que soy celosa amiga, nada puedo! ¡Hay que romper el hielo del corazón de Nocedal! ¡quién pudiese enviarle para el efecto un poco del calor que sobra al mío! ¡quién fuera Mr. Hume, para poder influir en la voluntad de usted y en la suya!—Pero ¡qué miserables serán las esperanzas mías, que sólo se fundan en el archivulgar refrán de que pobre porfiado saca mendrugo! Pero la Constitución ha acabado también con esta rancia antigualla, creando tantos pobres y tantos porfiados. ¡Tenía tantas simpatías por Nocedal, cuyo nombre suena tan bonitamente! Pero no había caído en que ese nombre tan bonito empieza por un *No.*—Fermín no puede quedar como está; es una injusticia, que aparece como una berruga en el rostro apacible de la situación. Voy a escribir al Rey, si recibo de ustedes la callada, pero no muy amistosa respuesta; pues yo *nada* dejo de hacer por un amigo. Pero es el caso, que aun dado que se dignase S. M. atender a mis ruegos, los ministros no atenderán a las insinuaciones del Rey; ¡habré, pues, gastado, allí como aquí, mi pólvora en balde!—¡La situación de Fermín me está haciendo criar canas, yo que no tenía ninguna! Si en mi juventud hubiese sido coqueta y me quedasen reminiscencias de este vicio, pediría a usted que para evitar este descalabro, hiciese lo posible para extinguir la causa. Como nunca lo he sido, dejemos las canas a su amor, pero vea usted de sacar una espina de mi corazón, mejorando la suerte de uno de los hombres más sabidos, honrados y buenos de que se honra España. ¿Me dirá usted que no puede? Cierto será en parte; pero también lo es que más hace el que quiere que el que puede.

Dicen que las ánimas benditas se contentan con que le digan al que por ellas pide que perdonen; yo también me contentaré con que me diga usted una cosa análoga; pero mucho más me contentaría con que pusiese usted en *La Gaceta:* «Nuestro noble y excelente ministro D. Cándido Nocedal, en consideración a los méritos y saber de D. F. P. y A. acaba de nombrarle ***. Tan acertada disposición hace el más cumplido elogio de ambos Señores» (1). Y yo añadiría: «y el de aquel buenísimo corazón del que promovió tan noble y generoso acto de justicia».

Su mejor amiga,

CECILIA

Sevilla, 3 de Agosto de 1857.

Dice Espronceda que las ilusiones perdidas son las hojas desprendidas del árbol del corazón. Este árbol en mi corazón es de la naturaleza del lentisco, esa planta de las solitarias y calmas *dehesas,* cuyas hojas, ni se ajan, ni se secan, ni son juguetes del viento. Conservé mi fe *quand même*, y a pesar de todo; así, cuando he recibido la carta de usted no me ha sorprendido y me ha sucedido como a la Abadesa de Santa Inés, a la que inopinadamente y amenazando ruina una parte de su convento, trajeron una limosna de mil duros.—«*Ya lo sabía*», contestó sin inmutarse.—«¿Cómo?»—«Es hoy—contestó ese modelo de fe

(1) Singular lenguaje y extraña lileratura parecerá a muchos lectores este suelto de Fernán para publicarlo en *La Gaceta de Madrid.* En obsequio a los tales no sobrará recordar que este periódico, antes de investirse de la severidad oficial con que hoy le conocemos, publicaba en su «Parte no oficial» informaciones varias de Madrid y de provincias, noticias de sociedad, recortes de periódicos, discursos académicos y toda clase de trabajos literarios, incluso versos y regocijadas misceláneas. La misma Fernán colaboró en él, como pronto veremos.

religiosa,—el último día de nuestra novena a San Antonio». Tengo la misma fe amistosa. En vano pasaban días y más días; en vano me decían era cosa desatendida y olvidada; yo no soltaba el áncora. Así es que, aunque como la Abadesa *lo aguardaba* y no me ha causado *sorpresa* su envío, en cambio me ha causado en sumo grado dos otros sentimientos harto más gratos: la gratitud y la alegría. ¡Bendito Dios que dió al hombre tales goces y le proporciona las ocasiones de disfrutarlos! No hay papel que bastase, si me propusiese explayarlos, y, lo que es peor, usted no tendría tiempo para leer lo que escribiese. Así, tengo que resumirme; hacer un extracto de ambos, reduciéndolos a la sola palabra *gracias!;* pero atienda usted a que es tal esta *esencia,* que basta una gota para perfumar para siempre un corazón. Con esto no añado más que dos palabras: las expresiones de gratitud de los interesados, y su deseo de saber las costas que todo eso debe haber devengado.

Vamos ahora a muchas cosas, aunque ligeramente tocadas. Falsas noticias me hicieron dar un paso, quizás, o sin quizás, inconveniente, para el severo juicio masculino que no suele hacer concesiones a los *imprudentes,* puede, pero siempre nobles, sinceros y generosos brotes del corazón femenino. He visto con indecible placer que aquellas noticias fueron erradas, y puedo darle del fondo de mi corazón la enhorabuena por su entrada en la Academia (1), donde tan alto puesto ocupará. El Señor Fuente (2) po-

---

(1) Cañete fué electo individuo de la Española en 2 de Julio de 1857, pero no tomó posesión hasta el 8 de Diciembre de 1858. Fué designado en este centro, por fallecimiento de Escosura, para el cargo de censor, del que se posesionó interinamente en 14 de Febrero de 1878, y en propiedad el 14 de Diciembre de 1879, desempeñándolo hasta su muerte.

(2) Como más atrás queda escrito, el competidor de Cañete, a la entrada de éste en la Academia, fué el historiador D. Modesto Lafuente,

drá ocupar el suyo en otras constituyentes.—La recomiendo a usted mi palabra *desprestigio,* (1) tan admitida, usada y popularizada ya en tan poco tiempo, sin ser francesa ni griega, y que, aunque se propuso para su admisión, no quisieron esos Señores, ¡ingratos! admitirla. «Nuevas necesidades crean nuevas voces» decía en su discurso Mora hablando del neologismo; pues ¿y qué más perentoria necesidad que nombrar el horrible mal que aqueja [a] la humanidad, esto es, haber perdido la magnífica facultad de venerar, apreciar, respetar a todas [las] cosas, a todos los hombres, a todas las convicciones, sentimientos e ideas?

Hoy mismo escribo a Matilde, que está sentida, cuanto usted me dice y otras más.—*¡Helas!* El infeliz Saelices, en lugar de repuesto, ha sido (¡no se concibe!) declarado *cesante!*—De caridad le han proporcionado una celda en un convento, en que se ha metido con su fina y simpática mujer, y siete angelitos que le piden pan. ¡Des-

---

o *la Fuente,* que es la persona a quien se refiere Fernán. El 2 de Julio de 1857 votó la Academia la sucesión del barón de la Joyosa, teniendo Cañete 17 votos y Lafuente sólo 7. No pudo el historiador, como Cecilia esperaba, ocupar un puesto en la Academia «en otras constituyentes», y no ciertamente por no haberlo procurado, pues en la siguiente vacante solicitó la plaza, sin obtener ningún voto. Así resulta de las actas de la Academia, según datos que debo a la amabilidad del insigne Secretario perpetuo de aquella Corporación, D. Emilio Cotarelo y Mori, a quien me es grato expresar aquí mi reconocimiento.

(1) La palabra desprestigio fué inventada por Fernán y usada por primera vez en *Lágrimas*. La novelista se mostraba satisfecha y envanecida por la rápida aceptación que el vocablo tuvo entre literatos y oradores. En carta a Fernández Espino de 30 de Agosto de 1856 *(Colección de escritores castellanos. Ob. comp. de Fernán, XIV),* refiriéndose a dicha palabra, habla de «el lauro secreto de verla, no sólo adoptada por los periódicos y los discursos en las Cortes, pero hasta vulgarizada y usada por los más cristianos viejos.» A pesar de ello y de seguir siendo de uso frecuentísimo, la Academia no la ha dado entrada en su Diccionario de 1914, que tenemos a la vista. Domínguez, en cambio, la incluye ya en el suyo de 1869.

pués de 40 años de excelentes servicios y una hoja de servicios brillante en su clase!

Leí el párrafo que le concierne a de Gabriel que, como todo en él es suave, está *suavemente* sentido con usted por que no le ha contestado a sus cartas; de lo que se ha vengado a su modo en el *compte rendu* de la entrada de usted en la Academia, de que da cuenta en el número de la Revista que recibirá usted próximamente. A Fernández no le he visto ayer; sí a Bécquer, que recibió con sumo placer su recuerdo y que es tan buen amigo como buen artista (1).

Como soy por las cosas antiguas y contra las modernas y abomino *(si en deplaise* al Señor de Campoamor) al siglo diez y nueve, Mellado, por obsequiarme, hace que sea la marcha de mi publicación la antítesis de la del vapor. ¡Paciencia! que vale más que oro y ciencia. De Gabriel ha escrito un precioso prólogo para *Elia;* Pacheco uno muy largo y notable para *La Estıella de Vandalia.* En él me critica el dejar mi papel de narrador por el de predicador. Conforme estoy con la crítica: *acato, y no obedezco* como los Virreyes de América.—¿Por qué no se critican a George Sand, a Sué y Joulié sus predicaciones filosóficas y socialistas? Se le ha hecho de ellas su mayor mérito, ¿pues por qué se acriminan las religiosas, que como un pobre y humilde contraveneno esparce, cual ellos su ponzoña, entretegidas (por tal que se lean) en novelas?—Mi pluma se desboca; afortunadamente es en un coto ce-

---

(1) Refiérese al pintor D. Joaquín Domínguez Bécquer, tío del inmortal Gustavo Adolfo, a quien éste debió protección más afectuosa que espléndida, pues la fortuna no otorgaba al pintor sus favores. Fué más tarde protegido de los duques de Montpensier, que le proporcionaron ocupación en el Alcázar. Tenía su estudio en un salón de este junto al patio de Banderas. (Véase *Biografía anecdótica de Bécquer,* por Juan Núñez. Madrid.)

rrado del tamaño de un pliego de papel. Mucho tendría que decir a usted sobre los pasados sucesos. La Sala nos salvó. Puede que Dios en su infinita misericordia haga que la ruina de Inglaterra sea la salvación de la Europa.

Su mejor y agradecida amiga,

CECILIA

3 de Octubre de 1857.

¿Tiene usted dos minutos de que disponer? Sí, mientras se enfría el chocolate. Pues bien; entre sorbo y sorbo lea usted.—Gracias... Dios mío, si empiezo con este capítulo se concluirá el chocolate antes que él. Usted las da por recibidas y... adelante!—No sé si será una enorme dosis de amor propio el enviar a usted para su periódico (1) una descripción del Alcázar, la que ha de ser, o representar, una muestra de mi gratitud. Si lo parece (dosis de amor propio), no lo es. El que da lo que tiene, si lo que tiene es de poco valor, su desmérito *(sic)* no aminora la buena intención que lo ofrece. Nunca escribí cosa más rematadamente tonta; pero creo que el objeto de que trata tiene gran y general interés y creo equitativo que haciéndose pública la restauración de nuestro precioso Alcázar, tribute el país a la Reina las debidas alabanzas y la merecida gratitud, así como también a Prado (2) que nadando en un mar de entorpecimientos y dificultades, con los bríos de un Leandro ha llegado el deseado fin de esta restauración, desatendiendo las órdenes que mandaban echar

(1) Esto es, para *La Gaceta de Madrid,* que le publicó en su número del 14 de Octubre. (Véase la nota de la pág. 89.)

(2) D. Ildefonso Núñez de Prado, Teniente alcalde que era entonces de los Reales Alcázares de Sevilla, a ruegos del cual escribió Fernán la descripción del Alcázar a que esta carta se refiere.

abajo los apuntalados artesonados y los divinos arcos del Patio de las doncellas (1). Mucho celebraría Prado que reprodujese *El Parlamento* esta corta noticia de su querido Alcázar.

Uno de los aforismos del Conde de Villacreces (2) es que existe una quinta virtud cardinal, que es la virtud de *hacerse cargo*. La poseo. Veo que la jícara está vacía, que pasaron los dos minutos de audiencia que pedí. Concluyó, pues. Le he enviado a usted un abrazo con el excelente Agüera que decía que al apearse de la diligencia iría a ver a usted. Por si se le ha extraviado por el camino envío a usted en esta carta otro.

Fernando siempre el mismo; no cabe mayor elogio.

Fernández por esos mundos de Dios.

Las Pastranas buenas; pero cada vez que ven a Clemencia Sellices metida en una celda de convento y viviendo de *limosna* y recuerdan que la administración humilde de aquellas salinas harían la felicidad de esa infeliz familia, se conduelen de no haber tenido el pequeño influjo que se necesitaría para cosa tan nimia.

---

(1) La restauración del Alcázar de Sevilla fué, en efecto, obra magna y paciente, merecedora de toda clase de elogios. Solamente en el «Patio de las Doncellas», de que habla Fernán, se colocaron más de 2,600 piezas que faltaban en arcos, escudos y portadas, y se pusieron otras 2,000 nuevas en el artesonado, que estaba podrido y deshecho y había sido mandado derribar. Las viejísimas puertas quedaron nuevas; se quitó la cal que rellenaba los primorosos y delicados arabescos, se restauraron zócalos y frisos de muchos metros de longitud, y se doraron y pintaron cuatro grandes artesonados, diez y siete portadas, un gran friso corrido, diez puertas antiguas, veinte escudos y cuatro grandes arcadas. A este tenor se llevó toda la obra restauradora.

(2) D. Diego López de Morla, Conde de Villacreces, fué un extravagante personaje, famoso en toda Andalucía por sus dichos agudos y sus originales sentencias. El P. Coloma en sus *Recuerdos de Fernán Caballero,* afirma haberle conocido vestido con una especie de larga hopalanda roja y un sombrero en todo igual a un capelo cardenalicio sin borlas: extraño traje que se vestía diariamente dos veces, única y exclusivamente para echar de comer a las gallinas. Son incontables las frases y agudezas que a este singular personaje se atribuyen.

Concluye, pues, y esta vez de veras su mejor y más agradecida amiga,

CECILIA

¡Qué antojo tengo! Pero me moriré sin que se me logre satisfacerlo; es conocer a Goizueta (1).—¡Qué tajos y reveses ha dado la Sra. Avellaneda al magnífico canto que él tan bien tradujo en su sublime sencillez. En cambio ha puesto mucho de lo suyo, que es muy bueno, pero que lo disfraza como un vestido de terciopelo a un Hércules.

Querido amigo: usted quiere a nuestro Fernando como yo; usted sabe cuanto se merece. Vea usted de ayudarme en lograr una pequeña cosa que le será agradable; hable usted a Aureliano para que le dé su voto e influya en que se le nombre Académico correspondiente de la A [cademia] de la Historia. Cavanilles y sus amigos están en esta negra conspiración. Cuento con guerra, si hemos de tener paz (2).

---

(1) Refiérese, sin duda, al novelista vasco José M. Goizueta (1816-1886), autor del libro *Leyendas vascongadas* y redactor del famoso periódico *El Padre Cobos*. Mirando la cabeza de este periódico hubiera podido Fernán conocer, al menos en efigie, al escritor vasco, pues según leo en la *Historia de la lengua y literatura castellanas*, de D. Julio Cejador, la cabeza de fraile que llevaba al frente *El Padre Cobos*, era el retrato de Goizueta. Ignoro cuál fuera la traducción que éste hizo a la par con la poetisa cubana.

(2) Festiva alusión a D. Aureliano Fernández Guerra, cuyo voto solicita. No fueron estériles los deseos de Fernán, ni ineficaces sus gestiones amistosas en obsequio de Fernando de Gabriel; la *negra conspiración* triunfó en toda la línea, y en 20 del mes siguiente al de la fecha de esta carta, la autora de *Clemencia* escribía a su amiga D.ª Matilde Pastrana, refiriéndose a Cavanilles: «Como ese brujo todo lo puede, me ha alcanzado para Fernando ser socio correspondiente de la Academia de la Historia, con lo que está éste loco de contento, pues conoces su entusiasmo por esas cosas» *(Cartas,* del P. Valencina, pág. 138).

20 de Octubre de 1857.

¿Quién le inspiró a usted, Sr. D. Manuel de mis pecados, la idea de decir que mi plomísimo artículo sobre el Alcázar, en que Fernán *s'immola* generosamente a la amistad y complacencia, no sería el último? (1) ¿Quién vió tal? ¿Cuál tendría más susto al leerlo, Fernán o los lectores de *La Gaceta,* grave rebaño puesto bajo su férula y dirección, como bueyes, al cuidado del pastor David, que mataba gigantes, tocaba el arpa y ceñía coronas?

No quiero dejar a usted por embustero y allá va eso, que es mucho más bonito porque trae leyendas; aunque al leerlo muchos de los bueyes abrirán escandalizados la boca y dirán: ¡Mu!

Envío a usted a Aquisgran (2), con una condición: que no le haga preceder una amistad *cínicamente* parcial, como lo son los corazones como el que usted, para bien de sus amigos, lleva en su pecho, ni de uno ni de medio renglón. ¿No ve usted, querido amigo, que se diría que soy una coqueta literaria, que envío articulillos que nada valen para recoger incienso de tanto valor?

En particular, cuando veo el horripilante (o orripilante, no tengo tiempo de mirar el diccionario), cuando veo el *célebre* ante *Fernán,* es tal la desesperación que me da, que me da gana de escribir al fiscal de imprenta para que no deje pasar semejantes ridiculeces, que hacen mucho más daño que provecho.

Usted no acabará de leer la carta; así más vale que yo

---

(1) El artículo de Fernán sobre el Alcázar llevaba un breve proemio de redacción, anunciando a los lectores que aquella sección del periódico (Sección general) se honraría en lo sucesivo con escritos directamente enviados por la novelista, a la que elogiaba calurosamente.

(2) *Aquisgran. Carta de Fernán Caballero a su mejor amiga.* Tal era el título del artículo, que vió la luz en la *Gaceta* del 24 de Octubre.

no acabe de escribirla. No renuncie usted su destino; apéguese usted a las ideas y no a los hombres. En tal caso, de apegarse, que sea a las mujeres; buen e interesado consejo.

Sevilla, 16 de Julio de 1858

Mi querido amigo:

¿Lo es usted de veras, o pasa sin dejar huellas, como lo hacen otras tantas cosas, la amistad? Voy a cerciorarme pidiendo a usted un favor *personal de usted y mío.*

Si usted recuerda mi genio apodazado (?) podrá comprender la agitación y angustia en que vivo desde que *La España* imprimió una carta confidencial, que por su estilo y desaliño me ponía en ridículo, y dada al público con mi consentimiento, era ofensiva a la persona que llena de atención me había pedido una novelita y llena de interés por mí la había corregido. Una de estas correcciones, empero, eran de aquellas que destruían mi idea y daban otro carácter a mi héroe, y escribí a *La España* que siendo casualmente una añadidura a los últimos renglones, los suprimiese, así como, si aún era tiempo, repusiera *coto,* en lugar de *soto,* porque hasta de San Lúcar me escribieron que por qué mudaba su afamado nombre al coto de Doña Ana (1), y le ponía uno impropio. Les decía, además, y como una especie de disculpa de no haberlo enviado a *La España,* en la que suelo escribir y a cuyos redactores debo tantas atenciones, favores y finezas, que

(1) Llamado vulgarmente coto de Oñana, o de Doñana. Antiguo bosque, propiedad de la casa de Medinasidonia, donde se casó Felipe IV en 1624.

por un compromiso lo había puesto en *La América,* cuyos redactores no conocía; (y más digo a usted en confianza, con cuyo principal redactor tenía una quejita, que no es aquí del caso, ni importa). Mi compromiso era con un caballero llamado D. José Castro Serrano (1), que de una manera muy lisonjera me había pedido el cuadro. Ya ve usted que todo esto es sencillo y llano: pero muda de un todo de aspecto, puesta por mi *para el público,* mi necia cartilla confidencial.

Considere usted cuán lejos de mi carácter y de la realidad, aparezco muy *cabizerguida,* dando al público una noticia lo más trivial y la que más indiferente debe serle, y con esos aires de desvío hacia personas que no conozco y no tengo motivo sino para apreciar y estarles agradecida! Ahora bien, mi queridísimo amigo, yo no quiero aparecer otra de la que soy. No quiero que por haber hecho la España (sin duda con la equivocada idea de complacerme), una cosa que me pone en pésima luz, sufra mi carácter la impresión mala de una equivocación. El favor que suplico a usted encarecidamente, *encarecidamente* que me haga, es que vaya a ver de mi parte al Sr. D. José Castro Serrano, calle Hortaleza, n.º 21 y 23, cuarto principal, derecha, y que le informe del contenido de mi carta. Será este un favor de amistad de aquellos grandes que se agradecen con entusiasmo toda la vida. No admito ningún género de excusas por más que no le alcance el tiempo; dé usted cinco minutos a la amistad. Con ello volverá us-

(1) El notable erudito, periodista y atildado escritor, harto conocido (1829 - 1896). Llegado a Madrid en 1856, formó parte de la famosa *cuerda* granadina a que pertenecieron Alarcón, Manuel de Palacio, Fernández y González, etc., y publicó en 1861 sus célebres *Cartas trascendentales,* a las que siguieron *La novela del Egipto, España en Londres, España en París* y muchas otras de gran mérito y general estimación. Fué académico de la Española.

ted la calma (para mí tan necesaria) a mi ánimo, tan fácil de perturbar. Yo no puedo vivir con la idea de aparecer como habiendo hecho una cosa grosera y llena de amor propio, como lo sería si yo hubiese escrito esa malhadada carta para el público.—Nadie como usted me conoce; nadie como usted comprende la delicadeza, y por lo tanto nadie como usted puede comprender mi apurada y amarga situación. Usted que tiene además ese corazón tan hermoso y tan caliente, sáqueme usted de ella, aunque le cueste hacerlo estando tan ocupado, y cuente con el eterno agradecimiento de su mejor amiga,

CECILIA

[1858]

Quisiera decir a usted muchas cosas. Sólo diré una. No me conformo, no me consuelo, no me avengo, y no perdono a usted el privarme del gusto tan pasajero de verlo.

Dije a Pepe Pastrana que diese a usted la España de ayer, puesto que ni aun Pepe lo trae a usted por acá.

El mensajero aguarda y este papel se empeña en no admitir la tinta. ¡Todo conspira contra mi!

Si usted no viene mañana, le incluiré entre aquellos por quienes hacemos la presente novena.

(Sin firma)

30 de Septiembre de 1858

Queridísimo amigo:

Nunca pensé que viniese usted a la hora que ha venido y fuí en casa de Mr. de Latour con la esperanza que allí

lo vería. Mucho sentiría que no hubiese usted hecho esa visita; ¡mucho, mucho!

¡Buen viaje, pues! Adiós. Recuerdo o *resiento* lo que me hizo calificar esa palabra de la más triste de todas después de la *muerte*.—Dios acompañe a usted en su viaje y en todas partes, como hace mi amistad, mis recuerdos y mis votos por su felicidad; palabra que para unos es una utopía, para otros una violeta que crece a nuestros pies, pero que es necesario bajarnos para coger. ¡Aunque usted en aquel amargo torbellino no se acuerde de mí, quede siempre en su corazón la certeza que no ha tenido, tiene, ni tendrá, mejor amiga que yo!

CECILIA

[1858]

No será un caballero quien avergüence a una señora con un *refus*.

No será un cristiano el que desdeñe el *denier de la veuve*.

No será mi amigo el que me humille hablando, ni *ahora*, ni nunca, sobre una cosa que es para mí el más triste *quiero y no puedo*.

Vaya usted mañana a Cádiz (1).

---

(1) La presente carta, bella y elocuente muestra de la sin igual delicadeza de Cecilia y de su culto a la amistad, no tiene fecha, dirección ni firma. La acompaña una estrecha tirita de papel, que dice: «Sr. D. Manuel Cañete. En propia mano.»—En la tercera página dejó escrito Cañete el borrador de su contestación a Fernán, que es como sigue:

»Mañana iré a Cadiz.

»No hablaré a usted hoy de lo que no quiere que le hable; la gratitud »me ordena ser obediente.

»Guarde usted, y utilícelo con mi nombre en alguna de sus delicadas »obras, este pensamiento que se me ha ocurrido esta mañana:

»La amistad es siempre una gran providencia; pero la amistad de una »mujer buena, es, después de la de Dios, la más sabia, la más pura, la »más noble de las providencias.

»Hasta la noche no puede tener el gusto de ver a usted su amigo,

M. C.»

Sevilla 23 de Julio de 1859.

Mi querido amigo:

Tanto tendría que decir a usted, que renuncio a empezar, porque no sabría acabar. Me concretaré a lo que ha puesto mi entumida pluma en mi torpe mano. Como podrá usted graduar es esto una obra de caridad; ellas son las únicas que aún despiertan interés en mi partido y enlutado corazón (1). Al caso.

---

(1) Tremenda catástrofe acababa, en efecto, de poner a prueba el temple del alma de nuestra escritora, dejándola sumida en un abismo de dolor y de infortunio. Su esposo, el cónsul de Australia, don Antonio Arrom había regresado a España hacia fines de 1858, lleno de optimismos y de risueñas esperanzas. Tenía rehecha su fortuna y abrigaba el pensamiento de abandonar a Australia definitivamente, para fijar su residencia en Sevilla y no separarse más de su esposa, a quien adoraba, y cuyo porvenir había sido la causa determinante de la expatriación de aquel hombre caballeroso y bueno; para lo cual exigíanle sus negocios un viaje preliminar a Londres, antes de volver a Australia por última vez.

En Febrero de 1859 emprendió este viaje a la capital de Inglaterra, dejando a Cecilia un tanto preocupada por el estado de actividad febril, de exaltado nerviosismo y de sensibilidad enfermiza que advertía en su marido, en cuya débil naturaleza había hecho presa de antiguo la garra de la tuberculosis. Poco después escribía Arrom a su mujer, muy satisfecho por el feliz arreglo de sus asuntos en Londres, en tanto que Cecilia le reexpedía desde Sevilla, sin haberlas abierto, dos cartas llegadas de Australia para él.

El 13 de Abril llegaban estas cartas a manos del infeliz Arrom y por ellas se enteraba de la ruina total de sus negocios en Australia, merced a la perfidia de su socio, que huía en un barco llevándose la fortuna común, a costa de tantos sacrificios y de tan penosos esfuerzos adquirida. Y no era la ruina el único abismo que se abría delante de él; deudas pendientes, severas obligaciones de conciencia y honor, probables litigios, sombras y máculas sobre su nombre honrado...; todas estas aves siniestras cernían su vuelo silencioso y lúgubre por la imaginación aterrada del desdichado cónsul.

Era demasiado para la débil cabeza de aquel enfermo, que comenzó al punto a dar indicios de perturbación mental, alternados con instantes de una lucidez angustiosa, que sólo le servía para darse clara cuenta de su horrible situación. Este doloroso proceso tuvo al siguiente día 14 su trágico desenlace; el desdichado Arrom, sentado al pie de un árbol en los jardines del *Blenheim - Park,* residencia de su amigo el Duque de Marlborough, se levantaba la tapa de los sesos de un pistoletazo. He

Su amigo de usted Aureliano F. Guerra es hoy Director de Estudios y mi empeño se reduce a que despache cuanto

---

aquí la carta que escribió el 13 a Cecilia, y la postdata con que la completó al siguiente día 14:

«Mi buena y querida Cecilia: Cuando recibas esta mi última carta ya »habrás recibido el cruel golpe que mi atroz destino, mi flaqueza, mi ra»zón extraviada y esa atracción irresistible del abismo, me fuerzan a »darte.

»La consideración de que si permanezco en este mundo, sólo es para »causarte pesadumbre, y que vale más una grande que acabe con ellas »de una vez, es lo que me decide.

»Hija mía, ¡qué veintidós años de miserias y penas te ha costado el »casarte conmigo! Y por remate, para que el resto de tus días le pasaras »cuidando de un loco, pues siento a la locura apoderarse de mi pobre »cerebro con su mano de hierro. ¡Qué corona de martirio vas a llevar en »el cielo, santa y querida criatura!»

«Día 14.—¡Otra cruel noche sin pegar los ojos! Mi cabeza que se me »parte de dolor, mi juicio que se me va; es preciso acabar.

»En mis momentos lúcidos veo el gran pecado que voy a cometer po»niendo fin a mis días, pero creo que Dios me perdonará. Si no, ¿por qué »no me da fuerzas y juicio? ¿Por qué esta sed de muerte, esta enagena»ción mental que me arrastra al precipicio?

»¡Dios misericordioso, tened piedad de mí! ¡Amén, Señor de los afli»gidos!»

Tan amargo cáliz como el que la ofrecía esta terrible carta, tuvo que apurar la pobre Fernán, tan sensible a todo afecto, tan generosa y compasiva con todos, tan exquisita y privilegiada en la delicadeza de sus sentimientos de mujer y de artista. Su espíritu cristiano, hecho a ver en el dolor el mensaje de la Divinidad, triunfó, no obstante, de la tremenda prueba. Poco después desahogaba su torturado corazón escribiendo a Mr. de Latour, su entrañable amigo, al que daba cuenta de la catástrofe, transcribiéndole la carta de Arrom. Después añadía: «Esta carta »recibo, la leo y no muero de dolor, porque el dolor es una *agonía sin »muerte*. ¡El luto de Fernán Caballero está salpicado con la sangre de un »infeliz suicida!

»Y tengo que disimular ante el mundo, porque ignore que sepa yo »tan lúgubre y cruel final del hombre cuya elevada alma, cuyo sano e »inocente corazón se hallaban como doradas aves de altas esferas en »las bajas y criminales mazmorras de los negocios de los hombres.

»Mi dolor, mi vergüenza y mi completa ruina, hija de la suya, no me »dejan más refugio que un tranquilo convento...»

De esta idea del convento hubo de desistir más tarde, como veremos en otro sitio. Pero el espanto de la catástrofe perduró en el ánimo de Fernán e imprimió sello y matiz al resto de su vida, que fué siempre retirada y severa.

El Sr. Morel - Fatio, en su aludido folleto, fué el primero que dió a conocer los detalles de la muerte de Arrom, y de allí principalmente los extractó. De la misma fuente los reproduce el P. Coloma en sus *Recuerdos de Fernán Caballero*.

antes el negocio expresado en la adjunta papeleta, gratis, por supuesto, si no le ha de costar los derechos a una pobre viuda. Si usted y Aureliano supiesen a qué punto es bueno y desgraciado el que tan poco pide y tanto merece, estoy persuadida que el despacho de su solicitud vendría hasta por telégrafo; un momento que se gana es una lágrima que ahorra, un apuro que se evita, una angustia que se ahuyenta en el ánimo de un hombre de bien.

Pronto recibirá usted un tomo de mi muy imperfecta colección de cuentos y poesías populares, con un retrato mío al frente, ya que lo desea, sacado muy mal de uno de miniatura en el tiempo en que las penas y los años no me habían puesto desconocida y transformada. Si algún mérito tiene esta colección es de no contener nada de verde ni de doble sentido, lo que es tan común en el género festivo del pueblo. El librero, que por cada pliego más de lo tratado añadía dos reales más al precio del libro, es la causa de no haber insertado otras muchas cosas. Hace *un año* que se empezó a imprimir.

Fernández se va a la sierra. Fernando a Puerto Real. Mr. de Latour se ha ido. Los Infantes, las Pastranas, Matilde Schelly (1), están en San Lúcar. Sevilla se va quedando como mi corazón, triste y solo.

¿Por qué se acabó *El Parlamento?* ¡Pero a qué pregunto, si usted no ha de contestar! Pero como sé por los periódicos que su parcialidad por su amiga, lejos de disminuir, ha aumentado por causa de mi infausta desgracia, y que en ellos me ha enviado como un consuelo, como una

---

(1) D.ª Matilde Trechuelo, esposa del general Chely, la cual, después de perder en tres días, a consecuencia de la epidemia colérica, a su madre, su esposo, una hija y dos hermanas, se instaló en el Alcázar, cerca de la casa de Cecilia.

caricia, unos elogios que como tales he acogido, sin vanagloria, pero con enternecimiento, por eso le escribo con tanta confianza en que me complacerá en lo que le pido.

Pero he escrito demasiado; este es mi defecto cuando escribo a amigos como usted. Creo que les hablo, ilusión que muy pronto se desvanece *¡helas! ¡helas!*

Mr. de Latour me dijo que usted vendría; no lo creí, porque nada que es bueno y dulce para mí se verifica.

No le digo a usted que me conteste, porque no quisiera pedir lo que no me se ha de conceder, pero sí le diré que haga con toda eficacia mi encargo, y que no olvide a la mejor, más invariable y más infeliz de sus amigas.

CECILIA (1)

10 de Agosto de 1859

No pasa el día de hoy, sin que le escriba; pero si ha pasado, porque le escribo de noche, cansada la cabeza y la mano, pero no el corazón, que es el sólo que está siempre dispuesto y nunca cansado. Vamos por partes. Si usted hubiese presenciado la satisfacción del excelentísimo (esta *excelencia* es dada por mí; así significa más en favor del sujeto que las dadas por el Gobierno), hombre que recibió el traslado de su despachada petición, le hubiesen recompensado del interés y parte que ha tenido en el asunto, así como a Aureliano (que nombro así confidencialmente por tanto habérselo oído nombrar a usted de la misma manera). Gracias, gracias a ambos en nombre de los favorecidos, pues somos dos; como lo fuimos para *pedir* lo somos para *agradecer*.

---

(1) Esta nota lleva una carta de Cañete que dice: *Contestada, con la resolución que deseaba, el 2 de Agosto de 1859.*

Me ha causado una profunda tristeza cuanto me refiere sobre *El Parlamento* y sus relaciones con su Director. En este siglo de trastornos materiales y morales, se ven surtir pretensiones espantosas; y el gran malestar general dimana, como lo he impreso, de que cada cual se cree superior a la suerte que le ha tocado, cuando lo que más vemos es que los sujetos son inferiores al puesto que ocupan. Así sucede que cuando se toca y se ve, como en usted, todas las superioridades fuera del puesto que les corresponde, se subleva el corazón y la conciencia. Recuerdo entonces una preciosa estampa alemana que representa el hermoso y brioso Pegaso que la mano ruda de un grosero aldeano ha uncido al arado.

Me dice usted que le escriba, que mis cartas le ponen de buen humor... ¡Eso podría ser antes; pero ahora!... Tengo que apartar la vista de mi luto, tan riguroso y cruel, para que no se refleje en mis cartas, que no quisiera hacer pesadas y monótonas cual lo es una pena constante como la que me abruma con su peso, que no alivia el tiempo, pues éste halla a veces cosas más fuertes que él y que le resisten; a estas cosas pertenece también mi constancia en la amistad. A otras cosas.

De Gabriel ha ido a Puerto Real; Fernández a Constantina. Ambos leyeron antes de marchar, y con todo el vivo interés de la amistad, la carta de usted. Béquer está en Huelva con su mujer pero sé que recibió y agradeció infinito su tomo de poesías (1). Yo iba a escribir a usted y *mucho* sobre el que tuvo usted la bondad de enviarme,

(1) El que Cañete acababa de publicar: *Poesías* de D. Manuel Cañete, de la Real Academia Española. Madrid. M. Rivadeneyra. 1859. Hay en él una poesía, *El Alcázar de Sevilla,* dedicada a D. Joaquín Domínguez Bécquer, que es el *Béquer* a quien se refiere Cecilia, y otra en elogio de ésta, titulada *Fernán Caballero*.

cuando cayó sobre mi pobre vida, que empezaba como la mar a calmarse y a reflejar el sol, merced a un nuevo día sereno, cuando descargó sobre ella, digo, esta nueva borrasca más terrible que las anteriores! (1) Pero no he perdido la intención, ni el gusto que tendré en hacerlo, y será más adelante. Ahora tengo que contestar a la carta de usted y además decirle otras cosas.—El excelente y erudito, y amable amigo nuestro Mr. de Latour vive Rue de l'Université, n.º 38. *No deje usted, por Dios, de escribirle.* Ahora vamos a ajustar cuentas.—La pluma es una pícara; estampa el pensamiento sin cuidarse de quien lo lea; así es, que sorprendido éste por miradas indiscretas, lo publica caiga quien caiga, háyalo recogido del sagrado de una correspondencia íntima. ¿Quién diría a usted que en el prefacio de un tomo de escritos míos traducidos al

---

(1) La situación de Cecilia había, en efecto, mejorado considerablemente poco antes de la trágica muerte de su esposo. De una carta escrita a su cuñado D. Fermín de Iribarren a fines de 1857 es el siguiente fragmento que cumplidamente lo refleja:

«Este año, víspera de mi día, recibo la carta más fina y amistosa de »Acerni, diciéndome que en la mala del 25 va la licencia pedida por An»tonio para venir. No tenía yo hace dos años casa ni hogar; me hallaba »forastera en todas partes; en ésta me encuentro en mi centro, en mi »Sevilla, en mi hermosa casa concedida por el Rey sin pedirla. Me ha»llaba todo lo humillada que sin motivo, razón ni derecho se puede hu»millar a una criatura, y este año, tanto el público como la sociedad que »me rodea, me hallo lisonjeada de una manera que te aseguro que me »avergüenza y me fatiga. ¡¡Me hallaba tan sola!! y este año desde las »once que entró el Sr. Deán hasta las diez que me acosté mareada y ren»dida, no se desocupó mi casa de gentes. Me hallaba pobre y más que »pobre; este año tiene mi marido 64,000 reales de sueldo, fuera parte de »sus negocios que ha bendecido Dios, pues proporcionalmente a la sen»da estrecha, pero *segura,* que se ha trazado (la de comisiones) es la »casa que más hace en Sidney: tengo casa de balde; el producto de mi »edición, una onza al mes por escribir en *La Educación pintoresca* y mis »dos casitas del Puerto, lo que me proporciona con mi economía holga»damente con qué vivir, pudiendo destinar, como lo hacemos, y reunir el »sobrante del sueldo a pagar a Aurora los adelantos que hizo a Antonio »para su viaje.» *(Colección de escrit. cast.—Ob. completas de Fernán, Epistolario, XIV.)*

francés hallaría yo las siguientes palabras?—Dice hablando de mí (Cecilia, no Fernán): «On peut juger par le passage que nous avons surpris d'une lettre d'un des écrivains les plus distingués de l'Espagne Don Manuel Cañete: J'oublie tous les ennuis, tous les chagrins grâce a l'amitié et aux agreables relations de notre admirable Fernan C. Quel cœur que ce cœur droit et pur! quelle intelligence noble et alevée! La conversation est comme ses livres, elle a le prestige de rendre bons aux qui la partagent, ce digne et fecond privilege si rare de nos jours!

¿Con que esas espaldas tengo de usted? ¿A quién escribía usted esas calumnias de bien? El libro y el prólogo me han dado malísimo rato, por muchos estilos que no puedo enumerar a usted, dejando fuera en la traducción lo que se les antoja, y siempre que pueden lo *católico,* mintiendo, etc., pero ese pasaje que leí, vino como se esparce un bálsamo sobre una herida que escuece; un tal amigo, me decía, compensa cien malos traductores.

Vamos a un asunto importante. S. A. R. se ha empeñado (y por más que he hecho no he podido evadirme) en que escriba la relación, que será impresa, del origen de la capilla del Valme (1) que están reedificando en acción de gracias del nacimiento de su hijo Fernando. Dicen que yo les di conocimiento en *La familia Alvareda* de estas olvidadas ruinas, y que sólo a mí competía, pues, celebrar

---

(1) Esta relación y la corona poética a que después alude, fueron publicadas por Fernán en 1859, con dedicatoria a los Duques de Montpensier y bajo el título de *Noticia del origen de la capilla real de la Virgen de Valme, labrada por el Rey Fernando el Santo en 1248, y de su restauración hecha por SS. AA. RR. los Srmos. Sres. Infantes Duques de Montpensier en 1859.* De las fatigas e inquietudes que este asunto hubo de costar a la escritora, podrá el lector por esta y otras cartas de este libro formarse cabal idea; como también leyendo las dirigidas a Fernández Espino y al coronel D. Miguel Velarde y publicadas en la *Colección de escritores castellanos. Ob. comp. de F. C.—XIV.*

su restauración, que era un asunto religioso propio a la disposición de espíritu en que me hallaba; en fin, hubiera sido una ingratitud y una falta de respeto y finura seguir negándome. La he escrito, pues, esta relación, que se imprimirá con las composiciones que inspire a nuestros poetas tan patriótica y religiosa obra. Es preciso, preciso, querido amigo, que usted escriba algo, aunque sea un soneto, y ojalá pudiese persuadir a sus amigos que lo hiciesen también; esto es, aquellos que inspire el amor a la Patria, a la Historia, a la Religión y a estos admirables Príncipes dechados completos de todas las virtudes, modelos de la perfección, así en su conducta pública como privada, que deben enaltecer todos aquellos que tienen respeto y amor a lo que es bueno, noble, decoroso, puro y cristiano.

Esta es, no sólo la tradición, sino la historia. Cercaba el Santo Rey en 1248 a Sevilla, fuertemente atrincherada. Un día de otoño dispuso sus tropas para una batalla en el cerro de Buenavista, a una legua de Sevilla. El calor era fuerte y sus tropas estaban caídas por una ardiente sed. Levantando entonces el Rey su fervoroso corazón a una Virgen que siempre llevaba consigo, le dijo: «¡Virgen *Valme!* que si por tu intercesión me concede el Señor conquistar a Sevilla, te prometo labrarte aquí una capilla y depositar a tus pies el pendón del vencido.» — Al punto brotó al pie del cerro una hermosa fuente, que aún hoy en día lleva el nombre de «la fuente del Rey». Ginetes y caballos se refrigeraron y el Rey ganó la batalla. Cuando después, cansada de luchar, se rindió Sevilla, el Santo cumplió su promesa; la capilla de la Virgen, que conservó por advocación el nombre de *Valme* de que se ha hecho *Varmen),* fué labrada y en ella depositado como exvoto el pendón moro.

Arruinóse andando el tiempo la capilla, ¡¡¡sin que nadie

pensase en restaurarla!!! y los pobres de la aldea de Dos Hermanas se llevaron a su iglesia a la Señora que tanto amaban, para darle culto, y al pendón para meterlo en un rincón, siendo admirable que no haya desaparecido en tal abandono y olvido.—Leído por SS. AA. RR. esto *Len a familia de Alvareda,* fué el Infante en persona a cerciorarse de ello, y habiéndolo hecho, fué traído el pendón a palacio, donde fué restaurado por ellos, cubriendo el asta con aros de plata para fortalecer ese viejo palo glorificado por las manos de un héroe y santificado por las de un Santo. Pero esto no ha bastado a su celo por las santas glorias del país. Celebran, como he dicho a usted, el nacimiento de su hijo Fernando, reedificando la capilla que labró su santo abuelo, y a principio de Octubre se inaugurará (1). Pero antes, mucho antes, como usted comprenderá, se han de imprimir las composiciones poéticas y mi relación, para que expliquen y celebren este hecho admirable; ¿y quién, quién no celebra una restauración y más si esta restauración es como el símbolo de la restauración del antiguo, noble, patriótico y religioso espíritu público, que hoy en toda su primitiva pureza siente la parte buena y culta de la generación presente? Que no nos tracen en balde nuestros amados y venerados Infantes la senda para llegar a tan bello, y noble, y simpático fin. Síganles los

---

(1) En el capítulo VI de *La familia de Alvareda,* habla Fernán, en efecto, de esta capilla y de su piadosa tradición, bajo el título de *Crónica popular y verbal de Dos Hermanas.* En la segunda edición de la novela añadió una nota dando cuenta de hallarse restaurados capilla y estandarte por los Infantes Duques de Montpensier. Publicaba también como apéndice una carta de Latour a Fernán, relatando la visita del Infante a Dos Hermanas en busca de la histórica reliquia; la contestación de la escritora, la noticia del origen de la capilla, escrita por ella, la reseña del acto de la entrega del estandarte restaurado y un romance popular a la Virgen de Valme. Las cartas de Fernán y de Latour fueron publicadas en *La España* de 14 de Noviembre de 1856.

hijos de España que la aman; los católicos que acatan y adoran su Religión; los poetas de corazón, los hombres de buena voluntad, que se unen a todo lo que es bien y gloria del país. Fernando y Fernández y otros varios, trabajan; San Fernando, sonríe, y la Virgen bendita! Sirva esto de estímulo a usted y a otros.

Para volver al favor que ha hecho Aureliano y de las buenas y honrosas palabras que añade en la carta de usted, como se da una joya en batea de oro, déle usted tantas gracias cuantas caben flores en una batea de mimbre. Dígale usted que ha hecho una acción buena y bella, en sus muchas fases. La instrucción gana, no solamente un excelente maestro con ideas religiosas, no solo ortodoxas, sino sinceras y elevadas, un abogado, un literato, un hombre instruidísimo, sino un hombre (¡pobrecito!) que mira su nueva carrera con *amore,* con ilusión, como una especie de sacerdocio. Solamente una vez reñimos, no sé si se lo he contado a usted, y fué cuando me dijo que por gusto enseñaría a los niños (descalzos de pies y piernas). ¿Qué le parece a usted?—¡Taquigrafía!—Me desesperé. Le dije que si tal intentaba reñíamos para siempre; que les enseñase doctrina, después doctrina, y a lo último doctrina, que eso era lo que tenía que saber el rico y más el pobre, y se acordase que el saber era un círculo que empezaba y concluía en lo sencillo.

Ahora me resta hablar del prólogo de Jovellanos, que he recibido y leído (1), cada vez más convencida de mi

(1) Refiérese Cecilia al prólogo puesto por D. Cándido Nocedal a as obras de Jovellanos, coleccionadas y anotadas por aquél en la Biblioteca de Autores españoles, de Rivadeneyra, tomos XLVI y L. Al frente del primer volumen figura un extenso estudio de la vida de Jovellanos; el segundo de los citados tomos lleva otro estudio sobre los escritos que en él se contienen. Acerca de ambos prólogos requirió Nocedal la opinión de nuestra escritora, que es lo que motiva la gratitud que ella expresa en la presente carta.

anterior aserto; pero esto merece una carta aparte porque esta se ha hecho ya demasiado larga. Ante todo, dígame usted francamente si le debo escribir, para darle muestras de la profunda gratitud que siento. Entre Scilla y Caribdis, entre parecer ingrata o ser entremetida e importuna, no sé qué hacer; ¡un consejo deme usted por el amor de Dios! He oído a mis padres opiniones análogas sobre Jovellanos; pero entonces era una profanación anotar un error en esas ideas en general. Hoy día los hombres de más alcances los anotan, y es porque *la verdad adelgaza y no quiebra;* ya he dicho a usted que este punto se tocará como se debe en otra carta. Esta debe ya fastidiarle, y eso que la escribo de prisa, haciéndome la ilusión que lo que se escribe de prisa, se lee de prisa y que perderá usted menos tiempo en leerla. ¡Que no fuese mayor el Infante D. Fernando! Entraría usted en palacio, donde por cierto viviría feliz. Si algo pueden hacer por usted esos señores que van ahora a esa, estoy segura que lo harán.

Se va el correo. Fernando ha venido. Fernández, no; murió la hermana de D. Francisco Zapata. ¡Que *gauche* ha estado *La Esperanza* en compararme a G. Sand! (1)— ¡Sea por Dios! ¡Sea por Dios! He escrito y le he enviado

---

(1) Difícilmente cabe, en efecto, imaginar más formidable contraste que el que presentan unidos los nombres de Jorge Sand y de Fernán Caballero, viva antítesis el uno del otro en toda su significación moral y literaria. Ni la más leve ráfaga del romanticismo exaltado, ni del socialismo irreal y poético de la Aurora Dufun (1804 - 1857) pasó jamás por las obras de Fernán; a su vez la ingenuidad y la ternura, el culto a la delicadeza y el sentido cristiano de las obras de Cecilia Böhl, estuvieron siempre ausentes de la copiosa producción de la Jorge Sand. Mayor abismo separa todavía las vidas de las dos escritoras, lanzadas por sendas tan distintas como lo eran los principios morales que las regían y orientaban.

una refutación, pero no creo que la imprima. ¡Amarguras! Pero usted me las compensa todas.—Dios lo bendiga.

CECILIA

¡Qué de prisa he escrito! Fermín Puente tiene el libro para usted; vive calle Pizarro, n.° 15. Se vende en casa de Durán, Bailly y Hernando.

21 de Agosto de 1859

Mi querido amigo:

Envié a usted la colección con mi retrato. Escribí a usted y no sé si ha recibido ni el primero ni la segunda. No lo extrañaría ni le apremiaría escribiéndole, a no ser que le suplicaba que me enviase una composición con motivo de la corona poética que estoy reuniendo por encargo de SS. AA., que se imprimirá con motivo de la restauración de la capilla del Valme, que han hecho con motivo, o en celebración, del nacimiento de su hijo Fernando S. A. R. Todo se lo explicaba a usted y le rogaba que pidiese a Cervino y a sus demás amigos que se uniesen también a esta poética y santa corona con una inspiración de esas tan bellas que han tenido y expresado para otras cosas. Se va a imprimir a principios del mes que entra, dentro de breves días; tengo composiciones de poetas para mí de un todo desconocidos, pero de los amigos a quienes se las he pedido sólo una tengo, la de Juan de Quiroga, el Ingeniero (1).—Esto me tiene tan triste como apurada. ¡Dios

---

(1) D. Juan de Quiroga, capitán de Ingenieros, mediano versificador y autor de algunos estudios sobre asuntos militares. Le dedicó Fernán un artículo elogiando sus escritos, que se publicó en la *Revista*.

mío! ¿qué van a pensar SS. AA.? ¡No otra cosa sino que es culpa mía, y cuando les diga que no lo es pensarán dos cosas tristes: la una, que es falta de interés y simpatía por el asunto; la otra, que es un desaire a sus augustas personas!

Esta idea no me trota, sino me galopa por la cabeza y no me deja sosegar. Por Dios, escríbame usted dos letras que me digan si puedo esperar o debo resignarme.

Su más, más amiga,

FERNÁN (1)

2 de Septiembre de 1859

Si para mí, o á mi intención, pudiesen repicar las campanas, hoy lo habrían hecho las de la Catedral con sus voces argentinas (lo son, por la mucha plata invertida y mezclada en el metal que para fabricarlas se fundía; bien lo sabía Mendizábal); pero para mí no tienen ya más que dos toques: el de doble, tan triste, y el dulce toque que llama a misa, tan consolador! He recibido carta de usted, si bien con negras sombras, pues se queja de su salud que me interesa más que a usted, pues si a mí estuviese confiada, la cuidaría, que es cosa que me parece que usted no hace.

Hoy estoy llorona. Estó consiste en los nervios, porque otros días no lloro; así es que no puede usted figurarse lo abundantes que corrieron mis lágrimas al leer las cosas tan preciosas que me dice sobre mi retrato. Hay cosas que llegan al corazón, como flechas tiradas por Guillermo Tell. Si fuese por usted únicamente, consentiría en lo que me

---

(1) Esta carta lleva una nota de Cañete que dice: *C. 31 Ag.º enviándole una oda de Cervino.*

pide (1); pero se sacarían más, e irían a Francia, por Madrid correrían y esto me estremece, me ataca los nervios, y hoy... me hace llorar.—Deje usted las exhibiciones a las cómicas, a las bailarinas y heroínas; pero, por Dios, a la mujer mujeril a la que quema la publicidad como la túnica de Neso (2). ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¿Quiere usted que el señor Cuende (3) añada al cruel libelo sobre mis escritos el escarnio sobre mi persona? ¿quiere usted que mis enemigos (increíble es, pero los tengo), hagan amarga mofa de la mujer anciana que se deja retratar para el medio (sino entero) público? No, porque se debe comparar el gusto que usted pudiese tener en poseer mi estampa a lo cruel de mi mortificación en conceder que se saque, y siendo esta última infinitamente mayor, en toda justicia debe ser la que predomine en la determinación que se adopte. ¡Ojalá no hubiese consentido en que malgastase Madrazo su magnífico pincel en copiar este mal modelo! Varnhagen tuvo la culpa en que consintiese, porque me dijo que Madrazo se sentiría si no lo hacía.

---

(1) Lo que Cañete deseaba era hacer una fotografía del retrato de Fernán que hizo el insigne pintor Federico Madrazo por encargo de los Duques de Montpensier. El P. Coloma, en sus interesantes *Recuerdos de Fernán Caballero,* afirma que dicho retrato fué hecho por sorpresa en tres sesiones en el palacio de San Telmo, estando el pintor oculto y el original colocado a buena luz, por amistosa conspiración de los Duques y sus íntimos. Como se verá, Cecilia demuestra en esta carta que el P. Coloma estuvo mal informado en este punto, puesto que la escritora asegura haber consentido en que se la retratara.

(2) Centauro, a quien mató Hércules y cuya túnica envenenó luego al mismo Hércules. Merece observarse la afición de Fernán a las citas y alusiones mitológicas, que abundan en estas cartas y en sus escritos.

También escribió un tratadito de Mitología para los niños, con el intento, tan puro y honrado como todos los suyos, de vestir con la posible honestidad la ficción pagana, al presentarla a los ojos y a los corazones infantiles.

(3) De una carta escrita por Fernán en 1862 a Guillermo Forteza: «He sabido que ha muerto el pobre Cuende que tan espantosamente mal»dijo de mí, hasta decir que eran mis escritos inmorales y groseros. ¡Po»brecillo! Dios le haya perdonado este y otros mayores pecados.»

Pero, por Dios, ¿cuándo lo envía a su destino, a esos ángeles Príncipes que se lo encargaron? Puede que me haga parcial en demasía la gratitud; pero ¡qué hombre! ¡qué hombre es el Duque de Montpensier! ¡Dichosa su madre! ¡Dichosa su mujer! ¡Dichosos sus hijos! ¡Cómo dejar de complacerlo! Así, me tiene usted hecha cargo de esta Corona (1), cuya primera flor de Madrid es la de Cervino. ¿Qué me ha parecido? Ya le he dicho a usted que estoy hoy llorona, y así la leí con lágrimas; ¡tanto me conmovió! Sí que le contestaré dándole las gracias y diciéndole mi parecer, muy poco científico, pero muy sentido. Usted no puede dejar de enviarme algo, mi querido amigo. Los Infantes saben lo que lo quiero como amigo y admiro su carácter, cabeza y pluma, y se harán cargo que le he escrito sobre ello. Trueba (2), o algún amigo suyo, tuvo la imprudencia de anunciar esta Corona, diciendo que estaban preocupados en Sevilla con esa obra de los Infantes. ¡Un secreto instinto me hizo quedarme muerta cuando me lo dijeron! Fué con razón; *El Porvenir* (periódico) se agarra de esta gacetilla para hacer burla, y tiene la poca vergüenza de decir que tan poco se *preocupa* el público de eso que ni había llegado *a su noticia*. ¡Y la capilla está concluída! Bien cierto es que si fuese cosa desfavorable a cualesquiera persona Real, aun a estos notorios bienhechores de la población, que hubiese llegado a sus tan cerrados oídos y ojos para una obra que se ha hecho a las puertas de Sevilla, restaurando un monumento religioso e histórico! ¡Qué disgusto habrán tenido SS. AA.! Por muy superior que uno se sienta a los tiros de una

(1) La corona poética en honor de la Virgen de Valme a que se refieren las cartas anteriores.

(2) D. Antonio de Trueba, el popular autor de los *Cuentos de madres e hijos* y de *El libro de los cantares* (1821 - 1888)

ingratitud que hieren y humillan, la ingratitud es tal, que alcanza a toda superioridad, porque contra ella se ejerce.

Fernández Espino, en Constantina, y aún no ha enviado nada!! La composición de Fernando es muy linda, fina, correcta y elegante, como el que la ha escrito. La de Grandallana es muy buena; Benavides, con la feliz idea de hacer hablar al Rey Fernando entre las ruinas, lenguaje antiguo, ha hecho una cosa preciosa. Quiroga ha puesto en boca de la Infanta una plegaria sencilla y llena de unción. Forteza ha escrito un romance fácil y con muy bonitas ideas. Bueno, dos sonetos algo altisonantes (1). Mr. de Latour una composición francesa de gran distinción y mérito; son mucha (son demasiada) poesía para cosa histórica. Tengo otras bastante malas ¡¡helas!! ¡Cómo charlo! ¡qué fallos doy! ¡Jesús! Si no fuese porque va a manos de tan buen amigo, que espero la romperá conforme la lea (¡si puede leerla!), quemaba esta emancipada carta.

Repito a usted que escribiré a nuestro *simpatiquísimo* Cervino. Para enjugar mis lágrimas, me acuerdo de las muchas buenísimas personas que están en este mundo como estrellas en cielo de noche de invierno.

(Incompleta o sin firma)

Sevilla, 13 de Septiembre de 1859.

No volvería a incomodar a usted, mi querido amigo, con tan repetidas misivas, si no fuese porque se trata de

---

(1) D. Francisco Pérez de Grandallana, D. José Benavides, el capitán de Ingenieros D. Juan de Quiroga y D. Juan José Bueno, colaboradores de la *Revista* sevillana y amigos de Fernán, no pasaron de versificadores más o menos estimables, influídos todos por las tendencias y procedimientos de D. Alberto Lista. Del mallorquín Guillermo Forteza, comprendido en la enumeración de Fernán, tendremos próxima ocasión de hablar más detenidamente.

un asunto grave, que usted, por medio de su excelente amigo Aureliano, ha inaugurado con tanta felicidad, y que sería una obra útil, en extremo honrosa para el que la hiciera, y, sobre todo, una obra de caridad de alta esfera y transcendencia, concluir con la misma felicidad. Trátase del excelente Cantillo, un admirable tipo de instinctiva *(sic)* conformidad, de esperanzas que aventajan a la hidra en su incensante renacimiento; uno de esos caracteres que formó Dios con una sonrisa, adherido a un físico tan desgraciado como su estrella; un tipo que si aun pudiese escribir pintaría con *amore,* por lo que me simpatizan esos caracteres tan dulces que no hay desgracia, contratiempo ni injusticia que los puedan agriar, ni aun momentáneamente, ¿Usted creía que el optimismo había buscado su morada en algún *Bon vivant* de buen año, sentado, digiriendo una buena comida, en su butaca, ante la lumbre? Nada de eso. Vive en este esqueleto ambulante que se llama Cantillo, que siendo un hombre bueno y honrado, si los hay, hombre de estudios, literato, escritor, de muy distinguida familia, habiendo ocupado buenos puestos, a... maestro de escuela desciende. ¿Qué digo yo desciende? No lo cree el excelente hombre así. «El enseñar a la juventud es un sacerdocio», dice; añade que ama a los niños y a la enseñanza, y que le entusiasma la idea de poder ser útil a la humanidad. Esta frase me *achoca,* como dice el pueblo, pero se la paso, porque en él es sincera. ¡Pero nos encontramos con que hasta Febrero no hay exámenes o oposiciones! Hasta allá ¿qué se hace todo el que no es camaleón, sino morirse de una horrible enfermedad?—Todo en Cantillo ha sido excepcional, como él mismo entusiasmado lo así, es preciso qne Aureliano haga otra excepción, mandice; dando una orden para que lo examinen, fundada, con justicia, no sólo en el mérito de la persona, sino en la gran

falta de maestros y de maestros buenos. La orden será recibida con el mayor placer por los examinadores, que todos lo quieren, y el principal ha sido el que le ha dado la idea de solicitar la gracia, que en su nombre y en el mío, del fondo de nuestros dos corazones (unidos como en las antiguas divisas y emblemas pastoriles), pedimos a Aureliano, que no puede decir que no, que no puede diferirlo sin salir de mi grey, que se compone de los *buenos* que necesitan cosas justas y *buenas,* y de los *buenos* que las conceden.

Si va usted a estar tan eficaz para esta súplica como lo ha estado para la de los versos para el album de la Virgen del Valme, estamos frescos! Cantillo con su optimismo dice que no y está seguro de tener pronto la deseada orden para ser examinado. Mi optimismo, que era aún mayor que el suyo, se ha ahogado en lágrimas; así no espero con la fe que él, sino espero con desconfianza. Veremos quién acierta.—¡He quedado lucida con el encargo que se dignó darme S. A. R.!!!!—¡Sólo Cervino, sólo y único!—Verdad es que su composición es magnífica. Ni usted, ni nadie de sus amigos; ni Trueba, Eguílaz y Arnao, que prometieron, coms usted lo ha hecho; ni Fermín Puente, que está muy ocupado; ni Hartzenbusch, que estando en Segovia recibió tarde mi carta, pero que a pesar de eso prometió; ni Aparisi (1), que también prometió; ni el Duque, que me escribe principió una oda que no pudo acabar, un romance que no pudo concluir, y un soneto que rompió, porque las Musas, dice, huyen de las canas (2). Ni Fernández, que está en Constantina y me escribe que

---

(1) D. Antonio Aparisi y Guijarro, el célebre orador y apologista católico (1815-1872), prologuista de Fernán en *Un servilón y un liberalito.*

(2) El insigne Duque de Rivas, que es a quien Fernán se refiere contaba entonces sesenta y ocho años.

está malo con calenturas; ni D. Francisco Zapata (1), cuya hermana se está muriendo. Así, ya ve usted lo lucida que me han dejado nuestros poetas; y no es lo peor que sea a mí, sino a SS. AA.; y no es lo peor que sea a Sus Altezas, sino a la cultura; y no es lo peor que sea a la cultura, sino a San Fernando; y no es lo peor que sea a San Fernando, sino a la *Santa Virgen del Valme!* ¡Anda con Dios! ¡Bien le dije yo a S. A. que bastaría que yo me encargase de una cosa para que saliese mal y desgraciadamente! ¡Aún pudieran ser impresos los que viniesen, pero los que no han venido ya, no vendrán!

Ayer llegó Fernando de Gabriel de su excursión veraniega. Además de mi desgracia, que tiene a mi cuerpo y alma envueltos en una negra mortaja, me tienen de muy mal humor las traducciones que se hacen de mis escritos (2), cuando se ocupan de mí en el extranjero, lo que sería largo de referir, pero que es un tormento tal para mí que acaba de hacer de mi vida un prolongado suplicio. Lo he dicho: amargo es morir, pero ¡qué dulce es haber muerto!!!

Su más amiga *quand même,*

CECILIA (3)

---

(1) D. Francisco Rodríguez Zapata (1813 - 1889), Capellán Real, Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto sevillano, versificador incansable y asiduo colaborador de la *Revista.* Por su cátedra pasaron muchos conocidos escritores, Bécquer entre ellos. Es autor de un canto titulado *Débora y Barac.*

(2) No es la presente la vez única que Fernán se lamenta del destrozo que hacen en sus obras las traducciones extranjeras. En muchas ocasiones se duele de ello, entre otras, en carta de 6 de Julio de 1859 a D.ª Matilde Pastrana, donde escribe: «Me envió Mr. de Latour *Le Correspondant,* donde viene *La familia de Alvareda.* Pero ¡cómo viene, santo Dios! Por *decano* pone *vieil;* por *casas consistoriales, maison de chanoines,* y todo así.» *(Cartas,* del P. Valencina. Prólogo, XIV.)

(3) Sin duda la amargura y el cansancio que a raíz de su gran desgracia tendían a invadir el espíritu de Fernán y que tan claros se reflejan en esta carta, imprimieron por esta vez a Cañete singular actividad para servir a su amiga, pues la carta lleva una nota del crítico, que dice: «Contestada, enviándole el soneto de Balart, el 16. Id. el 22 con un romance mío y la orden que deseaba Cantillo.»

26 de Septiembre de 1859

La otra noche estaba yo sola más triste si cabe que otras noches. La vida de Sevilla estaba reconcentrada en el teatro, en que hacía su aparición la Ristori (1). Yo daba gracias a Dios porque los hombres se creasen pasatiempos e intereses cultos e inocentes y sentía tener muerto para siempre mi corazón a ellos. Me dolía la cabeza, y hasta mis queridos amigos los libros me volvían la espalda en sus tablas, y yo no me sentía con ánimo de buscarles la gracia. Comprendía bien en este instante todos los cansancios. Abrióse inesperadamente la puerta y entró Cantillo. «¡Pobrecito!—pensé,—lo trae la esperanza; esa señora hace tener al tiempo cuatro alas! «Acercóse a la luz y vi en su poco bonita cara, que debería daguerrotiparse para ilustrar a una edición del Quijote, una inmensa expresión de alegría!—«¿A mí? ¡fácil era! pues sí, señora; ahí está la orden para que pueda examinarme!»—«¿De veras?...»—«Como usted lo oye. Me lo acaba de decir Luis Torres, redactor de *La Andalucía,* que la acaba de ver en el Gobierno Civil. Yo le dije:—añadió, — tal empeño ha mediado.»—«Dijo usted muy mal—repuse,—muy mal; más mal de lo que usted cree. Diga usted que es el Jefe un Aureliano F. Guerra que no necesita empeños para hacer lo justo y lo bueno; diga usted que estaba ahí un Cañete para presentárselo y pedírselo; por consiguiente, ni usted ni nadie quite tan hermoso rasgo de justicia su mérito, atribuyéndolo a un acto de bondad y complacencia, que por mucho mérito que tenga, no es comparable al que tiene aquél».—Al día siguiente recibí la carta de usted. Yo quisiera decirle mucho, mucho, y nada, nada, le

(1) La célebre trágica italiana, nacida en 1822 en Cividale (Italia).

diré. A usted debo sí, sí, sólo a usted, esos amigos que tan altamente me honran con un aprecio que usted les infunde y no yo que no lo merezco. A usted debo que me celebren hasta en los países extranjeros personalmente. Usted lleva a la amistad esa bella parcialidad del amor con su prisma encantador. El libro es traducido por Mr. de Lavigne y otros. Lleva por título: *Nouvelles andalouses, par Fernan Caballero*. De él ha hablado algo *El Estado* en una correspondencia de Biarritz, donde decía se leía mucho. Allá lo tendrá Bailly supongo. Me traducen mal, pero sin intención de hacerlo, y me celebran muchísimo. No se me puede traducir al francés, es preciso que se desengañen; al alemán sí, y divinamente lo ha hecho el Barón de Wolf (1), en un largo artículo que ha escrito sobre mí, seguramente más lisonjero aún que el de Mr. de Latour y el de Mr. de Mazade (2), en la *Revista de Ambos Mundos*.—El Barón, como era pensar, pone un precio infinito a las leyendas, canciones, cuentos, y todo lo popular y dice que no he hecho sólo un servicio literario recogiéndolos, sino científico. Así en todas estas cosas a mí y a mis amigos sólo toca agradecer.

Gracias, gracias por el precioso romance, que ha ve-

---

(1) Ferdinand Wolf y una de sus hijas tradujeron al alemán *Elia* y *Más largo es el tiempo que la fortuna*, que Cecilia estimaba como las mejores traducciones que se hicieron de sus escritos. Wolf es autor, además, de un interesante estudio sobre la parte foklórica de las obras de Fernán, titulado *Beitrage zur Spanischen Volkspoesie aus den Werken Fernán Caballero's*.—Viena, 1859. En la Biblioteca de Menéndez Pelayo he visto el ejemplar de este libro que Wolf envió dedicado a Cecilia; ejemplar que estuvo después en poder del Marqués de Valmar y que éste regaló a Menéndez Pelayo. En la misma Biblioteca existen varias cartas de Wolf a la autora de *Lágrimas*. El cuadro de ésta, *Vulgaridad y Nobleza*, fué dedicado por la escritora al erudito alemán.

(2) Carlos de Mazade (1820 - 1893), escritor francés elegantísimo, autor de notables obras históricas y de historia literaria. Fué colaborador asiduo de la *Revue des deux mondes*.

nido a tiempo de imprimirse, gracias a la larguísima composición de Justiniano (1), que no se ha concluído de imprimir:

Aquel vergel amoroso
de fervientes oraciones
flores del alma nacidas
en el valle de dolores,

¡qué divino¡ ¡Y la última! ¡qué elevada y sublime sencillez! ¿Quiere usted saber todo mi atrevimiento? Pues con la confianza de una amistad a la que dan un poco de valor las canas, le diré que donde dice:

y anuncia que otro Fernando
su nido a tu sombra pone,

en lugar de nido habría puesto *cuna* o *vida,* pero no me he atrevido. ¡Cómo!—Es la composición preciosa, lo repito; y tan al propósito, tan en el sentido del conjunto, que más no puede ser. ¡Cuánto gustará a SS. AA., esos seres, modelo de todas las virtudes, que hacen de San Telmo un templo de Dios, de la cultura, de las artes, del santo contento y de todas las virtudes, incluso de amores santos!

15 de Octubre de 1859

(Fragmento).

... Castro y que va de parte de Fernán Caballero, y escríbame usted lo que le parece! ¡Qué bueno es el soneto de Cueto! (2). ¡Qué linda la composición de Benavides!

---

(1) El capitán de Caballería D. Juan Justiniano, colaborador de la *Revista* sevillana, en la que dió a la luz varias poesías, tan extensas como endebles. Es autor de un poema épico titulado *Roger de Flor.*

(2) D. Leopoldo Angusto de Cueto, marqués de Valmar.

¡Qué bella y *católica española* la de Cervino! La de Fernando, como siempre, una perlita de número. «Concibe usted que Trueba por más que le he escrito no ha mandado nada, siendo tan propio de su musa el asunto, habiendo el Infante costeado una edición de sus Cantares (1) y Mr. de Latour escrito un tan excelente artículo sobre él, primero en italiano, y después él mismo lo tradujo al francés e hizo poner en el *Conservateur?* (Pues aunque Castro Serrano, en el artículo que sobre Trueba insertó en *La América* dice que son dos y dos autores, es uno mismo; Mr. de Latour). No sé, es pobable que no, si ha leído usted en *La Esperanza* un artículo que titulaba: *George Sand y Fernán Caballero.* ¡Yo me quedé muerta! Efectivamente, como me temí, salió *La Discusión* haciendo burla de *La Esperanza,* diciendo que para agradarle era preciso ser una realista como Fernán Caballero, que cantaba la *pitita bonita, con el pío, pío, pon.* Como lo que sigue a este refranete tonto es: «viva Fernando y la Religión», nada me ofendió la burleta de *La Discusión.* A pesar de eso, ya había protestado yo en *La Esperanza,* por tal que no hiciese otro. Las comparaciones, sobre todo si viven las personas y son señoras, no se deben hacer; lo que no quita que yo esté muy agradecida a *La Esperanza.*

La pluma ha corrido como están corriendo ahora sobre mi cabeza las nubes. Ellas siguen el impulso del viento; mi pluma ha seguido el de mi corazón.

Su mejor amiga,

FERNÁN

---

(1) El duque de Montpensier costeó, en efecto, la tercera edición de *El libro de los cantares,* de Trueba; la reina Isabel II, en 1862, la de todas las obras de este autor.

[1859]

Dije a usted, mi querido amigo, que le escribiría sobre el prólogo escrito por el señor D. Cándido Nocedal (1); tenga usted, pues, paciencia al recibir esta epístola, pues es necesario que se explane tanto mi entusiasta admiración por el trabajo, como mi sentida gratitud por la mayor honra que puede caber a un autor tan pequeño como yo, la de ser citado por uno tan eminente; así también por su suma atención en remitirme un ejemplar, avalorado con los renglones más lisonjeros qne puede trazar la pluma, pero que causan el rubor y la pena de no merecerlos, sin disminuir la gratitud que inspiran. Muchos días lo han tenido en su poder los Serenísimos Infantes, a los que ha gustado sobremanera, como les complace y agrada todo lo bueno en la forma y, sobre todo, en el espíritu. Doy la enhorabuena del fondo de mi alma al ilustre escritor, no sólo por abrigar las ideas más altas en la esfera de las morales y filosóficas, que son las religiosas, sino por tener el noble valor de ostentarlas, exponiéndose a las iras de aquel infeliz partido que tiene por jefe y guía al blasfemo que llamó a Jesucristo *el Infame*.—¡El mal está hecho! Desde que los hombres con el malhadado nombre de *Libertad* deificaron al desenfreno, éste no ha tenido límites, y ha desterrado y ridiculizado todo el respeto; ¡el respeto, que es el apogeo de la cultura! *El descrédito en que han caído las ideas filosóficas en Francia,* dice Bonald, *hace temblar por las ideas liberales.* Así dice bien, muy bien, nuestro eminente escritor: «¿Dónde vamos? A una catástrofe, si no torcemos el rumbo.»—En fin, concluyo suplicando a usted que repita en mi nombre las gra-

(1) Véase la nota de la pág. 110.

cias al señor de Nocedal por la altísima honra que me ha hecho, y todo el entusiasmo dulce y consolador que me ha causado la lectura de tan admirable escrito; y añádale, que no a mí, pobre pájaro que cantaba en la selva, sino a él, hombre de Estado, orador admirable, escritor de primera clase, erudito, en alta posición y grande influencia, es aplicable lo que, quizás proféticamente, y destinado a él, escribí; que hay seres cuyas almas arden como divinas antorchas en las tinieblas.

La fiesta de la inauguración de la capilla de Valme, magnífica sobre toda ponderación; no fuí, como usted se hará cargo, pero todo lo sé. Diez mil personas gritando *¡Viva la Virgen!* y *¡Vivan los Infantes!*; voces santas e inocentes que subían al cielo, miles de lágrimas dulces, la Infanta con su hermosísimo niño en los brazos, distribuyendo limosnas ante la capilla reconstruída, pareciendo inculcarle los dos divinos preceptos que los encierran todos: *Dios sobre todo, al prójimo como a ti mismo*; en fin, reunido allí lo que nos queda de genuino español; la Religión, las personas Reales, el pueblo de campo. Lea usted, si la imprime, la descripción que he mandado a *La España,* porque aquí (admírese usted) los periódicos no la quisieron imprimir, ni han dicho una *sola palabra* sobre la fiesta, porque SS. AA. (que a nadie convidaron al almuerzo sino a las autoridades y al clero y a los que habían escrito poesías para el álbum o Corona), no convidaron a sus Señorías!!!! ¡Qué escándalo! ¡qué infamia! No hallo voces y callo, porque mi indignación no tiene límites. La relación está escrita por nuestro amigo Cantillo, que asistió al almuerzo como autor de una de las poesías de la Corona. Dígaselo usted a nuestro buenísimo Aureliano, para que se ponga muy ancho con los maestros de escuela que proporciona a los niños de Ayamonte, donde regular-

mente irá a ser *magister* el poeta, el convidado de los príncipes, el hermano de un gobernador de provincia; y tan contento, pues dice que hay la gran ventaja de estar allí barato el pescado! ¡Qué ejemplo! Las Coronas se están encuadernando y usted recibirá la suya con dos fotografías de la capilla, así como Cervino y demás, cuya preciosa y fina carta recibí, por la que le suplico a usted le dé las gracias. Fernández aún no ha vuelto. Fernando ha estado malo, pero sigue bien. Si usted me escribiese sabría en qué estado está la zarzuela; como no lo hace, estoy con sumo interés y curiosidad de saber en qué estado está. Como usted ha demostrado tantos deseos de ver la Corona, le he mandado a usted una por la señora Carrillo Albornoz, calle de Atocha, n.º 78; mande usted por ella. Diga usted que van por un libro que le entregó la tía de su yerno Salvador.

(Sin firma) (1)

25 de Noviembre de 1859

Mi muy querido amigo:

Suplico a usted que entregue al panegirista de Jovellanos, y lo que es más, al eminente sostenedor de las buenas doctrinas, esa carta mía tan necia y de que me avergüenzo al releerla, acordándome de D. Nicasio Gallego que decía al obtuso y poco expresivo autor que le enseñaba su escrito y explicaba su idea: *Si usted ha querido decir eso, ¿por qué no lo ha dicho?* Pero como considero que más vale pasar por torpe que por ingrata, allá

(1) Esta carta lleva una nota de Cañete, que dice: *C. 31 de Octubre, enviándole una carta de Nocedal.*

va, y discúlpeme usted con su hermosísima y parcial amistad.

Este libro será mucho más leído en el extranjero que en España, pues aquí los *buenos* poco leen, porque ha llegado a asustarles la lectura, y los *malos* no leen por no caer en la tentación de arrepentirse, y temiéndole a una evidencia patente que destruya sus errores.

Envío a usted esa relación del embarque de las tropas (1), y sobre todo, el himno de los Cazadores de Simanca; pues sólo el figurarme a los soldados españoles cantando en coro: *Por su Dios, por su Patria, por sus Reyes;* sólo de hacerme cargo cómo les precedía a la tierra de los salvajes enemigos de Cristo y de España el entusiasta grito de los cristianos españoles: *Por su Dios,*

---

(1) Es un recorte de periódico que Fernán incluía en la carta. Reseñábase en el mismo el embarque en Algeciras, el 18 de Noviembre, de numerosas tropas que iban a tomar parte en las operaciones de nuestra famosa *guerra de Africa*. Duró desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde y embarcaron en diversos vapores, el regimiento de Granada núm. 34, cazadores de Cataluña y las Navas, regimiento de infantería de Borbón, cazadores de Simancas y cazadores de Talavera y Mérida. Iban con ellos los generales Echagüe y Gasset. La operación despertó en el pueblo, como todo lo que se refería a la guerra, singular y fervoroso entusiasmo.

Del himno de los cazadores de Simancas, de tanto precio para Fernán, recoge el articulista las siguientes estrofas, a las que sin duda prestaban su magia la ocasión y el ambiente, que no estaban para reparar en ripio más o menos:

CORO

Por su Dios, por su Patria y sus Reyes
el guerrero español va al combate
y doquier incansable se bate,
que el deber sacrosanto es su honor.
Tremolando la cruz invencible
nuestros nobles mayores un día,
combatieron con santa porfía
al osado y tenaz musulmán.
Isabel y Fernando le vieron
sucumbir para siempre en Granada
y ondear nuestra enseña sagrada
sobre el fiero pendón del Islam.

por su Patria, por sus Reyes; sólo de pensar cómo gradualmente se iban alejando esos admirables militares llegando todavía a sus compatriotas, aunque debilitado, su santo canto de guerra: *Por su Dios, por su Patria, por sus Reyes,* mis lágrimas corrían en tropel; mi corazón se levantaba a Dios, dándole gracias y rogándole bendiciese *(sic),* a esta España religiosa, patriótica y realista, que en el momento de un verdadero entusiasmo de buena ley, se levanta erguida y lanza el grito de su corazón y de sus entrañas,

por su Dios, por su Patria, por sus Reyes.

«La España está perdida», decían los faltos de fe y de esperanza. ¡Ay! ¡y cuán olvidados estaban que aún corre en sus venas la sangre católica y española que sus padres vertieron hace poco en la guerra de la Independencia! ¡que están más exaltados y más unidos, si cabe, que entonces; porque, como dice Cabanilles, entonces hubo afrancesados, pero ahora no hay marroquíes!—¡Lloro, lloro, mi querido amigo! Lloro de entusiasmo y de enternecimiento por lo que veo; lloro de pena y de lástima, por la pura y noble sangre que se va a derramar (1). Note usted tam-

---

(1) Como es sabido, a la declaración de la guerra de Africa y durante su desarrollo, toda España, abandonando por un instante las contiendas civiles, los pronunciamientos, el espíritu de partido y bandería que empequeñecen la historia de este período, latió con un sólo corazón inflamado en el más puro y elevado patriotismo. Ni un sólo español dejaba de compartir entonces con nuestra escritora las generosas efusiones que en esta y en otras cartas se verán; la prensa y el teatro, los poetas y escritores de todo género; la musa popular y callejera, las cajas de cerillas; todo cuanto en nuestra patria tenía voz y color, sensibilidad y movimiento, vibraba de patriótriótico entusiasmo, bueno y candoroso, alimentándose de un optimismo sin límites y dando proporciones legendarias a los sucesos de la guerra. El caudillo O'Donnell, el valor temerario de Prim, Tetuán, los Castillejos, todos los hechos y nombres de este memorable episodio, les suministraban materia inagotable para ello.

La guerra fué declarada un mes antes de la fecha de esta carta (el

bién en el mismo impreso un párrafo señalado con cruces sobre las Hermanas de la Caridad (1).—Vamos a otra cosa, porque sería nunca acabar.—Pronto tendrá usted allí a Mr. de Latour; no deje usted de ir a verle, así como a los Infantes, esos ángeles. ¡Qué vacío han dejado en Sevilla! Cuanto de ellos se diga es descolorido acerca de la realidad. En poco tiempo he visto a esa admirable Princesa en tres ocasiones, en que distintamente brillaron sus virtudes y eminentes cualidades, tan cultivadas por el digno, noble, culto y caballero compañero que por suerte suya le ha dado el cielo. Fué una cuando bañado en lágrimas su rostro, que la compasión hacía celestial, levantó y recibió en sus brazos a una infeliz viuda; fué la otra cuando resplandeciente de amor y contento fijaba sus dulces ojos de madre en los bellos ángeles que son suyos; y por último fué cuando al oir a una persona decirle que la ida de su augusto esposo a Africa la debería sentir, se irguió la hija del Rey de España, alzó su blanca y pura frente con dignidad y brillando sus hermosísimos ojos exclamó: «¡Yo sentirlo! No. Yo me alegraría, porque es su

---

22 de Octubre), comenzando por el bloqueo de Tánger, Tetuán y Larache.

El arte la debe, como es sabido, varias obras admirables de Mariano Fortuny, el *Romancero de la guerra de Africa,* y el famoso *Diario de un testigo*, de D. Pedro Antonio de Alarcón, quien no habiendo sido admitido entre los escritores agregados al Estado Mayor, sentó plaza como soldado.

(1) Hele aquí: «Las Hermanas de la Caridad destinadas al servicio »de la casa de Socorros de Málaga, han solicitado el que se les envíe a »Africa a cuidar de los heridos, siendo muy de notar las siguientes fra»ses que hallamos en la solicitud que al efecto han redactado: «Allí qui»siéramos ir porque además de Hermanas de la Caridad somos españolas »y hermanas de esos pobres soldados que van a pelear por el honor de »España. Sabemos que hay peligros: pero esto mismo es un aliciente »para nosotras que, aunqne débiles mujeres, no nos arredran esos peli»gros si a costa de ellos podemos salvar la vida de alguno o aliviar sus »padecimientos.»

deber y *debe ir*». Había desaparecido la caritativa princesa, cuyas lágrimas unía a las de una desgracia como el ángel del consuelo; ya no era la feliz madre y esposa, sonriendo dulcemente a los objetos de sus santos amores; era una Princesa española; el más bello tipo de las Infantas de Castilla; era la mujer criada a la sombra de dos tronos, era la que después de llamarse Luisa Fernanda de Borbón, se llamaba Duquesa de Montpensier; siempre hermosísima, en las tres situaciones, como si embelleciera cada virtud que exerce *(sic)* su ya tan hermoso rostro.

Si fuese posible y valiese la pena, yo quisiera que publicase usted este improvisado trozo, con el epígrafe: *Extractamos de una carta de Fernán Caballero,* estas líneas que tan exactamente nos pintan a la augusta hermana de nuestra Reina; pues veo que nada se dice de estos ejemplares Príncipes en los periódicos de Madrid.—Ya Fernando ha hablado a usted sobre un joven muy desgraciado y de infinito talento que ha ido a esa. Si pudiesen ustedes los *buenos* hacer algo por él, qué alegría, *descanso* y satisfacción tendría yo en ello! ¡Por Dios, no lo eche usted en olvido! Tampoco el escribir algo sobre la Corona del Valme, en obsequio de esos Bienhechores del país, pues *nada* se ha escrito sobre tan insigne obra hecha por ellos.

Es la mejor de sus amigas,

Fernán

26 de Noviembre de 1859

Querido amigo:

Ayer escribí a usted y hoy vuelvo a meterme en su despacho como si fuese en un baldío. Pero sepa usted la

causa de tanta importunidad. Como ya he dicho a usted, *nada* se ha hablado de la restauración de la capilla del Valme. Yo no pude, ni debí escribir sobre la función; pero lo hizo nuestro querido protegido Cantillo, que asistió a ella como colaborador de la Corona, en la que habrá usted visto su nombre al pie de una muy bonita composición. Los periódicos de aquí se negaron absolutamente a insertarla (1), sin dar causa, ni aun pretexto, a esta falta, no sólo de deferencia a los hermanos de nuestra Reina, a esta ingratitud a los bienhechores del país, pero a esta palpable falta a su institución y compromisos con el público, que es la de dar cuenta de cuanto notable acontece; lo que, como usted puede pensar, causó gran escándalo en Sevilla y dió margen a que cada cual interpretase este silencio, o afectación de ignorancia de un acontecimiento tan grande y notable, como quiso; unos con chistes y otros con acerba reprobación. Mandé en seguida esta relación a los señores redactores de *La España;* pero pasaron días y días, y no traía *La España* relación tan interesante y que tanto favorece a los individuos de la familia Real que tanto acata *La España*. Supliqué entonces a un amigo que se acercase a la redacción y que se informase de si habían recibido mi envío; pero no había llegado a sus manos! El complaciente Cantillo me sacó una copia nueva que volví a remitir hace muchos días, y que, según me escribe ayer un amigo, ha tenido, según parece, la misma suerte que la otra. Como dije a SS. AA. que saldría dicha relación en los periódicos de Madrid, contando, no sólo con la complacencia de los señores redactores de *La España,* sino con la satisfacción que tendrían en insertarme cosa tan

(1) Esto es, a insertar la relación o reseña de la fiesta, escrita por Cantillo, que es lo que quiere decir Fernán.

interesante para la Religión, la historia, el país y para la Real familia y esto no ha sucedido, me dirijo a usted esperando ser más feliz en esta ocasión, y asegurándole que no puede hacerme mayor favor que el de insertar esta relación cuanto antes en el periódico que dirige (1). Asimismo, si sucede, mandar un ejemplar a palacio a Sus Altezas Reales los señores Infantes Duques de Montpensier.

Si fuese una crítica, si se tratase de un escándalo, ya habría sido acogido por los periódicos y no hubiera hallado obstáculos de ningún género su publicación; pero es una buena, magnífica obra; es un elogio de los que la hicieron y ya es más difícil que alcance publicidad.

Su más amiga,

FERNÁN

Reservada; no vaya usted, por Dios, a publicar mi carta, como han solido hacerlo en otros periódicos.

COPLAS POPULARES QUE SE CANTAN EN SEVILLA

De qué le sirve al moro
tantos santones
si le ha tomado España
Sierra Bullones.

—

De qué le sirve al moro
tantos caballos
si le ha tomado Echagüe
hasta el Serrallo. (2)

(1) El periódico que Cañete dirigía entonces era el diario *El Reino*, fundado por D. Nicolás Quintana en 1859.

(2) El 18 de Noviembre sacó Echagüe su tropa de Ceuta, ocupando el Serrallo y otras posiciones, y empezando a construir dos fuertes en aquel sitio.

De qué le sirve al moro
tantos cañones
si la plaza de Tánger
la toma Odonel. *(sic)*

—

De qué le sirve al moro
sus baterías
si la plata de Tánger
entra en Sevilla.

14 de Diciembre de 1859.

Mi muy querido amigo:

¡Siempre, siempre, teniendo que escribir a usted para darle gracias! ¡Qué amigo es usted! Pero ¡cómo estrañarlo, en quien en todo lo bueno y noble sobresale! Gracias, primero por la inserción de la fiesta del Valme, obsequio que aun más que yo, habrán agradecido nuestros amados y nunca bien ponderados Infantes. ¡Cosa extraña! *La España* que pocos días antes había dicho que no había recibido semejante remitido, apenas lo vió en *El Reino* insertó en sus columnas el perdido remitido, temerosa sin duda que se resintiesen SS. AA. sabiendo por mí que los Señores Infantes aguardaban con cierta curiosidad la dicha descripción de su querida fiesta. Otras gracias más tengo que dar a usted. Dice una comunicación del Serrallo que en el interior de su ruinosa y solitaria mezquita anida una golondrina, que puede que por la primavera anide en uno de nuestros sumptuosos templos. Creo que ha de ser esa golondrina, ese *pajarito,* que de los sumptuosos y aristocráticos salones de la Corte viene a mi sosegada y modesta morada y se pone a charlar, como ellas saben hacerlo,

en grande.—Púseme a escuchar y oi:—«Comadre, sepa usted que en un salón de los de fuste de Madrid, estaba un señor de Varela, (1) poniendo como ropa de Pascua al pobre de Fernán que tanto nos quiere! Entre otras cosas decía, no solo que le *empalagaba,* sino que probaría que debe *empalagar* a todo el mundo; aserto del que, aunque soy un pobre sencillo pajarillo ignorante, me reí, porque si bien se puede probar todo en esta época tan *discreta,* hasta que lo blanco es negro, el *empalago* es la cosa del mundo más *improbable.*»—«¿Y lo dijo usted así, comadre Beatriz?»—preguntó su compañera.—«No, pájara boba—contestó la narradora,—bien sabes que nosotras no hablamos sino unas con otras y con los niños que nos entienden; pero sépaste que salieron tres Usías de los más renombrados en el mundo y en las letras defendiendo a nuestro amigo Fernán; los que tienen unas voces tan bellas, tan nobles y tan autorizadas que doquier hacen ley.» —«¿Y calló el hostil agresor?»—«¡Qué había de callar! se fué a publicar su aserto; y no habiendo hoja más a propósito, lo estampó en una de malva (2).»—«¿En una malva?»

---

(1) Refiriéndose Fernán al famoso novelista D. Juan Valera, que la hizo objeto de mortificantes ataques. En cartas sucesivas rectifica el error de la golondrina informadora y escribe como es debido el apellido del autor de *Pepita Jiménez.*

(2) La publicación en que Valera dirigía sus censuras a Fernán se llamaba *La Malva* y estaba escrito por mismo Valera, con Maldonado y Macanaz, Miguel de los Santos Alvarez y Alarcón, aunque este último se fué a la guerra de Africa y no escribió más que en el primer número. Don Juan se hacía casi sólo el periódico. (Véase Cejador, *Historia de la lengua y literatura castellana.* Tomo VIII.)

No es para sorprender que el espíritn ingenuo de Fernán y el sutil y refinado de Valera no estuvieran hechos para comprenderse; pero sí que la crítica del último, de ordinario tan indulgente y benévola, pecase de agresiva y descortés en esta ocasión, con olvido de las consideraciones que con harta justicia reclama para sí la insigne autora. No es difícil que en ello tuviere buena parte el amor de Valera a cosas y principios briosamente atacados en las novelas de Fernán, ni qne los hondos sentimientos tradicionales de nuestra escritora y su celo en defenderlos y

—«Como te lo digo; eso hacen los que quieren ZAHERIR para dar con el contraste del título más acerbez a su hostilidad en el periódico que con ella honran.»—Quisiera seguir el diálogo; pero como por él sabe usted ya lo que yo quería que supiese, vamos a otra cosa que interesa más que esta pena que ha venido sobre otras, porque Dios quiere que no haya género de sufrimiento que yo no tenga; y no es por amor propio, no, ni por temor que me desacredite con las personas que conmigo simpatizan, porque el desacreditar no es tan fácil como los hostiles creen; es por la amarga idea de tener un enemigo! ¡No puedo con ella!—Ojalá le hubiese ofendido; le pediría perdón, y lo desarmaría. Criticarme La... *Discusión* con tanta razón, moderación y respeto (1), (al que soy tan acreedora por mi sexo, mi edad, y mis desgracias) y denigrarme hasta con voces ili-

---

propagarlos, pareciesen a su adversario, como a tantos otros, graves y peligrosos enemigos.

Lo cierto es que las críticas del autor de *Pepita Jiménez,* y, sobre todo, el verbo *empalagar* en ellas usado, mortificaron grandemente a Fernán y la produjeron no poca amargura, reflejada en varias cartas particulares que escribió por esta época. Otros muchos ataques de procedencias distintas tuvo que soportar Cecilia por estos años, como veremos en cartas sucesivas, entre ellos los de Samper, Castelar, Castro, Barrantes y hasta de la romántica novelista aragonesa D.ª María del Pilar Sinués, sin contar innumerables gacetillas anónimas. Señalábasela con el dedo por los elementos avanzados como a símbolo y representación del *neo-catolicismo,* según la fraseología de entonces, y en concepto de tal llegó a ser objeto, casi a diario, de críticas destempladas y groseras, llenas de menosprecio, de hiel y de injusticia, en las que la superioridad y grandeza de alma de Cecilia tuvieron sobrada ocasión de ejercitarse. Algunos de sus amigos (Nocedal y Polo Peyrolón entre ellos) salieron a la defensa de Fernán, distinguiéndose en esta hidalga labor Guillermo Forteza, de quien se habla, al final de esta carta.

(1) En *La Discusión,* el importante diario democrático fundado por D. Nicolás María Rivero, uno de cuyos directores fué Pi y Margall, hizo, en efecto, la crítica respetuosa y moderada de Fernán a que esta carta se refiere, el escritor de Colombia Luis María Samper, político, novelista y poeta, autor muy fecundo que abrazó gran diversidad de géneros sin sobresalir en ninguno. Pero en la misma *Discusión* se dirigieron más tarde a la escritora, por otras plumas, sátiras mordaces y mal intencionadas.

terarias y poco finas un caballero, un poeta, un moderado!!! Pero a otra cosa.

Un joven de grandísimo talento, de mucha instrucción, de excelente voluntad, y muy pobre, a los que me unen (y unen también a nuestro amigo Fernando) circunstancias desgraciadas, ha sido enviado por nosotros a Madrid. Llevaba *pour tout bagage* dos cartas más de recomendación; pero aunque quien las escribió nada significaba ni podía, en cambio aquellos a quienes iban dirigidas eran hombres de importancia e influencia. El uno, Cabanilles, no bien llegó me lo colocó en la venta de bienes nacionales con 8 rs.; poco, poquito es, pero es *el pan*. Fermín le ha dicho que ha hablado al propietario de *El Reino* por si podría darle algún trabajo que hacer. Así es que le suplico que si puede contribuir a que esto suceda, que lo haga; seguro que además de una buena obra y un favor a su mejor amiga, quedará sumamente satisfecho del desempeño; llamase Guillermo Forteza este recomendado (1); ha ganado varios premios, entre ellos el que adjudicó aquí el año pasado la Academia literaria. En la Corona vería usted versos suyos, y ha compuesto unos a Fernán que hubiesen salido en la Revista si hubiese habido espacio; demasiado

---

(1) Guillermo Forteza, mallorquín (1830 - 1874), no hizo estéril la protección de Fernán, que le atendió en sus tiempos de infortunio con casi materna solicitud. La correspondencia que con él sostuvo, en la que le dirige a veces duros y desenfadados reproches, harto merecidos por cierto, es notabilísima.

Fué Forteza archivero y redactor de *El Reino,* donde fué atendida la recomendación de Puente y Apecechea, a que en esta carta se alude. Escribió poesías en catalán, un acabado estudio de *Capmany* que premió la Academia de Buenas Letras de Barcelona, la *Defensa de Fernán Caballero* de que dejamos hecha mención y numerosos artículos de crítica que recuerdan a Fígaro por su ingeniosa causticidad, celebradísima por sus contemporáneos. El P. Blanco García y la crítica en general, conceden gran estimación a Forteza, lamentando el olvido, casi absoluto, en que la actual generación le tiene.

lisonjeros, aun en poesía, pero preciosísimos (1). El papel y el tiempo se parecen en que se acaban cuando más se les quisiera prolongar. Su mejor amigo,

CECILIA

Mi recomendado lo está a su Jefe por SS. AA. RR. Dios le premie tan bello uso de su influencia.

---

(1) He aquí la composición a que Fernán alude, publicada, por fin, en la *Revista* (Tomo V, pág. 694):

Bendito seas mil veces
dulce Fernán Caballero,
tú que supiste ganar
con los frutos de tu ingenio
los laureles de la tierra
y los laureles del cielo.

—

Un día te contemplaba
aquel espíritu excelso
que el Señor a tu alma pura
regaló por compañero;
y al ver tu ingenio divino
y tu corazón tan bello,
de sus labios inmortales
estas palabras salieron:
«Luz de Dios, hermana mía,
mi tesoro, mi embeleso;
una fuente de verdad
mana escondida en tu seno,
y en tu tersa frente brilla
de alta inspiración el fuego;
hora es de que goce el mundo
riquezas de tanto precio.»
Y arrancándose una pluma
blanca como un lirio fresco,
que tiene una estrella de oro
rutilante en el extremo:
«Toma, hermana, continúa,
con ademán hechicero,
escribe, y jamás aspires
a más galardón ni premio
que a la sonrisa de Dios
y al aplauso de los buenos.»
Desde entonces, Fernán, sabes
los más íntimos secretos
de las almas generosas

30 de Diciembre de 1859.

¡Válgame Dios, querido amigo! ¿Es posible que nuestro tan querido y parcial amigo de *La España* y nuestro haya llegado hace días a Madrid y me escriba (aunque no en tono de queja), que no ha tenido el gusto de ver a usted? Ya comprenderá usted que hablo de Mr. de Latour. ¿Es posible que el horrible monstruo de nuestro siglo, la

---

que en lo más hondo del pecho
su casto perfume exhalan
entre sombras y misterio.
Sabes lo que al aura dicen
con su aromático acento
las flores de los jardines
de la noche en el silencio.
El regazo de su madre
los niños dejan riendo,
y se acercan bulliciosos
a repetirles sus cuentos,
con su palabra a alegrarte,
con travesuras y juegos,
que saben qne tú comprendes
del candor el puro acento.
La maldad baja los ojos
ante tu mirar sereno,
pues conoces las dobleces
de su corazón avieso.
Tú adoctrinas dulcemente
corriges sin entrecejo
y nunca muestras la llaga
sin presentar el remedio.
Mensajero de esperanza,
no de mortal desaliento,
a todo el que sufre y llora
en tan árido desierto
la morada de los justos
le señalas con el dedo.

—

¡Bendito seas mil veces,
dulce Fernán Caballero,
tú que supiste ganar
con los frutos de tu ingenio
los laureles de la tierra
y los laureles del cielo!

indiferencia, se atreva a invadir uno de los santuarios en que se conserva el fuego sacro, el corazón de usted? No admito disculpas; no coma usted, no duerma usted y vaya corriendo a ver a una de las personas que más lo aprecian, que más dignas son de apreciarlo. Si lo que en la carta de ese hombre *eminente* en todos conceptos no es hasta ahora más que una como *noticia,* se tornase en queja, mi pesar sería mucho, mucho más de lo que pueda expresarlo; y usted no, no quiere, ni hacer un desaire a un hombre eminente, ni causar un pesar a su mejor amiga.

No sé, pero espero que a su tiempo recibirá usted una mía con otra inclusa para el Sr. D. Cándido Nocedal; únenme a este hombre célebre, además de los anteriores motivos de simpatía y gratitud, los más recientes a que se ha hecho acreedor, defendiéndome contra los ataques, tan llenos de hiel, del señor de Valera, que ojalá emplease sus bríos con más gloria para él y más provecho de la patria, contra los moros. No he podido, por más que he hecho, procurarme el número de *La Malva* en que tanto me desacredita, de lo que tuve noticia por un periódico que decía así (1):

«Oid: Existe un periódico semanal en la Corte que se »titula *La Malva.* Añade que es suave, aunque impolíti»co. Pues bien, esa planta, que más bien debe ser un car»do cuco, ha cometido la *suavidad* de decir en uno de »sus artículos que las obras del eminente Fernán Caba»llero, una de nuestras glorias literarias españolas, le »*empalagan,* y que probaría que deben empalagar a to»dos. Aunque esto no pasa de ser una *malvada,* bueno »es que sepan nuestros autores que hay críticos nacidos »de las malvas que se atreven a semejantes aseveracio-

(1) *La Alhambra,* de Granada.

»nes. Sólo a un ingrediente de cataplasmas se le pueden »ocurrir semejantes chistes; verdad es que siempre los »madurativos han sido muy ingeniosos. Aconsejamos al »articulista de *La Malva* que tome agua de ídem y se »vaya curando del mal que debe haberle producido soltar »una coz.....a tan estupenda.»

Esta fué la primera noticia que llegó a mi triste retiro. Como el periódico no es de aquí, y que ignoro absolutamente quién era el desconocido amigo que con tanta energía saca la cara por mí,no pude dirigirme a él para suplicarle que me mandase el aludido periódico. Me he dirigido a Madrid para tenerlo, pero es un periódico *introuvable,* y ni por dinero, ni prestado, han podido proporcionármelo. Ahora acudo a usted para que me haga el favor de proporcionármelo, y como sé que su autor es amigo íntimo de usted, si usted no tuviese ese número y los que para lo sucesivo promete, yo le suplicaría a usted que se los pidiese, seguro que se los dará con mucho gusto si sabe que son pedidos por mí; porque la humillación, así como la luz, no la basta un reflejo, es preciso que dé de plano. Cuento con este favor de usted, y si no me lo hace, me persuadiré que ni es mi amigo, ni quiere complacerme. Pero no quiero hacer que con mi carta, demasiado larga, dé razón a su amigo en su opinión sobre el empalago que causa Fernán. ¡Qué bien escoge el tedio la manera de ajar, despreciar y desprestigiar! Si supiese ese caballero las cartas que en contestación a las mías, que les preguntaban sobre esta *culta crítica* me han contestado hombres eminentes! ¿Entra el ajar así a una pobre inofensiva mujer en la filosofía de lo bello? (1)

(Incompleta o sin firma)

(1) Alude a las lecciones brillantemente explicadas por Valera en el Ateneo de Madrid, en 1859, sobre el tema *Filosofía de lo bello*.

[1860]

Dos palabras tan sólo, mi muy querido amigo: He regalado a nuestro querido y amabilísimo favorecedor, Mr. de Latour, un pequeño cuadro de costumbres (1) que deseaba, del que es dueño. Me ha escrito que piensa regalárselo a usted para *El Reino*. Si tal sucediese (no deseo que sepa que yo le he escrito a usted sobre ello) desearía que, bien usted, o la persona que usted encargue de su impresión, tuviesen la bondad de poner ciertas cosas que para su publicación en España son necesarias. Primero en la pequeña advertencia que le precede, cuando habla del periódico *La Alhambra,* de Granada, desearía que le precediese un epíteto laudatorio, como por ejemplo: *en el excelente* periódico, etc. En segundo lugar, cuando se refiere el acto de la entrega de la medalla de oro, se debe poner en nota, que el nombre del soldado que mereció ese premio es *Francisco López,* del pueblo de Fuentes, en Andalucía. Y últimamente, en la nota que trae la carta auténtica de mi sobrinito el hijo de Castillleja, se añadiese el otro rasgo que a continuación escribo y que es de otro sobrino, hijo de Concha Castro y Arco (2).

Usted dirá con razón: «¡qué majaderías!», pero por

---

(1) El titulado *Deudas pagadas*, escrito con el principal objeto de reunir en él una buena parte de los rasgos heroicos, religiosos y tiernos relacionados con la guerra de Africa y puestos profusamente en circulación por los periódicos, las cartas de los soldados y las referencias de los heridos vueltos a la patria. Fué publicado primeramente en el folletín de *El Reino* y después en edición costeada por el Duque de Montpensier, cuyo producto de venta se destinó a los heridos de la guerra.

(2) Todas las adiciones, rectificaciones y variantes que Fernán propone en esta y sucesivas cartas acerca de este cuadro, fueron escrupulosamente tomadas en cuenta por Cañete y pueden comprobarse en la novelilla, que es, por cierto, entre las producciones de Fernán, una de las más endebles y descuidadas.

otro lado comprenderá su necesidad, y, sobre todo, su buena amistad perdonará a su mejor amiga,

FERNÁN

Sábado 11 de Febrero de 1860.

Mi querido amigo:

Va a salir el correo y no he podido concluir el capítulo que precisamente necesita que se le añada después de la toma de Tetuán (1) a mi cuadro, que se quedó en el Serrallo y no quiere faltar en el júbilo general de tomar su parte. Mañana mandaré a usted el final. Espero que no habrá inconveniente en que este capítulo siga a los otros y que salga a luz la toma de Tetuán antes de la toma de Tánger; aunque al paso que van allí, me parece difícil.

Hay algunas faltas en el primer capítulo, como son *luz* por *hoz; las sombras* (que son las de la noche), por *la sombra,* que es la ausencia del sol que quema en verano; *desnuda* mano, en lugar de *descarnada* mano, pues una pobre campesina no lleva guantes.

El correo se va y no puedo, mal que me pese, ser más larga.

Su mejor amiga, FERNÁN

Día 12 de Febrero de 1860.

(De prisa).

Mi querido amigo: Ayer escribí a usted muy de prisa remitiéndele un apéndice para mi cuadro, cuyo final incluyo a usted.

No tuve tiempo de decirle lo principal que tenía que

(1) El 4 de Febrero fué el ataque de nuestro ejército al campamento de Tetuán, en el que Prim hizo un asombroso alarde de valor, y el 5 entraban en la ciudad las tropas españolas.

decirle; y es, que he visto en su periódico que la impresión suelta que se va a hacer de él por cuenta de S. A. R. el Duque de Montpensier, aparece como hecha a mi costa; lo que no puede pasar, porque no es cierto. Así, caso que el señor Infante no quiera dar su nombre, lo que no dejaría de despertar quizás envidias egoístas y necias, será preciso poner que se ha impreso por una persona generosa, que ha destinado su producto a los heridos de Africa; pues sería una gran fatuidad y una cosa en extremo fea que pasase yo, o me dejase pasar, por tan generosa, sin serlo; no por falta de voluntad, sino por falta de medios (1).

Yo tengo aquí dos *vivas* que no me he atrevido a estampar en mi cuadro para no despertar al león que duerme. *¡Viva la Concordia!* El otro, porque basta que llegue a sus oídos de usted en esta carta. *¡Viva la amistad!*

FERNÁN

Fernando, como todos, todos, medio loco. ¡Qué bellísimo el artículo de usted de ayer! Ese corazón entusiasta salta todas las rayas; ¿cómo no había de saltar la de mezquinas pasiones?

¡Qué graciosos, y qué ligeros y discretos los versos, que supongo serán de Forteza! La vieja, la legítima España resucita. ¿Quién había de celebrarlo más que su pobre cantor Fernán?

[1860]

(Fragmento)

Tetuán no se ha bombardeado; en cambio se bombardea a la redacción de *El Reino;* yo soy el artillero; pero

(1) Dando cuenta con elogio del delicado proceder de Fernán, cita Cañete dos párrafos textuales de esta carta en su prólogo al cuadro *Deudas pagadas*.

por si acaso se está imprimiendo mi cuadrito, es preciso que yo avise las erratas, por si se pueden aún evitar en la reimpresión, y las señalo en la última hoja.

Deseo mucho, si fuese posible, que en la cuarta carilla de la segunda hoja del folletín del viernes 10, donde dice: *Los maté en buena ley como bueno,* se añadiese: «*y »asina mueren todos porque no se quieren rendir ni »con la bayoneta sobre el pecho.*

»¡Jesús! exclamó María ¿y por qué?»—«Porque sus san»tones les han hecho creer que los españoles son tan fero»ces como ellos y que queman vivos a los heridos y pri»sioneros que cogen.—A ti te parecía que para la guerra »no servían sino los chavales, y que con mis 65 años, etc.»

Esta es una de las faltas, que en lugar de 65 años han puesto 75, contradiciendo lo que un poco antes está puesto en letras *sesenta y cinco años.* Si pudiese ser, quisiera añadir una preciosa carta de un soldado; pero me temo que ya no pueda ser. El correo se va. Su mejor amiga,

FERNÁN

En la última hoja:

Folletín del día 10.

Capítulo IV, cuarta llana, primer renglón. Dice: pues los nuestros, etc.—pues *bien* los

Mismo folletín, segunda hoja, tercera carilla: *mi mulo orejero—Orejero,* que es nombre, con mayúscula.

Reino día 11.

Tercera carilla: *un* coronel, *el* coronel.

Cuarta carilla: *infeliz* familia, etc., etc.—*feliz* familia. (Esta es atroz).

Quinta carilla: Has salvado la vida a tu hermano, dije

yo (y responde Miguel) y con una acción tan heroica, dijo Miguel, que se estampará, &.

17 de Febrero de 1860.

Tenga usted paciencia conmigo, buenísimo amigo; pero usted sabe a qué punto nos interesa lo que de nuestras plumas sale para presentarse al público; y más si, como va a suceder, va a ser traducido, pues de Alemania me han pedido este cuadrito.

Me parece que la carta del soldado Gaspar llevaba una nota que decía que era compuesta por trozos de cartas de soldados, unos impresos en los periódicos, otros sacados de los originales. Si fuese posible, desearía que esta nota no se omitiese en la reimpresión en folleto (si se hace), pues es esencial. También desearía mucho (todo si *puede ser),* que al final cuando dice que a imitación de la Reina habían todos contribuído a la suscripción para socorro de los inutilizados en la guerra, debe, en toda justicia, decir: la Reina y la familia *Real.*

Quisiera que se añadiese a las cartas en el Epílogo (que no debe decir *epílogo*, sino *apéndice),* la que adjunto remito, para que vean los extranjeros que no miento cuando digo que nuestro pueblo es religioso.

En fin, lo que escribo a usted es un deseo y de manera alguna una exigencia; más escribo para los extranjeros que para España, que ya sabe todo lo que refiero. La adjunta carta, si llega a tiempo, y a ustedes les parece, debe ser *entre metida;* porque la *última* debe ser la de la pobre madre al general. Si pudiese ser, quisiera que en la carta del soldado se pusieran más puntos, tal cual lo puse yo; porque el soldado se detiene, un poco cortado,

y dice: —«El hambre no es cosa, mi general. Si... tuviese... un cigarrillo!!»

Todo esto es por sí o por no, y pidiéndole mil perdones su mejor amigo,

FERNÁN

La carilla siguiente se debe añadir (1).

[1860]

Querido amigo:

Estoy mala, y así solo dos letras para remitirle los dos últimos folletines corregidos. Usted comprenderá el *por qué* he añadido el retazo que usted verá. Me lo han *indicado,* y yo, con mil amores, lo he hecho, y lo habría hecho antes si no hubiese temido que como S. A. R. paga la reimpresión, se creyese que lo hacía por eso. Por Dios, por Dios, que esto quede entre nos (2). Su mejor amiga,

CECILIA

Es preciso que consigne usted esto, que va a escribir Fernando, en el Apéndice.

21 de Febrero de 1860

¡Qué aburrido estará usted de mí, de mi cuadro, de mis cartas y de mis majaderías!

---

(1) Falta en la carta la hoja a que corresponde dicha casilla, que probablemente mandaría Cañete a la imprenta.

(2) Refiérese, sin duda, a un párrafo de la carta del soldado Gaspar, elogiando la conducta del Conde de Eu, joven príncipe de la casa real de Francia, que, a pesar de no contar más que diez y siete años, tomó parte en las operaciones de la guerra con valor e intrepidez. Su calidad de sobrino del Infante y el hecho de ser éste el que costeaba la impresión del libro, habían detenido la alabanza en la pluma de Fernán, quien, no obstante, cambió con gusto de propósito al recibir alguna discreta indicación de sus ilustres amigos, o de persona a ellos allegada.

Si está concluído de reimprimir mi cuadro, tire usted esta carta, sin leerla, debajo de la mesa. Si no, y si se puede, quisiera intercalar, para que no se me tache de espíritu de partido, después del párrafo que trata del Conde de Eu, el que pongo a la vuelta (1). Si no se puede fácilmente, no hay nada de lo dicho, y perdóneme usted de todos modos.

Estoy mala y no puedo escribir más, sino la palabra perdón, perdón!

FERNÁN

24 de Febrero, de 1860.

Nada me contesta usted. No sé si ha recibido usted varias cartas mías con algunas cosas que corregir y un apéndice que añadir a mi cuadro. Cuando lo creí ya reimpreso recibo una carta de Mr. de Latour, en que me dice se van muy pronto S. A. R. y él, y que desea que antes quede esa reimpresión concluída. Mucho ha sido mi apuro, pues de lo que dice se deduce que piensa que el no reimprimirse consiste en mí! Yo suplico a usted, por el amor de Dios, que lo vea y que queden ustedes de acuerdo, pues yo desde aquí no puedo hacer otra cosa. ¡Cuánto me arrepiento de haber permitido que se imprima una cosa tan mal y tan deprisa hecha! ¡Qué malos ratos me está haciendo pasar! Envié a usted un párrafo que de toda precisión es necesario entre calar *(sic)* en la carta que

---

(1) Falta en la carta la página en que Fernán le escribió. Es, sin duda, un párrafo de pocas líneas en la carta de Gaspar, en que éste cuenta que los soldados llaman al toque de ataque a la bayoneta, «la polka del general Prim». Da ocasión a una llamada en que se narra brevemente un rasgo caritativo del mismo general y de su división; que recogieron y condujeron a Tetuán a una pobre mora, abandonada y enferma. Es la única vez que en el cuadro se menciona al general Prim.

escribe el soldado Gaspar a su padre (1). Por si ha perdido la carta en que se lo remitía, se lo vuelvo a remitir en la tercera llana de esta carta (2). También añadí algo sobre el general Prim; dos letras eran; pero ha sido en extremo bizarro y no he querido que se crea que por espíritu de partido suprimo hablar de él, hablando, como lo hago, de otros (3).

Si en seguida que salió en *El Reino* se hubiese reimpreso, como yo creí que se pensaba hacer, mis correcciones habrían llegado justamente a tiempo; no que ahora es lo natural que estén perdidas y olvidadas mis cartas.

En fin, no sé qué contestarle a Mr. de Latour, y le digo que hoy escribo a usted para que usted se ponga con él de acuerdo. Usted comprenderá toda la importancia que tiene el que no se omita ese párrafo en la carta que escribe Gaspar a su padre. Será preciso que se anuncie la venta de ese cuadrito. Tengo que mandar uno al librero *Josefo Max*—Breslau.—Prusia. ¿No pudiera usted hacerme el favor de ponerle una faja a un ejemplar y echarlo al correo? ¡Cuánto lo incomodo, y mucho! Pero usted conocerá que no es esto hijo de mi voluntad, sino de las circunstancias. Por hoy concluyo. Perdóneme usted, y esta bella obra será un buen principio de cuaresma.

Su más sincero amigo,

FERNÁN

Se luce la escritora que con el nombre de *Martina Martínez* está escribiendo una cosa que no sé qué es y me dedica por ironía, pues es haciendo la burla y escarnio

---

(1) Véase la nota de la pág 146.
(2) Falta dicha página en el original.
(3) Véase la nota de la pág. 147.

más atroz de cuanto yo celebro. No es señora, por supuesto, y mucho me engaño si no es Castro Serrano ¿Por qué la han tomado conmigo? ¿qué les he hecho?

6 de Marzo de 1860

Señor y amigo mío:

Me escribe Mr. de Latour que usted había quedado encargado de la impresión de mi cuadro; me dice aún más, y es que usted pensaba avalorarlo con un pequeño prólogo. Mas esto es una bellísima esperanza, una flor que como la *eterna* siempre queda en su primitivo estado de bellísima flor. Así es que no me atrevo a esperar este fruto; pero lo que sí le suplico es que active su impresión, porque deseo mucho que Mr. de Latour se la lleve a París, y remitirla a Alemania antes que nuevos eventos de la guerra la quiten el poco interés de actualidad que tiene. He enviado a usted varias enmiendas y por dos veces un párrafo que añadir a la carta del soldado Gaspar en que habla del Conde de Eu (el último que envié es el más correcto). Puede usted pensar a qué punto pongo precio e importancia a que no se omita este párrafo. No sé ni aun si ha recibido usted eso, así como algunas cosas con que formar un apéndice, entre las que está una carta muy notable que una pobre madre escribió al General en Jefe, preguntándole por su hijo.

Esta carta, esta repitición *(sic)*, esta cansera, esta pesada majadería; esta carta, quizás inoportuna y de cierto impertinente, se la escribo a usted en favor de mi pobre cuadro como las madres de los soldados de Tetuán que no saben de sus hijos y temen se pierdan, o vuelvan mancos, tuertos o estropeados, las escriben. Es una recomendación, un suplicarle mire por él y no se pierda, o venga el pobre tarde y con un brazo o una pierna de menos.

La niña de Campo Ameno ha compuesto una copla, mire usted, que es una gracia, y siento no haberla sabido para incluirla en mi cuadro. Dice así:

El Emperador dice
a su hermanito:
—«¿Muley Abbas, que has hecho
de mis moritos?» (1).

No canso a usted más; bastante lo he hecho; pero vivo en una gran inquietud.

Hágame usted el favor de dar al Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal mi más sincera enhorabuena por la unanimidad de los votos en su recepción (2).—En Francia, Lacordaire (3). ¡Cómo baja Voltaire!

El correo no aguarda; el papel concluye, y sólo añado lo que usted sabe, que es su mejor amigo,

FERNÁN

2 de Abril de 1860

Señor y querido amigo:

No deseo, o por mejor decir, me sería en sumo grado desagradable, que saliese a luz después de hecha la paz

(1) El Príncipe Muley Abbas, hermano del Sultán Muley-Abd-Errajman, fué un caudillo de gran valor e inteligencia y uno de los más tenaces enemigos de España. Dió pruebas verdaderamente extraordinarias de arrojo y de pericia militar, defendiendo a Tetuán, siendo preciso, para arrollar sus huestes, librar sangrientos combates, en los que tuvimos grandes bajas. Vencido, no obstante, sus tropas fueron deshechas y aniquiladas, que es sin duda el hecho a que la copla se refiere.

(2) En la Real Academia Española, en la que por estos días fué recibido Don Cándido Nocedal para ocupar la vacante de Revilla.

(3) En este mismo año de 1860, fué, en efecto, llamado a la Academia francesa el célebre P. Lacordaire, para ocupar el asiento qus el P. Ravignán había rehusado.

mi cuadrito, cosa ligera y de circunstancias, el que pasadas aquellas en que se escribió pierde de un todo su interés. Quiero evitar a toda costa el desaire inevitable que no se venda ni uno, y que la benévola y augusta persona que se ofreció a costear su costo en favor de los heridos, haga un desembolso que nada reporte a éstos, y a mí, a quien tiene la bondad de apreciar, un desaire. Si por desgracia estuviese empezada la impresión, suplico a usted, por Dios, que se suspenda la impresión y que me mande usted la cuenta del librero, que yo la abonaré. El Infante no se volverá a acordar de semejante cosa, y si acaso sucediese se le dirá que yo mandé suspender la impresión. Pero ahora queda otra cosa. De la primera parte recibí cuatro números cada día, pero de la segunda sólo uno. Este lo corregí y se lo mandé a usted corregido, por lo cual no tengo ninguno.

No sé si habrá usted notado que viene en la Revista sevillana; esto ha sucedido por empeño de Fernández. Ahora bien, yo no puedo darle la segunda parte corregida, y menos con las cosas que he añadido, en particular aquella que se refiere al Conde de Eu. Mi empeño y súplica con usted es que si por suerte no los ha perdido, me los remita con los dos últimos folletines que añadí, así como los materiales para el apéndice. Me figuro que después de tanto tiempo todo eso estará traspapelado, lo que suele suceder a esas cosas cuando no sirven en el acto. Esto lo deseo por tal de que salga bien y completo en la Revista.

No me crea usted *desesperada,* como suele decirse, por lo ocurrido a esta mi obrilla de *circunstancias*. Estoy tan hecha a reveses, a que TODO en este mundo me se vuelva hiel, que las cosas han acabado por hacerme poca mella. Siento tan sólo el que *El Reino* anunciase su re-

producción, y haberlo yo escrito en Alemania y a la Habana, así como siento el que no saliese la traducción que ha hecho Forteza, por la promesa que yo había hecho al autor Mr. de Lamotte. En lo demás, una y otra cosa me pueden ser, y me son, indiferentes. Perdone usted, mi muy querido amigo, que le diga que usted no debería haber admitido el cargo de correr con esa impresión, en vista que no podía *materialmente* por falta de tiempo, y debería haber aconsejado que la hiciese aquí Alvarez (1), bajo mi inspección, que habría corregido las pruebas y dado prisa como que era la interesada, y se habría concluído en cuatro días. Ya no es posible que salga a luz, y, sobre todo, con la ostentosa pretensión que sirva su venta para los heridos. ¿A qué viene esto cuando el entusiasmo ha pasado? ¿Cuando la plebe grosera que miraba la guerra a la manera de las fiestas de toros, y los quería bravos y feroces, y sangre y emociones, se ha enfriado con la paz, y los periódicos de la oposición dan el escándalo de desprestigiar la más gloriosa, la más necesaria, la más racional y deseada paz? (2). ¿A qué entrar sobre cadáveres en Tánger? ¿A qué? ¿Y por qué se mal mira? ¿Por qué la ha hecho el que la ha hecho? Si los periódicos que hablan contra la paz pudiesen ver la indignación que causan en todo el público sensato de las provincias, puede que se contuviesen en sus mal intencionados asertos y reticencias. La injusticia llevada a ese grado traspasa su objeto,

---

(1) Francisco Alvarez, conocido impresor de Sevilla.

(2) El 25 de Marzo se habían firmado los preliminares de la paz; el 26 de Abril se firmó el tratado de Tetuán. El entusiasmo popular, que pedía, según la frase de entonces, *una guerra grande y una paz chica,* y pretendía que se pasase el Fondak y se entrase en Tánger a toda costa, dióse por defraudado, obstinándose en ver en la paz el fracaso de una guerra gloriosa. A este ambiente de hostilidad a la paz hace referencia la carta.

como un proyectil lanzado con demasiado coraje. La injusticia de que es víctima el gran Caudillo, le está dando más prosélitos que su misma magnífica conducta en Africa. ¿Y qué, Dios mío, no se dirá en el extranjero!!!!! ¡Jesús! ¿Qué quieren? ¿Quién reemplaza a ese gran hombre? ¿Quién? ¿Quién? Pensar en paisanos para ser presidente, es disparatar, pues el Ejército que, es la *fuerza,* por consiguiente, el que manda, no los quiere; de rodilla sería preciso que rogase la nación a O'Donnell (1) que no soltase las riendas del Gobierno.

Esta es la opinión, si no de Sevilla y Corte, de todas las gentes sensatas de las provincias, aun de aquellos que más opuestos fueron a O'Donnell en un principio y se le considera como el solo salvador posible para la España en el desenfreno revolucionario que ha despertado el apóstata Napoleón en Italia (2).

¡Cómo ha corrido la pluma! Pero los ánimos están tan inquietos, las oposiciones de todo género están tan a la vista, llamando calamidades sobre este desgraciado país, que cuando se habla de nuestra situación, que Dios quiere hacer buena y los hombres se empeñan en hacer mala, no

---

(1) Fernán escribe aquí y más abajo el nomere de O'Donnell solamente con las iniciales O. D. También escribe solamente con una N. el nombre de Napoleón pue viene después.

(2) Refiérese, como se ve, a la *cuestión de Italia* y a Napoleón III, quien dominado por Cavour, o de acuerdo con él, desató los vientos de tempestad que dieron origen a las invasiones de Garibaldi y a la soberanía de Víctor Manuel en los Estados Pontificios. El Papa había excomulgado pocos días antes de la fecha 6e esta carta, en su Encíclica de 26 de Marzo, a los invasores y usurpadores, y estos hechos habían despertapo vivamente los sentimientos tradicionales de adhesión al Pontificado de la España católica, que veía, como Fernán, con profunda satisfacción inclinarse al Gobierno del lado de la defensa de los intereses pontificios, en la que llegó a iniciar, aunque sin éxito, gestiones diplomáticas que garantizasen el poder temporal del Papa por acuerdo internacional.

se sabe cuándo acabar. Así, perdóneme usted tanta majadería y créame su mejor amiga,

CECILIA (1)

(1) Los cargos que hace Fernán a Cañete en la presente carta, aunque moderados y sin hiel, disgustaron al crítico en gran manera, exasperándole al extremo de hacerle tomar la pluma y escribir, tras un difícil y laborioso borrador de donde la trascribo, la empecatada carta que sigue. Es muy de sentir que la muestra casi única de la correspondencia de Cañete con su amiga que entre estos papeles se conserva, presente tan fosco y malhumorado al servicial y bondadoso amigo de Fernán.

Madrid 4 de Abril de 1860

Amiga y señora mía: Acabo de recibir carta de usted del 2, y aunque abrumado de ocupaciones y recientísimos pesares, no puedo dilatar ni un momento el contestarla. De todas las cosas de este mundo ninguna me hiere tanto como la injusticia, y usted es hoy profundamente injusta conmigo. Comprendo que tenga usted impaciencia por ver salir a luz su linda obra, más que nada porque surta el mejor efecto posible para el objeto a que la consagra; comprendo que las circunstancias que rápidamente han sobrevenido no son tales como todos las deseábamos. Pero ni esta es razón para que suceda con el libro lo que usted teme y yo no espero, ni se podía hacer *por el aire* una edición como la que se me encargó hacer, so pena de que fuese una porquería. La que se está ya encuadernando se halla muy lejos de serlo, y para que fuese lo mejor y más atildada y correcta que estuviese en mi mano, he tenido que robar más de una noche horas al sueño a fin de corregir cada pliego minuciosamente segundas y terceras pruebas, porque los quehaceres, que me dan escasamente para vivir, no me han permitido otra cosa. Dice usted que he hecho mal en encargarme de esa impresión, que, sin embargo, saldrá a luz mucho antes que el *Romancero de la guerra de Africa,* destinado al mismo objeto (bajo condiciones más difíciles, porque ha de ser mucho mayor su precio, como que es de gran volumen) y que no ha empezado, ni en algunos días empezará aún , a imprimirse. Tiene usted razón, mi muy querida amiga. Su carta de usted me ha convencido de que he hecho mal, muy mal, en aceptar ese encargo, y por ello pido a usted mil y mil perdones. Permítame usted, no obstante, que con la franqueza propia de mi carácter, le diga a usted dos cosa: 1.ª Que Alvarez habría hecho, aun a la vista de usted, una edición mucho peor que la que aquí se ha hecho, y recibirá usted por el correo de un día a otro, para que se persuada usted de que yo no acostumbro traspapelar nada de lo que se me confía. 2.ª Que no ha hecho usted bien en apresurarse a reimprimir en la *Revista* una obra que se estaba reimprimiendo para objeto tan sagrado con el consentimiento de usted.

Por lo demás, creo que el libro se venderá, y pronto. Por dicha nadie confunde (si en Sevilla sucede, aquí y en otras poblaciones no) el desacierto del Gobierno en *el modo* de hacer la paz, con lo que todo buen español debe a los que han vertido su sangre en defensa de la

Sevilla 11 de Abril de 1860.

No me sería posible, mi muy querido amigo, describirle el dolor que me causó su carta. ¿Yo? ¡Yo injusta con usted! Es cierto que siendo lo injusto traspasar los límites de lo justo, si fuese dable el poderlos traspasar en sentido de lo bueno con usted, yo había sido injusta en pensamiento, sentimiento y palabras. Ahora bien, como que no puede ser esto, si he sido injusta como usted dice (o a usted se le figura), lo he sido en sentido inverso! ¿Sobre qué bases funda usted este cargo? Eso es para mí del todo incomprensible. ¿Será en que su impresor no haya impreso en dos meses lo que en cuatro días imprimió en *El Reino,* y que, como usted hubiese hecho en mi lugar, no deseaba que un mal *impromptu* de la guerra saliese a luz después de hecha la paz? ¿Que mi cuadro se quejase de ello?, bien; ¿pero usted? No sé por qué. Ignoraba del todo que usted se tomase el pesado y horrible trabajo de corregir las pruebas, siendo una reimpresión y estando ya corregido por mí el original. Así es que, aunque sea ignorancia en mí, no justifica en usted el cargo que me hace de profundamente injusta; justifica, o por mejor decir, anula, el de ingratitud que pudiera usted hacerme; no porque no deseaba que saliese ya una cosilla mala de circustancias, sino por no haberle dado a usted, como debía, las más sentidas y sinceras gracias; pero no es tarde si usted las quiere recibir como deuda para mí muy dulce de pagar,

---

patria. Pensar otra cosa del buen corazón de aquellas clases que comprarán indudablemente el libro por ser de usted y por el objeto a que se destina el producto de la venta, es ser tan injusto con nnestro pueblo como lo es usted con su siempre apasionado y agradecido amigo,

Manuel Cañete

No se de qué traducción de Forteza me habla usted.

pero muy cruel, si considero el abuso indelicado que de su tiempo se ha hecho!

Dice usted que no he hecho bien en *apresurarme* en reimprimir en la *Revista* una obra que se estaba reimprimiendo. Si usted hubiese mirado bien mi carta, habría visto que se ha hecho del todo contra mi parecer, por no creerla digna de la *Revista;* pero que insistiendo Fernando y Fernández (quizás con la idea de que quedasen consignados en esa publicación algunos rasgos de la guerra de Africa), ni *pude,* ni *quise,* ni DEBÍ oponerme a ello, siendo sus dueños hombres de los que más aprecio y quiero en este mundo.

No sé cómo puede usted comparar para su venta el mérito de un grueso volumen de *poesías,* compuestas por los primeros literatos del país (1), con mi juguete! El uno se venderá *siempre;* el mío sólo en el momento. Usted cree que no; mucho, mucho me alegraré ser yo, y no usted, la engañada.

Con mi minucioso y descansado don de orden me se traspapelan papeles de alguna más importancia que la cáfila de enmiendas, apéndices y cartas que de prisa y sin orden he remitido a usted. Si a usted no se le han traspapelado en dos meses, le declararé el Fénix de los hombres de orden y cuidadosos.

He molestado varias veces a Forteza, recordándole la impresión de una traducción que hizo él de una obrita muy útil francesa, y al nombrársela a usted sólo fué una idea decir que yo había estado tan pesadita, recordando la una como la otra, suponiendo que Forteza hubiese hablado a usted sobre ello.

---

(1) Refiérese, como puede comprobarse por la carta de Cañete transcrita en la nota anterior, al *Romancero de la guerra de Africa.*

La carta de usted está contestada, y, sobre todo, están en ella las más sinceras y sentidas expresiones de mi gratitud por haber usted mismo cuidado de las pruebas. Conservo esta carta, no con el fin de releerla (soy poco amiga de renovar amarguras y tengo por máxima la de mi padre: *olvidar es lo mejor);* pero para enseñársela a usted algún día, y que, dándose golpes de pecho, me diga: «la escribí en un momento de mal humor», y yo le conteste: «Así la consideré desde el primer día y en nada menoscabó la sincera amistad de su mejor amiga,

CECILIA

Aunque cree usted (si no mío individual) individual o exclusivo de Sevilla el modo de mirar la paz a toda costa, que era necesaria, y el seguir la guerra, imposible, está usted en un error. Esta manera de ver no es sólo de Sevilla, no; pero lo es señaladamente de todo el Ejército; lo que sabemos, tanto por el innumerable número de los que han venido aquí a curarse, como por todas las cartas que del campamento recibimos todos, en las que se muestran bien disgustados con los periódicos de la oposición.

20 de Abril de 1860.

Recibí el cuadro que sirve para exponer el hermosísimo *prefacio* que lo avalora, cabalmente en los días aniversarios de los más atroces de mi vida. Parecía que el consuelo enviase por el correo el más bello de los auxilios de que dispone, y hacía pensar que la amistad, celosa de la caridad que hacía a manos Reales confeccionar hilas de holan para los heridos del cuerpo, las hacía confeccionar por las más altas inteligencias, con dulces inspiraciones

poéticas, para alivio de las heridas del corazón. Sí; pues cuanto usted dice son, no verdades, sino dulces y poéticas inspiraciones del corazón. De ellas sólo han gozado hasta ahora mi hermana y sobrinas, pues en estos días de feria nadie se ve, se oye, ni se entiende, y así ni Fernández, ni Fernando, han visto el precioso trabajo de usted, sobre el que escribiré a usted despacio. Ahora no puedo hacerlo; tengo huéspedes (o yo soy huéspeda en mi casa, porque mis sobrinas han traído su cocinero y demás criados) y han traído cuatro niños muy buenos y monos, pero muy mal criados, que están jugando alrededor mío y queriendo ver *tampas* y no me dejan un momento; así me reservo para escribir a usted con más despacio. Esta no es más que un recibo, una *cédula de vida,* y un *certificado* de gratitud.

Estoy todavía con un espanto agradable de haber visto la primera cosa mía que se ha impreso sin faltas, omisiones y disparates! Está magnífica, elegante, decorosa; todo lo tiene. Sólo se omitió al fin que la comida era de *estudiantes* y el brindis por el abrazo al que le llevase la noticia, no de los triunfos, sino de la toma de Tetuán, que los reasumía y coronaba todos. Tetuán, su querida ciudad santa, Tetuán, cuya toma se celebraba en la comida (1).

Perdone usted estos garabatos, pero humanamente no puedo escribir.—¡Uno me tira,—otro me jala!

Soy de usted su más agradecida y mejor amiga que desea escribirle con sosiego,

CECILIA

(1) El apéndice que acompaña al cuadro *Deudas pagadas,* termina contando que en una comida dada para celebrar la toma de Tetuán, dijo uno de los comensales: «Brindo por el abrazo que daría el emperador de Marruecos al que le llevó la noticia de la derrota de los suyos.»

Deseaba Fernán, y así lo expresa en esta carta, hacer constar que la comida era de estudiantes, y el brindis por el abrazo que el emperador daría al que le llevó la noticia de la toma de Tetuán. Ambas correcciones pueden y deben ser hechas en las ediciones sucesivas de este cuadrito.

9 de Septiembre de 1860

Señor y amigo:

Siéndolo muy sincero de usted, le pongo dos letras para decirle que Mr. de Latour me escribe que de todos sus amigos de España, entre los que menciona nominalmente a usted, ninguno sino Trueba y yo le hemos escrito. No lo pone en tono de queja, pero basta el hecho para dar lugar a que se tache, con harta razón, a los españoles de ingratos. Se lo aviso a usted, así como que regresa a principio del mes que viene; quedándole así a usted poco tiempo (si es que quiere hacerlo), para escribirle a Paris, Rue de l'Université, N.° 38.—Creo para usted esta relación, no sólo a lo sumo agradable, pero (si no hoy, mañana) muy útil.

Su más sincera amiga,

Fernán

Ha traducido y se están imprimiendo *Deudas pagadas,* que según he escrito a usted se venden aquí al escandaloso precio de 9 reales, robando 3 a los heridos.

11 de Octubre de 1860

Pocas palabras, mi querido amigo; no trato de molestarlo, sino de proporcionarle el hacer una cosa que será grata a nuestros queridísimos Infantes, trasladando a su periódico ese trozo que ha salido aquí en *La Andalucía,* notable por las preciosas coplas populares que contiene. Excuso decir a usted que *para nada* tiene que sonar mi nombre, pues como usted recibe *La Andalucía,* nada extraño tiene que lo copiase. Tampoco lo tendrá que copie

usted de *El Avisador Sevillano* el *compte rendu* de la llegada de SS. AA., que está muy bonito. Está puesto por el redactor del periódico, el pobre desgraciado Cnatillo, el moderno Sísifo luchando siempre contra la mala suerte, emprendiendo de continuo un penoso trabajo sin éxito. El pobre *Avisador Sevillano* rodará abajo como todas demás sus empresas, pero entre tanto tendrá un día de gozo; aquel en que se vea citado y copiado por *El Reino,* periódico de la Corte y de los de más crédito, gracias a su redactor.

Quédese usted con Dios y que usted lo pase bien, y se acabó mi cuento, con sal y pimiento.

FERNÁN

¿Ha visto usted en *El Español de ambos mundos* el anuncio del Sr..... (1) de mis escritos, sin pedirme licencia ni decirme una palabra, cuando tengo de su puño y letra escrito hace dos años que se había concluído la edición!! ¿Ha visto usted qué robo, cuando me escribió que *era muy rico,* y no necesitaba mis escritos para medrar? ¡Cuando en una de las cláusulas del primitivo y único contrato firmado por ambos y nuestros testigos estipulé que no se podría vender cada tomo a más de 7 reales en rústica y 8 a la holandesa, ponerlos en un precio loco, disparatado, y yo pasiva espectadora de tanta picardía unida a tanta grosería! Mi solo deseo sería de vender la propiedad de mis obras a Rivadeneira, y que éste, entonces, con los datos que yo le diese, la siguiese bien la barata (?) al rico y orgulloso Sr.....—¡Y hacer estas picardías con una pobre viuda desvalida, que nada puede hacer contra él

---

(1) Omito el nombre de un conocido editor.

sino tener paciencia! En Leipzig han hecho una edición mía *española,* además de tres traductores que imprimen sus traducciones. ¡Qué injusticias! ¡Anda con Dios! ¡Paciencia; no hay Cirineo como ella!

(Sin firma)

[1861]

Mi querido amigo:

Aunque con un abatimiento para el que no hallo tónico, escribo a usted para remitirle esos pocos renglones, impresos en *La Andalucía* en una carta de su corresponsal de Madrid. No es elogio, pues es de un contrario, pero es una justicia que en esta época alza a un hombre a una altura *excepcional.* Mi satisfacción por su noble y leal conducta, que tanto me simpatiza, es turbada por la idea de que nunca menos que ahora han cabido *honra* y *provecho* en un saco. ¿Qué va a hacer el que no vende su pluma? ¿Cómo no se le pone a usted a la cabeza de *La Gaceta?* En fin, perdone usted que mi amistad e interés se metan en camisa de once varas.

Ya ve usted, mi querido amigo, que el inconcebible tedio que me tienen se hace luz por todas partes. ¿En qué se funda, Dios mío? Sólo en que defiendo con convicción y calor la Religión. ¿Me he metido yo con *individuo* alguno? A nadie he nombrado jamás sino para celebrarlo, y, no obstante, lo que a mí me sucede no ha sucedido a nadie. Apenas se nombra o se traduce un autor nuestro se cacarea esto, y en razón, en todos los periódicos. Ninguno ha dicho, ni por referencia, que estaba yo traducida en cuatro o cinco idiomas. Entre los muchos artículos que se han escrito sobre mí en el extranjero los hay de

Mr. de Latour, Mazade, Wolf, el sabio obispo de Paderborn, el ilustrado Vicario de Polonia, de Dickens, de Chambers, y en cuanto a Tickor (1), me ha llamado *genio*. De nada de esto se ha dicho una palabra; y un mal y desconocido periódico de París ha escrito uno de crítica y burla contra mí, y, no bien salió a luz, cuando corregido y aumentado lo publica *El Comercio*, de Cádiz. Porque el Doctor Hossaens visitaba mi casa, por las suposiciones más falsas y gratuitas se atreve el insolente Castelar (¡qué bien viene el Don con la Señoría!!) a meterme a mí en un asunto que no tenía para mí el menor interés, pues no era persona Federico G. de Prusia que me podía simpatizar, y *La Discusión* lanza sobre mí un fuego graneado de escarnios e insultos. Ahora que el señor Amador de los Ríos hace una celebración de mí, toma *El Contemporáneo* la pluma de un muchacho, que me han dicho es hijo de un boticario de aquí, para decir que exagera la galantería el Sr. de los Ríos, y que si en Alemania me se celebra, es porque tengo sangre alemana. Me alegro que los alemanes tengan esa consideración a su sangre, pues la que tengo española (que es toda, no sólo por mi madre, sino porque renovándose cada siete años y habiendo vivido, con cortas interrupciones, toda mi vida aquí, van muchos siete años en que se ha renovado esta sangre española) no me da aquí derecho, ni motivo, para ser bien acogidos mis escritos, como sucede por allá. Pero siguiendo la lógica del señor de *El Contemporáneo*, sea el dicho hijo del boticario, que era (y será) demócrata, o del señor Valera, que pertenece a ese periódico de todas armas contra O'Donnel, ¿me querrá decir si tengo también san-

(1) Seguramente se refiere Fernán al escritor norteamericano e historiador eminente de nuestra literatura Jorge Ticknor.

gre francesa, inglesa, belga y americana que expliquen los elogios que personas completamente desconocidas de mí han hecho de mis escritos? No se puede llevar más allá la malevolencia, la acritud y el encono. Contestando a la malévola y necia nota en que por herir el fallo del Padre Valdivieso dice que son católicas las novelas de Doña María de Zayas (que yo no he leído y sólo conozco por su fama), niega que yo haya convertido la novela en católica, sino que he aplicado la novela a la política para ensalzar el antiguo régimen y condenar la civilización de nuestro siglo, lo que es un catolicismo *nuevo* (neo católico) yo le diría que C. nuevo sólo puede llamarse el que introduce innovaciones en él.—¿Tengo yo acaso el saber, el talento, la audacia y falta de ortodoxia del Sr. Castelar para crear un nuevo catolicismo? El mío, que ha combatido siempre, combate y combatirá a todos los enemigos que lo ataquen, lo persigan, lo insulten, lo desfiguren o desprestigien en su cabeza el Papa, en sus ministros, en su culto, en sus sentimientos y creencias, es el viejo; es decir, el mismo eterno catolicismo que fundó J. C., dándole por cabeza San Pedro. De manera alguna tengo yo pretensiones a nada, pero mucho menos a haber creado ningún *género;* y la novela religiosa no la han creado, ni *Pablo y Virginia,* ni *Atala,* ni menos Doña María de Zayas; la ha creado el Cardenal Wissman (1), haciendo lo que Walter Scott con la historia política, con la religiosa; obras magníficas, llenas de saber y de estudios, dignas de las altas y sabias inteligencias que las han escrito, Newnan, el abate francés cuyo nombre no recuerda en este instante mi infeliz memoria, y los Jesuítas en su magnífica, aunque pesada,

---

(1) Es, sin duda, el nombre mal escrito del célebre arzobispo de Westminster Nicolás Wiseman, autor de la novela *Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas* (1802 - 1865).

obra del Judío de Verona, pero muy lejos de mis cortos alcances.

Es falso que yo me oponga a la civilización; y así, una de dos, o esos señores no han leído mis escritos, porque les empalaguen, aburran o no simpaticen, lo que es muy natural en contrarios, y aun en amigos, pero entonces hacen mal en hablar de ellos como críticos competentes, o si los han leído, me hacen responsable de lo que pongo en boca de mis héroes; y entonces ¿porqué no me llaman liberal cuando leen estas razones que pongo en boca de un liberal a su amiga realista?...—«Te has empeñado en ser el Quijo»te del siglo XIX. Verdad es que cuando en otras oca»siones te he dicho eso mismo, me has contestado que no »te pesaba ese dictado. No niego que D. Quijote será »siempre para las almas elevadas y nobles un bellísimo »tipo en su esencia; pero en cuanto a su forma, si era hete»reogénea en la época en que escribió Cervantes, ¿qué »no será en la nuestra? A eso me opondrás, como sueles, »que cambian las formas, pero la esencia no muda, y que »un autor francés responde a la archivulgar frase de «*el* »*siglo marcha*», que no parece sino que los modernos sa»bios creen que los antepasados habían cortado las alas al »tiempo. Pero permíteme que te haga observar que no es »lógico que des por supuesto que haya sido siempre la mar»cha de los siglos progresiva, y quieras detenerla ahora. »Hagamos un convenio, Carlos mío, basado sobre mutuas «concesiones; yo te cedo la esencia, concédeme tú la for»ma, y desechando los fatales odios de partido, desdeñan»do ambiciones personales y predominios de amor propio, »ajenos de ambos, unámonos en el santo y grande senti»miento de amor y anhelo del bien de nuestra patria, en el »deseo de la conservación de todo lo noble y santo y en el »progreso de todo lo bello y útil. Yo, adalid de la innova-

»ción,no deseo que reine como usurpadora, sino como »buena compañera de lo existente; quiero halagarlo con »dulzura y razón al desvincular su poder, y no irritarlo »con altanería y desprecio; quiero respetar lo que él res- »peta, para que él acate lo que yo acato; y así, hacer que »caminen unidos la innovación y lo existente con paso »lento, pero seguro, hacia el progreso; pero progreso tan »palpable que todos lo reconozcan como tal, y no lo miren »y teman como a embozado enemigo; porque conozco, »Carlos, que si bella es la ancianidad cuando acoge y son- »ríe a la juventud, más bella aun es la juventud cuando »acata y respeta a la ancianidad. Si todos los que pien- »san y sienten como tú y yo se uniesen en bien del país, »esto sería lo que acabase con ambas intolerantes opi- »niones extremas, y con ese desgraciado germen de discor- »dia que siembran hombres de mala índole, los cuales me- »dian en el caos de desorden que forman las ideas y los »hechos. A mí, como franco y generoso innovador, me »toca alargarte mi mano de amigo; a ti, como fiel y leal »conservador, estrecharla sin desconfianza. ¿Me rechaza- »rás? ¿O querrás que te aplique lo que decía Lamartine de »Bonnald y de Maîstre:—«Son profetas de lo pasado, an- »cianos de ideas, que saludamos con veneración. Para- »dos en el quicio del porvenir no quieren entrar en él, y se »detienen para oir los bellos y solemnes gemidos de las »cosas que mueren en el espíritu del hombre»... Usted conocerá que no son estas todas mis ideas, pues ni aun la poética frase de Lamartine la admito sino en su primera parte; porque no sé qué cosas pueden dar bellos y solemnes gemidos y morir en el espíritu del hombre; no serán las materiales, y las morales no mueren.

Así he pintado yo un liberal de buena ley. Con los mismos bellos y nobles colores lo he pintado en *Elia,* en

el Servilón y el Liberalito, en que hace éste un papel tan lucido y tan deslucido el buenísimo Servilón. Creo que no ha existido un escritor más imparcial que yo cuando he pintado un tipo español; pues sin faltar a la verdad he procurado embellecerlos todos, siendo tanto más de agradecer en los extranjeros que me celebran, cuando todo mi afán ha sido combatir y ridiculizar el extranjerismo, hasta en sus individuos. La crítica en España es su baldón, pues casi toda está en manos ineptas, sólo y únicamente guiada por espíritu de partido o camaraderías, no viéndose casi nunca un artículo de ella firmado por hombres de saber, de talento, de imparcialidad y de experiencia. No obstante, el caballerismo de las costumbres españolas había hecho que hasta ahora solo coronas, flores y facilidades más o menos merecidas se hubiesen prodigado en la prensa periodística a las señoras. Sólo para mí se ven en ella esos sarcasmos, esos intencionados olvidos, ese desdén y falta de respeto en las gacetillas, esas historias burlonas de sarcasmos sobre *La Andalucía,* dedicados a mí; esos epítetos de *musa neo-católica,* de *cantor de las glorias fósiles del neo-catolicismo;* ese afán en traducir *sólo* y *únicamente* lo que me zahiere. ¡Yo estoy atónita! A eso me dirán: «¿por qué se metió usted en política?» No es cierto. No me he metido nunca en política. Para pintar *cuadros de costumbres* de mi época, difícil hubiera sido omitirla. Además, ¿para qué sirve la decantada libertad de imprenta? He hablado contra los vicios de la época, como han hecho todos los escritores moralistas de la suya, así en libros como en teatros. Ningún siglo se ha picado, ni ha perseguido al escritor por eso, sino el amargo y orgulloso siglo presente, y esto en España. Algunas veces llega a mí un consuelo en mi profundo abatimiento. La suerte me colmó de todos sus dones, sin faltar uno; la dicha me

rodeó de las personas mejores y más amantes. La desgracia todo, todo, todo me lo arrebató. Mi situación, excepcionalmente desgraciada, debió abatir mi espíritu, que fué vivo y alegre, pero nunca fuerte. ¿Qué extraño, pues, es que en mi soledad y desgracia, una tan inmerecida malevolencia me abata? A otra persona exaltaría; a mí solo puede abatirme; estos consuelos es claro que me los envía Dios, que quiere sean escritos y público el vejamen y los insultos. Estos renglones contenía una carta que recibí *anthier (sic)* de París: «J'aime l'auteur, parce que dans la periode descendente et triste de ma vie, la connaissance de ses ouvrages a produit sur moi l'effet d'un eveniment heureux en m'ouvrant un nouveau monde apropie a ma manière de sentir, source infinie de douces emotions dans la quel j'ai de couvert ce nouveau monde resté pour moi jusqu'alors indéchiffrable, &.» – ¡Como abuso de su paciencia, de su amistad y de su (espero) momentáneo *farniente!* Perdóneselo usted a su mejor amiga,

CECILIA

Alcázar, 11 de Mayo de 1862

Mi querido amigo:

Son las seis de la mañana e inauguro el día con esta carta, para que después de Dios sean para usted las primicias de mi corazón. Se las debo por respuesta a su carta, por gratitud al agradabilísimo conocimiento que le debo [de] su amigo, ese hijo de las montañas que, al adquirir la cultura de la Corte, no ha perdido ese sello de honradez y buena fe de su país, que vale más que todas las culturas de ésta, pero que cuando a ella se une, la ennoblece

y eleva (1); y, sobre todo... por su retrato. Es usted, no hay duda; es su mirada, es *algo,* pero *aumentado* con diez años más y *corregido* con un embastecimiento de facciones, dignos del instrumento de Daguerre, la más descarada antítesis de la adulación, o lisonja. ¡Qué corrector es el tal instrumento! ¡Pobre original el que a él se entrega! No he visto aún una de sus obras que me haya dejado satisfecha. Contrapuesto con el recuerdo que embellece, cuando se encuentran ambas imágenes, la que aplasta sobre la cartulina la máquina y la que conserva en la mente el cariño, parecen haber aprendido del espíritu de partido a pintar una misma cosa de tan distinta manera que la misma cosa no es la misma.

Quisiera reñir con usted, por lo fuera de relaciones que nos ha puesto su obstinado silencio; pero Fernández de Velasco me ha asegurado que sigue usted siendo mi tan sincero y tan *parcial* amigo, que me ha desarmado, y he dicho: *A pique, a pique,* como decía el padre de mi alma, no ya de las quejas amistosas, sino de los agravios y ofensas.—Usted dice: «mi pluma, que es una brillante y luminosa antorcha en la palestra política, literaria y artística, no puede ser una mariposita particular para nadie. Tiene usted razón materialmente hablando y *pensando,* pero no amistosamente *sintiendo.* Dejemos, pues, este punto, en el que Fernández, Fernando y yo solemos tratar como energúmenos acabando por decir: «es preciso quererlo *quand même.*»

---

(1) Refiérese a la visita que le hizo el cultísimo caballero montañés D. Fernando Fernández de Velasco, gran amigo de Cañete. Encerrado casi siempre en su magnífico palacio de Villacarriedo, poseedor de una hermosa biblioteca, de rancio linaje y peregrino y desenfadado ingenio, era un bello tipo de hidalgo montañés, digno de la pluma de Pereda. Puede vérsele descrito en el libro *Pereda.—Glosas y comentarios de la vida y de los libros del Ingenioso Hidalgo montañés,* por D. José Montero. Madrid, 1919, págs. 209 y 210.

Estoy muy sola; casi toda mi familia se ha ido. Rueda, con su mujer y sus hijos; Castilleja, con los suyos, se han ido a Francia para educar a aquellos niños. Mi sobrino Juan, a París, donde está destinado en la Embajada, y todos unidos han logrado llevarse a su madre, mi amada hermana Aurora. Tomás se va con su mujer y su niño a la Exposición. Mr. de Latour, cuya mujer hace tiempo que está en un estado de salud muy malo, se irá a París cuando para la Infanta. Estos Príncipes parece que irán a Inglaterra; ¿ve usted que inmenso vacío va a quedar en la vida de mi corazón? Me espera un verano tan triste y tan solo como en el Zahara *(sic)*. Los amigos vuelan como golondrinas a buscar fresco y gentes, de que carece Sevilla en verano. El niño de Fernanda, aunque sietemesino, está hermoso, y es tan vivo y risueño que le llamo Momus. Fernández pensó en casarse; pero no creo que lo tomase con mucho calor, porque susceptibilidades, han enfriado, si no concluído, este asunto.

La *Revista* murió, como le tiene que suceder a todo cuanto sea literario en esta mi querida Sevilla, que es lo más iliterario de España.

Por un recuerdo mando a usted dos (1). Verdad es que no valen el de usted; pero su amistad les dará el precio de que carecen. Estoy muy triste y me choca ese tinte y tono así en sociedad como en cartas; así es que voy a concluir esta insípida carta, pero no antes de suplicarle que cuando mire ese mamarracho (2) se diga: bajo una

(1) El retrato de la novelista y el cuadro *Vulgaridad y Nobleza*, que acompañaban a la carta.

(2) El retrato que Cecilia enviaba a Cañete, era, sin duda, una fotografía que en artístico marco se conserva en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, y a la que el insigne maestro había concedido puesto de honor en su despacho, lugar en que continua. Lleva una dedicatoria autógrafa, que dice: *A Manuel Cañete. Al mejor de los hombres y de los amigos*. Es un ejemplar, casi desvanecido, de la misma fotografía que va al frente de los *Recuerdos* del P. Coloma.

mala capa hay un buen bebedor; bajo este mal exterior late el corazón de la mejor y más leal amiga,

CECILIA

Si supiese usted todos los percances que me han sucedido con la impresión del Cuadro que le remito (1). Lo imprimí por favorecer a un pobre librero, que me engañó como a una negra; me costó un dineral. Tuve que retirarle la edición, que vendía por su cuenta; no he encontrado un librero que me la compre ni a 2 reales tomo, y ahí la tengo para solaz de los ratones.

15 de Mayo de 1862

Llevé el retrato de usted a Mr. y Mad. de Latour. El primero hizo como yo, dar patente de pesimista calumniador a Daguerrotipo *(sic)*. Después añadió que posó usted en el momento que escribía los artículos sobre *La Cruz del Matrimonio* (2), y yo añadí que la fotografía se vengó aplicando a usted la pena del Talión; esto es, empeorando el original. Pero no es esto todo: esta mañana recibo una esquela de que copio estos renglones: «SS. AA. RR. veulent absolument un portrait de Cañete, et moi donc! Ecrivez le lui. Il est heureux que le votre ait une dedicase; sans cela, vous l'auriez voulu donner, et c'ent éte

---

(1) El titulado *Vulgaridad y nobleza,* como ya queda dicho. Por favorecer, en efecto, a un librero pobre y padre de seis hijos, puso Fernán su cuadro en manos que tardaron más de un año en imprimírselo, lo plagaron de erratas y le dejaron fuera un capítulo que no había manera de intercalar sin descomponer la numeración de las páginas. El agradecido librero, estafó, además, a Cecilia, vendiendo por su cuenta la edición.

(2) La conocida comedia de Eguílaz, duramente atacada en repetidas críticas de Cañete. (Véase la nota de la pág. 63).

un sacrifice pour vous.» Conque ya lo sabe usted. ¿Sabe usted también que tenemos un hermoso Infantito más (1), recibido por esos jóvenes patriarcas con la emoción, júbilo y cariño que si en lugar del séptimo fuese el primer fruto de bendición.

Estoy muy triste. El optimismo nacía y se criaba en mi corazón como una planta indígena; pero de tal suerte se ha entretejido el pesimismo en mi vida y ha luchado con él, que ha acabado por destruirlo. Toda mi familia se ha ido a Francia. Ahora se irán SS. AA. y Mr. de Latour, el *solo* amigo que se interesa por mí de corazón, y la absoluta soledad de corazón es terrible cuando se es desgraciada! Mi familia Arco (2) se van a los baños.

Mucho me se ocurre; pero no le cansaré con explanarlo aquí, y sólo añadiré: es su más sincera amiga,

FERNÁN

9 de Julio de 1862

Mi querido amigo:

He visto a Baus, y desde luego extraño tan poco los extremos de usted por él como lo de él por usted. Pero no me gustan estas visitas relámpagos. Deslumbran, y aparece después la noche de la soledad más oscura. Ha prometido que a su vuelta de Cádiz... ¡siempre en esta vida esperanzas, en lugar de realidades! Le escribo a usted inmediatamente para remitirle las respuestas de las preguntas.

---

(1) El Infante Felipe Ramón, hijo de los Duques de Montpensier. Nació el día 12 de Mayo de 1862.

(2) O sea la de su segundo marido el Marqués de Arco Hermoso, D. Francisco Ruiz del Arco, oficial de Guardias Españolas.

Recibí por Fabián los retratos. El infante me encargó que le expresase a usted mi gratitud, con esa amabilidad *de corazón* que distingue a nuestra amada familia real. ¡Qué hombre es el Infante! Siempre me sorprende con su profundo saber, su alta y universal inteligencia, sus claras percepciones y apreciaciones de las cosas y de los hombres. Unido a éstos, una virtud alegre y estoica a un tiempo, los sentimientos más nobles y amantes, sin afectar en ninguno exceso; todo esto compone el conjunto más perfecto y acabado que puedan hallarse para honrar la humanidad.

No pude entregar el que le era destinado a nuestro querido amigo Mr. de Latour, por haber salido hace tiempo con su mujer enferma para París; pero lo ha llevado Velarde (1), que ha ido con SS. AA. a Londres, para entregárselo allí cuando vaya a reunirse con ellos nuestro amigo. Tamayo se ha hecho cargo de enviar a Madrid, para que se inserte en algún periódico literario, un precioso artículo escrito por aquél y traducido por mí (sin dar mi nombre), en que trata de una sesión en la Academia literaria de aquí; punto de partida para hablar del excelente y simpático Marques de Cabriñana y de su tio abuelo el gran Góngora.

¿Es posible, mi querido amigo, que malgaste su precioso tiempo, que puede emplear en cosas de tanta monta, en hablar de una cosa tan insignificante como *Vulgaridad y Nobleza,* exponiéndose a que caiga sobre usted, no un Vizconde, sino *La Discusión* y *El Contemporáneo*, el más *acharné* de mis enemigos, con todas sus parentelas? Ha llegado el caso, mi querido amigo, de que en Madrid no

---

(1) El coronel D. Miguel Velarde, ayudante del Duque de Montpensier y gran admirador y amigo de Fernán.

me se pueda celebrar, ni aun por mera galantería, como Mr. de Latour en su carta prefacio a la tertulia de Bueno, sin que el Sr. *Contemporáneo* arme todas sus baterías y tire sobre mí. ¡Cuanto agradezco a usted su intención, esta nueva prueba de simpatía y muestra de amistad, no lo puedo expresar! Deje usted a mi alma y corazón saborearla en silencio, que gustosa hago el enorme sacrificio de amor natural y honrado que me procuraría la defensa del valiente y ardiente *Prim* de la prensa, a la paz y sosiego que, como la muerte, trae consigo el olvido del público. Cuando Tamayo, que es hombre, y tan altísimo puesto ocupa en Literatura, piensa como yo y odia esa publicidad, que se ha vuelto al campo de Agramante, ¿qué no haré yo, pobre Davidillo contra tantos Goliatazos?

Voy a imprimir en Cádiz un tomo de artículos morales y religiosos (1) que han salido en varios periódicos, sobre todo en *La Razón Católica*. El librero se ha empeñado en que se pida que sea declarado de texto. ¿Quiere usted creer que quien se opone a ello es mi amigo Fermín Puente, que dice voy a llevar un desaire por varias causas? Dice que no son de ninguna enseñanza mis artículos; que no son los mejores míos, ni forman un *cuerpo de doctrina* que corresponda a ninguna de las asignaturas. Esto ha sido triste para mí; porque yo vivía en la ilusión que si bien para los grandes no, para los niños sí contenían esos escritos enseñanza; además, he visto y he oído hablar de libros de texto que no tienen los requisitos de que habla Fermín. Fermín me ha humillado cien veces más que *La Discusión* y *El Contemporáneo*. Verdad es que todo

---

(1) Lo imprimió, en efecto, con el título de *Colección de artículos religiosos y morales*, por Fernán Caballero. Cádiz. Eduardo Gautier, 1862.

el mundo dice que son esos libros de texto un monopolio. Si viera usted a Aureliano F. G., mucho agradecería a usted que le hablase sobre eso. Y que hiciese el magno esfuerzo de contestar a su mejor, a su más simpática amiga, a aquella que mejor que nadie sabe, siente y conoce lo que usted vale,

CECILIA

Dé usted de mi parte la enhorabuena a la Condesa de Velle, tan distinguida por su talento como por su bondad y finura, por el casamiento de su hija.

27 de Diciembre de 1862.

Mi querido amigo:

Me dice Cervino: «Cañete escribirá a usted». No quiero, al estar esperando su carta, parecerme a los judíos aguardando al Mesías prometido; y le escribo para decirle que he recibido *La Gaceta Literaria* (1). Vi mi nombre entre los colaboradores, en que aparecía como atrevido enano entre gigantes. Como también lo pusieron sin mi venia, ni yo conocer a nadie de cuantos concurren a su formación en *La América,* no lo extrañé, pues estaba allí para llenar un renglón, como un muñeco sin movimiento ni voluntad en una fila de soldados. Pero cuando reseñado sobre *La Gaceta Literaria* supe que era usted uno de los interesados en ella, ya comprendí que era otra cosa, e in-

(1) Publicación dirigida por D. Francisco Escudero y Perosso. Vió la luz el primer número el 7 de Diciembre de 1862. Cesó en Mayo del año siguiente. Publicaba 8 páginas de texto, que salían los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.

ferí que era asunto más formal y más simpático el poner mi nombre; y determiné desde luego, bueno o malo, llevar mi grano de arena a llenar los intersticios de hermosos cantos. Así recibirá usted un articulito mío sobre el *Pére la Chaise* (1), de París, copiado de las cartas que escribí a mi madre durante mi viaje, de donde he sacado *Wartoloo, Aquisgrán* (2) y otros articulitos anteriormente impresos. Se lo puede usted ofrecer, caso que lo crea digno de ello, al señor Director o propietario de esa publicación, con las expresiones de mi gratitud por remitírmela y la súplica de mandar poner la dirección a *Fernán Caballero,* nombre por el que soy generalmente conocida, aun en mi círculo personal, y *único* por el que soy, *debo* ser y *quiero* ser, conocida en el círculo literario. No es esto sólo por el deseo de conservar el anónimo, no es sólo porque *amo* el nombre que me he creado y me ha dado un poco de buen nombre; es también porque nadie quiere o sabe poner mi nombre, y sucede que a no ser yo tan en extremo conocida aquí, jamás hubiera llegado a mis manos *La Gaceta Literaria* con la dirección que trae: a doña Elisa Vals. Esto es casi ofensivo, tanto más, cuanto que es tan fácil poner Fernán Caballero.—¡Qué carta tan sosa y tan de *negocios!* Pero era preciso escribirla yo, leerla usted, que son dos *corvées* a cual más pesadas. Anoche estuvo aquí Fernández Espino; está caído; un remolino llevó a la encina sus hojas, pero queda el fuerte y magnífico tronco; una primavera le podrá hacer reverdecer. Fernando ha ido a pasar las Pascuas a Jerez ¡raro gusto! pero está ensimismado en su completa felicidad. Yo no

---

(1) Este interesante original de Fernán se encuentra entre las cartas que constituyen esta colección. Lo publicamos en el *Apéndice*.

(2) Las relaciones *Aquisgrán y Waterloo* figuran en el tomo de las obras de Fernán encabezado con *Deudas pagadas*.

estoy ni lo uno ni lo otro. Estoy en casa para todo el que llama, y Cervino es uno de los que pueden atestiguar que los que llaman es para quemarme la sangre y que por *ricachet* (creo que es, en lenguaje de billar, carambola), se la queme yo a los demás. Una pobrísima y ancianísima y sencillísima monja, que ha muerto en su convento en opinión de santa, decía a su confesor:—«Padre, tengo un escrúpulo.»—«Nada de escrúpulos,—decía el confesor;—pecados se confiesan.»—«Pero es que creo que no es pecado.»—«Vamos, pues, ¿qué es ese escrúpulo».—«Padre, es el que estoy siempre tan alegre!—A mí, mi querido amigo, no me pasa lo que a la santa monja; pero tengo escrúpulos de estar siempre tan tranquila, aunque no faltan abrojos y espinillas en mi senda; pero, si al pronto me lastiman, ninguno me hiere ni me hace sangre. Será lo basto de mi epidermis, o el haberse encayecido *(sic)*, pero ello es que estoy siempre tan tranquila! Y saludable como una matrona de Arcadia. Hoy, hoy mismo tengo un motivo bien cruel de disgusto. Entré en cuenta y me dije: ¿qué haces? Me contesté a mí misma: Salvar tu dignidad, a costa de cualesquiera sacrificio: y luego acordarte de la máxima de tu sin igual padre: «dando gracias por agravios—caminan los hombres sabios.» Esto hice y la tranquilidad volvió a galope.

Voy a dejarle a usted la suya, concluyendo esta cansada epístola, escrita entre sol y sombra; esto es, entre intranquila y tranquila. Ahora doy a V. un abrazo español que me gusta más que el *cursi* apretón de mano inglés. Su mejor amigo,

FERNÁN

Por Dios, si se imprime mi artículo cuide usted que no me hagan decir los cajistas tanto divino disparate.

8 de Enero de 1863.

Dos letras solamente; no seré pesada y recordaré que uno de los aforismos del Conde de Villacreces es que las virtudes cardinales son cinco: prudencia, templanza, justicia, fortaleza y sangre ligera.

No sé, pero supongo que habrá usted recibido un articulito mío sobre el *Père la Chaise,* destinado a *La Gaceta literaria,* el cual me hará usted el favor de mandar bajo un sobre a D. Faustino Sáez de Melgar, redacción del periódico *La Violeta.* Este pedido es en calidad de reintegro; pues siempre que los redactores de *La Gaceta* lo deseen, les mandaré una cosa algo menos mala y más apropiada a ese periódico. ¿Hacen a usted censor de novelas? *Miserere nobis,* si alguna caigo bajo la férula de usted. Y ni una, ni media palabra más.

La firma está arriba (1).

16 de Septiembre de 1863.

Es difícil, por más que la razón se oponga, resistir a una corazonada; y ésta pone la pluma en mi mano, en el momento en que suelta *La España* que trae la rehabilitación de *Lances de honor* (2). ¡Honor el que ha hecho

(1) Festiva alusión al membrete de la carta, sello en seco, que dice: «Fernán Caballero».

(2) Por estos días se había verificado en Madrid el estreno del drama de Tamayo *Lances de honor* que su autor había dado a la escena bajo el pseudónimo de *Joaquín Estébanez.* Aunque bien recibido del público, una buena parte de la crítica lo acogió hostilmente, y los elementos bullangueros y radicales pusieron, como suelen, el grito en el cielo, ante las tendencias ortodoxas de la obra, aunque aprobando y compartiendo con el autor la tesis antiduelista que en ella se sustenta. Cañete salió a la defensa de *Lances de honor* en varios artítulos publicados en *La España,* haciendo con este motivo un franco y simpático alarde de la ortodoxia de sus ideas, en que siempre inspiró sus escritos.

un lance de honor de presentarse denodadamente como campeón de la verdad ante la mentira que escupe su veneno, ante la indiferencia que calla! ¡Reaccionarios! Bien puesto está el epiteto, pues gracias al cielo esa reacción a los buenos y religiosos principios, es general, y en gran parte nacida de los propios excesos de sus enemigos. En cuanto al *neo,* es el pasaporte para que deje pasar el fiscal de imprenta la palabra *católico;* una vez que ha pasado por esa muy tolerante aduana, nada significa y se puede omitir.

En letras de oro debía imprimirse la primera parte de su artículo de usted; mucha hiel criará, tanto más acre cuanto impotente; porque a tales verdades, tan magníficamente expresadas, no hay contestación ni negación posible. Pero dulcifica el dolor de los creyentes que tienen la desgracia de seguir la marcha antirreligiosa de la era presente, el ver que quedan altas inteligencias (fuera de las consagradas a Dios) que dicen a boca llena *Religión;* que acatan sus preceptos, dogmas y obligaciones. No; no todos somos cobardes y era preciso hacer una Cruzada, si no a Jerusalén, a toda parte en que se grite: «¡Crucifícalo!, ¡Crucifícalo!» ¿Quiere usted creer que me escribe Mr. de Latour que han salido folletos en Francia, impugnando a Renán por haber hablado damasiado bien de N. S. Jesús? ¡Dios se apiade de nosotros!

No sé por qué escribo a usted. Es hablar en un desierto sin eco, pues sé que usted no me contestará. No tengo amigos, o si los tengo son como los que usted pinta de la buena causa: mudos e invisibles. Fernando volvió de Madrid; pasó por aquí sin venir a verme y no me ha escrito de San Lúcar. Fernández no viene a verme. El Duque de Rivas pasa por aquí sin enviarme siquiera un recado. Si escribo a usted no me contesta; de manera que

en el palenque literario nunca hubo nadie más solitario y aislado que yo. Fermín es de temporadas; en la actual desde que empezó *La Concordia* no me ha escrito. El sólo y único amigo fiel, y de caloroso y sostenido interés hacia mí, es Mr. de Latour y su augusto Señor.

No obstante, por tal de servir a una excelentísima familia y a un joven que es ciertamente un portento de saber y aplicación, mando a usted la adjunta súplica de que me han encargado con el mayor empeño, estando muy interesada en ella todas mis sobrinas Castros. Yo no sé ni quién es el director de estudios; pero sé que, como es debido y natural, tiene Aureliano Fernández Guerra la mayor influencia en ese ramo. Si usted, que es su amigo íntimo, le pudiese inclinar hacia mi recomendado, ¡qué cosa tan buena, tan buena haría usted! ¿Y qué hemos de sacar de este miserable mundo, sino el bien que en él hayamos hecho?

Me se olvidaba mencionar a usted entre mis abandonos que D. Cándido Nocedal, que siempre ha sido para mí demasiado bueno, al que habiéndole escrito el pésame por la muerte de su madre, no me ha contestado (1),—exactamente como hizo otro amigo mío. Hablando de muertes supongo que sabrá usted la de D. Miguel Lasso. Mucha falta hará, pues, pues mucho bien hacía a los pobres. La pregunta que suelen hacerme, pregunta tanto más impacientante cuanto se hace sin ningún género de interés por la respuesta, es: «¿Qué escribe usted ahora?», como si yo fuese una máquina de escribir, como las hay para coser. Sin que usted me la haga, le diré que he escrito este verano una novelita llamada *Las dos gracias,* que enviaré

(1) Transcribo literalmente. El párrafo tendría sentido si en lugar de *que D. Cándido Nocedal,* se leyera *el de D. Cándido Nocedel,* que parece fué lo que Fernán quiso escribir.

a Cavanilles en compensación de *La Farisea,* que hace años le regalé, y que me hizo el favor de ceder a *La Concordia.* Creo que nadie ha leído *La Farisea,* y han hecho muy bien, pues no es novela, sino la pintura de un carácter, de una mujer sin corazón. Algunas hay, aunque por suerte son pocas. Lo que sí suplico a usted que lea, si es que se imprime en *La Concordia,* es una traducción que he hecho de lo que dice Gœthe sobre los Sacramentos. ¡Y ver que así habla un protestante y que si yo lo hiciese por mi cuenta me expondría a nuevas burlas e insultos!!! El Director de la Escuela industrial de aquí, Manjarés, ha llevado la solicitud de Antonio López Martínez y la recomendará; pero esto no basta: se necesita la mano e influencia benéfica de usted y de Aureliano. Por Dios, no me la nieguen ustedes en un caso de justicia. ¿Quién niega nada a la justicia cuando pide, no el vigor, sino la recompensa? ¡Carta mía! ¡Llega a tu destino! Que te atiendan, aunque después te olviden, como olvidado tienen a quien te escribe,

FERNÁN

7 de Enero de 1865.

Dos palabras con licencia de ustedes. Señor *Reino,* Señora Academia, Señora política y Señores amigos; dos palabras y me retiro a mi rincón.

Sé que Puente ha encargado a usted de corregir en su ausencia las pruebas de la maldita *Gaviota,* que yo voy aborreciendo tanto como lo hacía Momo, y lo hace el cuñado del Duque de Malakoff. He escrito al Sr. Mellado (y no de los colmillos) que me haga el favor de no mandarle a usted semejantes pruebas, sino que las corrija el correc-

tor de su famoso y rico establecimiento. Así, caso que no atendiese a mi recomendación, haga usted que el cajista que se las presente se las vuelva a llevar, diciéndole que el autor le ha escrito a usted que así lo haga.

He tenido una preciosa carta de su amigo de usted Aureliano. El temor de molestarlo me ha impedido tener el gusto de contestarle, pues veo que el tiempo en Madrid no es oro, sino azogue. Pero puede que le escriba uno de estos días, aunque no sea más que para hacerle rabiar robándole diez minutos con la lectura de mi carta.

Me parecería muy, muy acertado, y un rasgo galante en varios conceptos, el que reprodujese usted en *El Reino* el juicio de Fernández sobre la magnífica obra de Cavanilles; (1) es sucinto; pero, así como una esencia, contiene mucha y poderosa aroma.

Fernando pasó por aquí como un meteoro y se fué a Jerez: de donde no ha vuelto aún.

Las *dos palabras estaban* preñadas, como las nubes de la atmósfera, y han inundado tres carillas! Venga la espada de Alejandro. ¡Adios!

No firmo. Ni mi nombre feminino, *(sic)* ni el masculino (¡mal haya él!) quieren ser editor responsable de tanta sosera e insulsez.

¿Ha visto usted como Fernández ha traducido el precioso artículo de Mr de Latour sobre su amigo de usted González Tejada? (2) Que lo reproduzca *El Reino*.

HE DICHO

---

(1) La *Historia de España* que éste venía publicando.

(2) José González de Tejada, joven escritor y poeta satírico, que acababa de publicar su libro *Anacreónticas de última moda,* acerca del cual escribió Mr. de Latour y tradujo Fernández Espino el artículo a que se refiere la carta, que puede verse publicado en las páginas 534 y siguientes de la *Revista*. (Tomo 6.°).

[Enero de 1865]

Mi querido amigo:

Los que viven en Madrid deberían tener el papel en que escriben timbrado con las señas de donde moran. Como ignoro el domicilio del amigo de usted y mío, F. Guerra, me precisa volverle a incomodar a usted con esta respuesta a la preciosa carta que me ha escrito. ¡Perdóneme usted, que es muy dulce perdonar!

FERNÁN

Sevilla, 11 de Mayo de 1865.

Usted conocerá, mi querido amigo, que como amigo del que escribió el magnífico libro, del que hizo el notable y excelente artículo de crítica literaria sobre él (que ha venido en la revista de usted), y amigo del que, aunque mal, lo ha traducido (1), no puede usted dejar de insertarlo en *El Reino,* diciendo: «*Copiamos de la excelente Revista literaria de Sevilla,* etc. (cuidado que no deseo que suene mi nombre como traductor). Ahora bien, usted conocerá que no estaría bien que siendo la Revista *de usted* y amigos de usted los *tres* interesados, saliese en otro periódico; voy a hacerle notar en ese supuesto unas graves faltas de impresión que han apurado mucho a Mr. de Latour, que está hecho a que en Francia se imprima con más cuidado. Las anoto en la siguiente hoja, y suplico a usted, por Dios, que cuide de que se corrijan,

(1) Refiérese al artículo de Mr. de Latour, que traducido por Cecilia con el título de *Sobre la Historia de España de D. Antonio Cabanilles. Carta a Fernán Caballero,* vió la luz en la *Revista* sevillana. (Tomo 6.°, págs. 597 y sigs.)

pues bien conocerá usted que tan superior trabajo vale la pena de que así se haga, aun prescindiendo de la *triple* amistad que deben hacer que usted se interese en él.

Andrés Lasso está enfermo de mucha gravedad, lo que tiene consternados al gran número de amigos de esa familia respetable. Son calenturas cerebrales; pero yo espero que curará. Usted sabe que es enfermedad que alarma mucho.

Fernández regresó hace pocos días de Constantina, aliviado de su padecer de estómago. Fernando sin encontrar casa para comprarla, como desea, pues esto no es fácil; todas tienen *peros* mayores que los de Ronda, o piden precios desatinados por ellas.

He hablado a usted de sus amigos y no quiero olvidar a Fabián y Pepita, que son tan felices como apreciables, finos y dignos, lo que no es común. Su niño es de lo más hermoso que se puede ver.

Concluyo por no cansarlo y robarle su tiempo.—Usted sabe que su mejor y más simpático amigo lo es,

FERNÁN

Erratas:

Página, 598; renglón 5:

Geoffroy—debe decir Rossew.

Página 602; renglón 11:

Entre las palabras *todo con* debe intercalarse la palabra *abordados,* que ha sido olvidada.

Página 602: (la misma). Dos renglones más abajo dice *autor,* y debe decir *lector.*

Misma página, renglón 28:

Donde dice *alusión,* debe decir *aluvión.*

El autor me ha dicho que no quisiera que viese su artículo el escritor de la obra y el público en un *costume*

aussi négligé. Que se inserte pronto en *El Reino* es mi súplica, querido amigo, para que no nos crean los extranjeros indiferentes a nuestras glorias literarias.

21 de Abril de 1866.

Mi querido amigo:

¡Cuánto tiempo hace que duerme en un paréntesis *(sic)* nuestra amistad! No son días, son años que pasan sobre nosotros, como sobre las personas más desconocidas, sin decirnos siquiera la bonita palabra inglesa *remember*. Pero, en fin, en nuestra amistad hay mucho de la de madre e hijo; por mi parte, la indulgencia; por la de usted, la confianza en ella. ¿No es así?

Voy a interrumpir este silencio, y lo que más le extrañará será que es para reñir con usted.—¡Qué disparate!!! —*Rien de plus vrai*.

He leído en uno de los periódicos semanales que me envían un juicio crítico muy favorable a un precioso tomo de poesías que ha salido a luz, en el que para confirmar sus elogios los confirma con algunos trozos del prólogo que avalora aquél, y que es de usted (1). Hasta ahí todo va bien, y si no al gusto del Monarca, al mío. Pero, en uno de esos trozos, hallo con sorpresa y pena que critica usted la poesía popular y la menosprecia. ¡No puedo ponderar a usted el dolor que esto me causó! Parecía que un abismo se había abierto, si no entre nuestra amistad, entre nuestros gustos literarios. No quiero acudir a la crítica alemana, danesa, inglesa y aun francesa, que en tan alto

(1) El tomo a que Fernán se refiere es el libro *Cantares de don Melchor de Palau, precedidos de un prólogo por D. Manuel Cañete*. Madrid. Imp. de M. Galiano. 1866.

aprecio tienen esas preciosas primicias de la expresión poética; quiero recordar a usted qué cuales son los modelos y puntos de partida de la poesía, que desde entonces bien puede haber sido cultivada y haber ganado en la forma y color, pero perdiendo en su aroma esta flor hija del corazón y de la fantasía; pero que siguen siendo los modelos de los poetas; ¿no son acaso los coleccionistas de tradiciones, santas, históricas y poéticas Moisés, Homero y nuestros romanceros, inspirados, no por el Arte, no, sino por Dios, por la Naturaleza, por el amor patrio y sentimientos nobles y heroicos? ¡Y dice usted que entre abrojos no pueden nacer rosas! Por mí, pienso al contrario; que en ningún estrecho invernadero pueden desarrollarse las flores como al aire libre, que les es propio. No es decir que las obras de arte y de buen gusto, como son en primer término, las de Racine en Francia, don Nicaso (1) y Reinoso entre nosotros, no tengan un mérito grande, admirable; más grande que el de la poesía; pero que ésta se halle más en ellas que en el pueblo, eso lo niego. La poesía no la da el arte. En el apólogo que me atrevo a remitirle, le diré a usted cómo entiendo yo la poesía y su inspiración. Quisiera que volviese usted a hojear el prefacio que D. J. J. de Mora escribió para el tomo de cuentos y poesías populares que di a la prensa. Perdone usted, querido amigo, pero tocarme y menospreciar la poesía popular es tocarme y herirme las telas del corazón, y mediando entre nosotros la dulce confianza que existe, no extrañará usted que este pigmeo saque su espada de tal para esgrimirla contra personas de la talla de usted. El amor da valor y yo me quedo tan satisfecha y contenta

---

(1) *Sic.* Refiérese, como el lector comprenderá, a D. Juan Nicasio Gallego, a quien antes de ahora ha llamado D. Nicasio.

con haber dado esta prueba de adhesión apasionada a mi querida poesía popular. ¿Ha leído usted *Las dos gracias,* novela de costumbres, de su amigo de usted Fernán Caballero? Poco ha perdido usted en no hacerlo; fué un relato sobre un fondo de verdad, que hice de prisa años ha, para regalárselo a Cabanilles. Más vale, y quisiera que usted lo leyese, el cuadro *Vulgaridad y nobleza,* que sirve para pintar y realzar mi pueblo; esto es, el de campo.

He visto anunciado que está usted trabajando en una historia del teatro anterior a Lope de Rueda (1). Ese mismo trabajo tenía emprendido el Padre de mi alma y puede que entre sus apuntes, que poseo, hallara usted datos que le interesasen. Todos los tiene usted a su disposición. Me ocupo, pero poco, de mi otro tomo de cuentos y poesías populares en que entran los infantiles; tengo ganas de hacer lo que mi padre hizo con la *Floresta,* mandarla a imprimir a Alemania, pues aquí nadie hace caso de esas cosas, ni de nada mío.

No veo nunca a Fernández. Fernando está en Ceuta, y aunque interinamente, ya va tiempo que está allí. Elisa está para dar a luz un hermanito a Gonzalo. Los franceses son más apegados en sus amistades. Mr. de Latour, aunque tan lejos de aquí, nunca deja de favorecer a su pobre amiga con sus largas, interesantes e inimitables cartas. Ninguna espero de usted, pero sí que no deje de ser amigo de mí, que soy el mejor y más reconocido de los suyos.

FERNÁN (2)

---

(1) Fernán escribe solamente *L. de R.*

(2) La contestación de Cañete a esta carta se encuentra publicada en la colección del P. Valencina (pág. 290), y la reproducimos en el *Apéndice.* En el mismo lugar puede verse el apólogo *La flor sin cultivo,* que en un recorte impreso remitía Fernán a Cañete con esta carta.

28 de Septiembre de 1867

Exordio:

Amigo... ¡No hay amigos!—¡Qué disparate! ¡No conoce usted a Manuel Cañete! Así es que cojo con brío la pluma, aunque con pocas esperanzas, porque hace cerca de diez años que esta pobre pluma, movida por un impulso de recta justicia y un arrastre de su corazón, trabaja, gime, llora y llama a todas las puertas, sin poder conseguir un humilde acto de justicia! Se trata de una mujer, modelo de humildes virtudes, que hace treinta y cinco años que incesantemente trabaja en la fábrica de tabacos, querida de sus compañeras, bien quista de la innumerable serie de administradores que en este espacio de tiempo se han sucedido, sin jamás haber dado lugar a la más mínima queja, que ve llegar a maestras chiquillas de 19 años, que ve venir a presidir su mesa mujeres que nunca antes habían pisado la fábrica, pero que, contra todo derecho y justicia, entran por este u otro injusto empeño, sin tener ella más que su mérito, su admirable conducta, sus años de buenos servicios, y sin más empeño que Fernán, que es la carabina de Ambrosio! Escribí al Sr. D. J. M. Bremón cuando era árbitro; no se dignó contestarme, ni menos complacer a la justicia en mí, y cuando uno de mis sobrinos *senadores* fué a hablarle, le contestó con inocente cinismo que había pensado hacer el acto de justicia que le pedía, pero que fué un señor rico y le pidió el nombramiento de maestra y se lo dió; esto es, que un funcionario público de tal categoría firmó a un rico como en barbecho y dió a una señora pobre clamando por lo justo el más solemne desaire y negativa. ¡Pobre España! Si esto hacen los buenos, ¡qué no harán los malos! Ha venido aquí un visitador, D. Sergio Suárez, que ha hecho sufrir a los

trabajadores de la fábrica una especie de examen, del cual mi querida y desgraciada *Remedios Apolinar y Recio* ha salido muy bien, y el Sr. D. Sergio se ha llevado cigarros hechos por ella y por otras; pero ¿de qué la servirá esto a la infeliz, que no tiene quien la recomiende y apoye?

Usted querido, conocido, apreciado de *todos* esos señores de altos puestos, usted podría hacer esa bella obra de caridad y equidad, que tantos pasos inútiles ha costado a su pobre amiga. Esta admirable mujer mantiene con su trabajo a una madre y hermana enfermísimas. Voy, mediante Dios, a entrar en un convento (1), porque, mi buen y querido amigo, estoy *cansada* moral y físicamente y apetezco con ansia la paz, soledad y silencio de la clausura; y entraría con un dulce placer si llevase el consuelo que por medio mío se hiciese este beneficio a la que tanto lo merece.

Muchas cosas tendría que decir a usted; pero como le he cansado ya el oído izquierdo, que es el del lado del corazón, no le quiero cansar el derecho. Por Dios, no eche usted en olvido (por más que lo merezca) mi carta. Ni tampoco a la que la ha escrito, que es su mejor, constante y simpática amiga,

FERNÁN

---

(1) La idea de buscar en un convento la paz de que tanto necesitaba su espíritu angustiado, fué acariciada muchas veces por Cecilia, a pesar de la oposición de su familia y amigos. No pretendía con ello ser monja, sino simplemente una señora recogida y asistida en alguna casa religiosa, y para ello habíase fijado en el Convento de las Dueñas de Sevilla, para retirarse, en el cual llegó a tener en su poder la necesaria autorización de Roma. Hízola desistir de su propósito el Cardenal Tarancón, entonces Arzobispo de Sevilla, encargado de refrendar el permiso. (Véanse los *Recuerdos de Fernán Caballero,* del P. Coloma, cap. XXXI.)

30 de Enero de 1868.

Bendito, alabado amigo. Si usted quiere merecer estos epítetos, no sólo de mí, sino de una desgraciada y excelente mujer, *Remedios Apolinar,* que hace treinta y siete años que trabaja en la fábrica de tabaco, ahora es la ocasión, procurando, como me ha prometido, se haga la grande obra de justicia de nombrarla maestra en el lugar de una que acaba de morir. Imposible es que no sea usted amigo del Sr. de Bremón; imposible que un hombre como Bremón no quiera hacer un acto de justicia; imposible que usted, con ese corazón tan imposible de enfriar, como el sol, no quiera hacer una obra de caridad, que al mismo tiempo será la mejor prueba de amistad que puede dar a su mejor amiga,

FERNÁN MAJADERO

Su amigo de usted, que está aquí, Mr. de Latour, también se empeña, y también se lo pide Nuestra Señora de los Desamparados.

6 de Mayo de 1871

No pregunto si vive usted, que lo sé; pero sí pregunto si se acuerda usted de mí. Por mí, aunque mi cabeza carece de memoria, mi corazón la tiene muy buena y con ella recuerdo siempre a los amigos que quiero y con los que he simpatizado. No obstante *(sic),* no le escribiría, por temor de que, así como no le gusta escribir cartas, no le guste tampoco leerlas, a no ser por un encargo que me le da Doctor Hosaens, hombre muy sabio y excelente su-

jeto, que estuvo aquí y en Madrid hará unos nueve años, y escribió artículos refutando los de Castelar contra el Rey de Prusia, y otros combatiendo su filosofía hegeliana. Este caballero, hoy día ayo de los dos hijos del Duque soberano de Anhalt, me pregunta por todos los amigos que dejó aquí, y entre otros párrafos pone este que copio a usted:

«De plus, l'anné passée j'ai traduisis et adoptai au theatre allemand un drame espagnol «La locura de amor», de Mr. Tamayo et Baus, qui fut representée avec beaucoup de succés au theatre granducal de Weimar. Quoi qu'il me parut necessaire de changer plusieurs scenes du drame espagnol j'ai pourtant une bonne impressión de l'art de l'auteur, et j'aurais un grand plaisir de saboir quelque chose de plus detaillé sur sa personne et ses ouvrages. Je lui ai envoyé une lettre et un exemplaire de ma traduction, mais Dieu sait si mon envoi (adressé a la librerie ou son drame a paru) est arrivé a sa destination. En cas que vous le connaissiez dites lui mille choses de ma part et donner lui, je vous prie, mon adresse:

Allemania
A monsieur le Conseiller de cour
Docteur W. Hosaens
Dessau

Duché de Anhalt Allemagne du Nord.»

Puede que si Tamayo pregunta a su librero se halle el envío de su traductor. Si usted me quisiese escribir las noticias que pide yo se las remitiría, de lo que me alegraría por interés, así por el distinguido y simpático autor, como por honra de nuestra literatura.

He perdido una hermana que Mr. de Latour llamaba el

ángel de la familia (1), he perdido a mi sobrina Concha Castro y a mi cuñada Candelaria Arco. Se vendió la casa que en el Alcázar me dió (sin yo solicitarla) nuestra generosa Reina (2); he estado a la muerte de unas calenturas cerebrales.—¡Qué retahila de calamidades, que se juntan con las del país y las de Roma (3), que angustian el corazón!—Hoy ha salido el Infante para su destierro por una orden apremiante de... ¡Serrano! (4) ¡Qué hom-

---

(1) Refiérese a su hermana Aurora, a la que Fernán profesaba un afecto entrañable y de cuya elevación moral y rectitud de juicio tenía un altísimo concepto, expuesto en muchas de sus cartas. «El ángel de la familia está en su patria—escribía a Latour;—un ataque cerebral, hijo de su enfermedad, se la ha llevado en pocas horas. La familia queda sin ángel, sin corazón, pues ella lo era, y sin consuelo».

(2) Triunfante la revolución de 1868, y destronada Isabel II, generosa donante de la casa que en el Alcázar habitaba Cecilia, apresurose ésta a abandonar aquella mansión, vendida poco después, como dice en esta carta, trasladándose a la modesta casa de la calle de Monsalves, que ofrece a su amigo. Constaba ésta de tres pisos, en el segundo de los cuales tenía la escritora su excelente biblioteca. La casa que Cecilia ocupó en el Alcázar fué adquirida en ocho mil duros y pico por un corredor, con el intento de venderla de nuevo.

(3) Las principales calamidades del país eran entonces los Gobiernos breves e inestables, sin autoridad ni prestigio, las pasiones políticas revueltas y enconadas en el breve reinado de D. Amadeo, los desórdenes del socialismo y del republicanismo federal, y la guerra de Cuba, que originaba represalias cruelísimas entre cubanos y peninsulares. En cuanto a las calamidades de Roma, debe recordarse que el 20 de Septiembre de 1870 el ejército italiano había ocupado esta ciudad, después de haber abierto brecha en el muro de la Porta Pía, defendida por los zuavos, y que el día 2 de Octubre un plebiscito dirigido por las auto, ridades italianas anexionó al reino de Italia el patrimonio de San Pedro. mientras Pío IX se clausuraba en el Vaticano. «El inmenso poder de la masonería, el judaísmo absorbiendo la vida económica de las naciones, los progresos recientes del racionalismo y del panteísmo en sus variados matices, el liberalismo enseñoreado de los vacilantes tronos y legislando sin miramientos ni consideraciones para cosas y personas eclesiásticas, y la revolución amenazadora y triunfante en los pueblos latinos; he aquí el horizonte que se ofrecía a la mirada penetrante de Pío IX.» (J. González. *Lecciones de Historia Eclesiástica*. León, 1907.)

(4) Presidía Serrano (1810 - 1865) en la fecha de la carta, un ministerio de coalición liberal. Por la íntima relación que tienen con este pasaje, fuerza será resumir aquí algunos conocidísimos episodios de la vida del Duque de Montpensier y de su intervención en la política española de este período.

bres los de nuestra revolución!! ¡Buenas están las razas latinas!!! ¡Qué degeneración tan espantosa!! He leído el discurso de Ríos Rosas (1), pero soy tan torpe, que después de leído me pregunté: «¿Qué ha dicho? ¿qué ha querido probar?» y no supe qué contestarme.

Pero no quiero cansar a usted más; demasiado le he cansado ya. Roguemos a Dios los buenos que mejore sus horas. Contésteme usted, si quiere dar un vivo placer a su mejor amigo,

FERNÁN

Su casa, Monsalves, núm. 7; pero con poner en el sobre Fernán C., basta.

Fué el Infante, como es sabido, uno de los candidatos a la Corona de España, vacante por el destronamiento de Isabel II. Le apoyaban los unionistas, pero progresistas y republicanos, carlistas y alfonsinos, le dirigieron acres censuras que le hicieron impopular, presentándole como traidor a su cuñada, la ex reina Isabel, y como hombre avaro, cuya sordidez llegaba al extremo de vender las naranjas de sus haciendas por afán insensato de lucro. Llamábanle, por esta razón, *El Naranjero*. Montpensier, insultado en público por su pariente el Infante D. Enrique de Borbón, tuvo la desgracia de matar a éste en un duelo; hecho que acabó de dejarle sin amigos ni partidarios. Puede el lector figurarse el hondo desconsuelo que estos sucesos llevarían al ánimo de Fernán, tan lleno de afectuosa adhesión a los Infantes sus amigos, y el buen deseo con que procuraba envolver la conducta de Montpensier en un compasivo silencio, o trabajar en buscarla piadosas atenuantes. Trabajó también Cecilia ahincadamente en la reconciliación de los Duques y la Reina destronada.

Montpensier se había afiliado francamente al bando revolucionario que destronó a Isabel II, tranquilizando quizá su conciencia con la idea de que D.ª Isabel estaba perdida de todos modos, y puesto al habla con Serrano y otros jefes de la revolución, facilitó para hacer esta tres millones de reales. Ello explica el efecto que produce a Fernán ver al Infante desterrado con apremio (a las Baleares) por el propio Serrano y los juicios que esta conducta la merece. El Infante quebrantó en alguna ocasión su destierro, acerca de lo cual puede leerse un curioso episodio en los *Recuerdos,* del P. Coloma.

(1) En el Senado y en la sesión de 26 de Abril de 1856, al intervenir en el debate relativo al acta del Sr. Obispo de Avila, electo por la misma provincia. Versaba el debate sobre si los Obispos podían o no ser legalmente elegidos en los puntos donde se encontraban ejerciendo autoridad o jurisdicción.

[1871]

(Fragmento)

.....con paso majestuoso y saboreando el desprecio.

Estoy dos veces desesperada por no poder remitir a usted los libros que le prometí; sobre todo *Les pensées,* de Bonald, pero nada me ha cabido en esta pequeñísima casa, y he tenido que almacenar más libros, ¡inmenso sacrificio y quizás el último que me quedaba que hacer! *¡Dieu le veut!* dice d'Arlincourt. *¡Someterse!;* esta es la piedra fundamental del cristianismo, ésta es el *Cristo* de que es anticristo la... Libertad; ese necio grito de rebeldía de la miserable y ridícula humanidad. «Baja si quieres subir—pierde si quieres ganar—muere si quieres vivir.» *(Popular).*—Tengo, sí, mis papeles; así puedo enviar a usted una copia del juicio que escribió desde Inglaterra, donde se educaba, mi sobrino sobre Clemencia; tenía entonces quince años. Dos amores propios se unen para este envío: el individual y el de tía; si no fuera a usted, no lo remitiría; pero hay cierta altura en que la franqueza está desnuda como la verdad, y aun sin el velo de la modestia. ¿No es cierto? He visto aquí al fino y delicado Marqués de Arizón, digno amigo de mi semitocayo. Le dije que era usted no de los primeros, sino...

Como el papel está cortado unos centímetros por la parte superior, el fragmento de la segunda página no es continuación de la que aquí concluye.

Dicha segunda página, dice así:

Voy a concluir, pero no sin añadir algunas palabras de consuelo. Oiga usted a Emille Souvestre:

«A ceux qui doutent en voyant ce qu'ils croient le bien »momentanement vaincu, parce qu'elle est frappée nous

»rappellerons le drame du calvaire et nous leur dirons: Ne »laissez point dans votre âme prevaloir le *fait* sur l'idée; »ne criez pas a celle ci comme le mauvais larron: tu muers, »donc tu n'est pas le fils de Dieu; mais repetons comme le »bon larron: Verité, quand vous revevrez, souvenez vous »de moi!».

Y Montesquieu, que dice: «Los más desgraciados no son los que sufren la injusticia, sino los que la cometen.» Y yo añado que no sólo los Reyes, sino toda persona noble, debe ser

sordo a la ofensa, de rencores libre
de venganza cruel dardos no vibre.

¡Qué carta! ¡qué estilo! ¡qué letra! todo se resiente del desorden en que aún vivo. Usted me la perdonará, como se perdona toda falta cometida por afecto.

Su más amiga,

C.

Carta de Juanito Osborne (1) *a su madre sobre* Clemencia, *escrita a los 15 años de edad*

Cuando te escribí mi última carta no había leído aún sino algunas páginas de *Clemencia*. El libro toma después un carácter más elevado y más alto que al principio. Están unidas en *Clemencia* la imaginación del poeta, el discernimiento del crítico, la imparcialidad del historiador, y, en fin, el interés que el novelista crea. Sencillo, pero con dignidad; bien informado, pero sin pedantería; natural, pero con fuerza: tal es el estilo del autor. *Clemencia* es uno de los caracteres que más bien se pueden imaginar

(1) Hijo de su hermana Aurora, casada con D. Tomás Osborne.

que no describir, por ser el bello tipo de lo natural y sencillo, y que son por lo regular como las violetas, que pasan su vida a la sombra, nunca descubiertas sino por el perfume impalpable que despiden. Tales caracteres ha descrito Scheakspear *(sic)* con la mayor sublimidad; ¡qué dulzura y qué inocencia presentan los caracteres de Ofelia en *Hamlet,* Desdémona en *Otelo,* Cordelia en el *Rey Lear,* Isabella en *Measure for Maesure!* Hay, no obstante, un pasaje que condeno. Dice Sir George Percy a Clemencia que los franceses son nuestros maestros en todo. ¡Los franceses, esa nación volátil, inconstante, que cambia como las veletas en nuestras torres!! Pero quizás Fernán Caballero haya puesto esta doctrina tan nueva en boca de Sir George, a propósito, para probar su rareza y espíritu de oposición. El carácter que más me ha agradado entre todos es el del Abad; tiene una piedad tan verdadera, tan sincera, que es imposible no simpatizar con él; saber sin orgullo, devoción sin afectación y todas las virtudes cristianas que pueden hacer a un hombre santo. No me agrada mucho la parte en que muere el novio de Constancia, pues se aproxima a lo romanesco, escollo que tan bien ha salvado esa *novela de costumbres*. En fin, acabaré por decir que pocos libros me han causado más íntimo placer en su lectura.

Opinión de su hermano Tomás.

Quería darte, mamá mía, mi opinión, por pobre que sea, sobre Clemencia. Nunca me he reído tanto como con la descripción de la lotería y el pobre D. Galo, a quien todo el mundo muele, se parece a ***** Por lo que toca a Clemencia, me gusta tanto su carácter que quisiera evitar leyendo su vida hasta el fin del mundo; pero aun más que las personas me gustan las descripciones, como la de la dehesa, la tempestad, etc. Para que te imagines lo que me

gustó, te diré que yo que leo despacio, leí los dos tomos en dos días.

Juicio del Autor

Nadie ha querido reconocer en esta novelita la idea del autor; o bien este no ha sabido exponerla. Ella es poner frente a frente la cultura cristiana creyente y la cultura mundana y excéptica; el corazón sano y caliente de la primera, la secatura y aridez de la segunda. Para demostrarlo claramente forma, no sólo el contraste entre los dos amantes, pero trae un examen y análisis que, sin faltar un ápice a la verdad, lo demuestra clara y patentemente. Y convencida Clemencia, y además, y por último, ofendida, triunfa su delicada dignidad y alta razón de un amor que sólo le promete la desgracia de su vida. Lección de alta moral harto necesaria en un mundo en que se deifica la *pasión* y se le hace disculpadora de todo exceso. Como estudio fisológico *(sic),* están los tres amores: el noble y exclusivo amor español, el violento y delicado amor francés, y el egoísta y material amor inglés. Como tipos de sociedad española están los demás, en particular Constancia; esto es, la burlada *beata* y D. Martín, el noble y rico campesino, que dejará de existir con los últimos que aun quedan. Los reemplazarán otros, que hablarán champurrado francés, habrán sido diputados, no darán locas limosnas, y gastarán sus ventas en querer introducir arados y trillos de invención belga o francesa.

Clemencia probará que la educación sencilla de un convento, será siempre la sólida base que forme a la esposa y madre perfecta; y que ésta, ensanchada y cultivada por un bien dirigido estudio formaría la mujer culto y perfecta. Lo demás, es barniz, es farbalaes y miriñaques.

Cartas al Marqués de Valmar

24 de Febrero de 1861 (1).

Dos palabras no más, señor y amigo, con las que no quiero dar a usted un alegrón que se trueque en el chasco como me ha sucedido a mí al hallar por fin el ansiado Peso Duro, pero viendo que no se compone más que de un canto! Es el librito impreso en Madrid, en 1813, en la imprenta que fué de Fuentenebro, calle de Jacometrezo. Consta de 104 octavas y concluye con estas palabras:

¡Oh vano hombre! cuanto te destroncas
en tu ningún valer echas más roncas.

Fin del canto primero (2).

Doy a usted esta noticia por si acaso la parte que usted tiene no es tan completa, y usted me dirá si desea que lo mande copiar.

Hace días escribí a usted remitiéndole unos cuantos versos del mismo autor; espero que los habrá usted recibido.—Siento que tantas gestiones no hallan *(sic)* obtenido hasta ahora más resultado del que le comunica en ésta su más agradecida amiga y S. S.

Q. S. M. B.

FERNÁN CABALLERO

---

(1) Esta carta se encuentra entre otros documentos que pertenecieron a D. Leopaldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar. Lleva de letra de éste la indicación *Cda. el 26 de Marzo de 1861.* Sobre la palabra *hallan* se encuentra rectificada esta curiosa distracción de Fernán con el vocablo *hayan,* escrito con tinta roja, también de letra de Valmar.

(2) Como puede juzgarse por el botón de muestra, trátase de un poema desatinado, cuyo conocimiento interesaría probablemente al Marqués para su *Historia crítica de la Poesía castellana en el siglo XVIII.*

Sevilla 11 de Noviembre de 1861 (1).

Muy Sr. mío y amigo:

Gratísima me ha sido su muy favorecida y aun más dulce para mi corazón que lisonjero a mi pluma, su favorable juicio de mi cuadrito. Tiene tal importancia, por ser de usted, que sería para la obrita una encomienda el llevarlo al frente. Por mí creo que usted la favorece demasiado. Pascual es el tipo común y general de nuestros hombres de campo y sólo hay notable y sobresaliente en este relato la magnífica acción de la anciana y su enérgico y pintoresco modo de expresarla.

¡No puede usted figurarse mi sentimiento de no haber visto al Duque (2) antes de marcharse! Recibí su amable esquela un día antes de su partida; día que pasé casi todo en casa de una pobre enferma amiga mía, y cuando la vine a recibir no era hora de ir a decirle adiós.—¡Adiós! ¡qué palabra tan triste! Por suerte, como lo he escrito, sólo en el cementerio es una realidad.—¡Adiós! Ese sería el epitafio que sobre mi sepulcro quisiera dejar por recuerdo a los amigos que me sobrevivan! Suplico a usted de decir al Duque con mis más cariñosas expresiones: *¡Au revoir!* Mando a usted, por si no la tiene, una Oda de Reinoso. De Alemania me escriben con el mayor empeño, para que publique el segundo tomo de *Cuentos y poesías populares*. En éste irá la mayor parte compuesto de cosas infantiles y de acertijos, de que tengo un grande acopio sumamente ingeniosos (3); y tengo ganas

(1) Esta fecha está escrita de letra del Marqués.
(2) De Rivas.
(3) Parece que no llegó a publicarse este segundo tomo. El reverendo P. Valencina posee un cuaderno de *Cuentecillos y Chascarrillos, coplas y adivinanzas,* recogidos por Fernán, que ha entregado gustosísimo, según manifiesta en una de sus notas, al insigne D. Francisco Rodríguez Marín.

de enviarlo a Alemania, puesto que del primer tomo han hecho en poco tiempo dos reimpresiones y están haciendo una traducción, y *en verso!!* Usted me pide sátiras, y no dejo de tener, pero que no se podrían imprimir, por ser de este género en política y chabacano en el decir:

La Constitución ha muerto
y la llevan a enterrar
entre cuatro liberales
y Riego por Sacristán.

—

El liberal se ha perdido,
en el mundo no parece;
se habrá metido en la fila
huyendo de los franceses.

—

En la calle de Gomeles (Arcos)
hay un *negro* con polainas
y en nombrándole a Zaldívar
esconde el acero en la vaina (1).

—

Pon de miedo cien quintales,
veinte de vana arrogancia,
doce de crasa ignorancia,
de irreligión, mil cabales;
ocho de piedra infernal;
metido en un orinal
y aplicado a fuego lento
verás salir al momento
un voluntario local.

(1) *Sic*. Tal vez este último verso fuera *mete el acero en la vaina,* pnes el pueblo nunca mide mal los versos. Acaso se distrajo Fernán, que no hilaba tan fino en la materia.

Envío a usted otra sátira sobre Godoy, que le suplico que me devuelva; pero todo esto es para probar si es esto lo que usted entiende por sátira.—Tengo otra sobre... (1) de fines del siglo pasado.—Entre las de la guerra de la Independencia, es esta copla muy graciosa, en vista de lo persuadido que estaba el pueblo que Bonaparte había sido amolador ambulante:

Napoleón tuvo un hijo
y lo quiso coronar;
por corona le pusieron
una piedra de amolar.

No he podido aún escribir a D. F. Wolf. Los diarios le nombraron Barón cuando estuvo en España y yo pensé que tal lo habría hecho el Emperador y que por esa modestia de que usted me habla y de la que tengo noticias, no usaba el título.—¡Deva y el castillo sobre la ría, es un verdadero sueño dorado!—Lo que no es sueño es su fina amabilidad en desear que lo viese, y mi gratitud por ello, así como mi pesar por ser un imposible moverse mi alma y cuerpo enlutado, sino para un convento, o el cementerio, que es otro posible convento!

He traducido para el *Museo* un preciosísimo artículo que ha escrito Mr. de Latour: *Le sermon sous les orangers*. No sé cuándo saldrá; pero me alegraría que usted lo leyese. Es una cosa notabilísima y curiosa las observaciones sobre la Siria por el Conde de París, que ha tenido la finura y bondad de mandármelas. ¡Qué desgraciado país! ¡Y lo peor es que no se ve ni imagina remedio a sus males! Aguardo la respuesta de usted sobre las sátiras

(1) Palabra ininteligible.

para enviarle entre lo inédito lo que pueda acomodarle. Si usted no le tiene, le enviaré un tomo de las poesías populares, en que anotaré lo que me parezca *sobresaliente*. De usted su más sincera amiga y más s. s.

FERNÁN

¡A qué punto sentirá mi querida y angelical hermana, no haber estado en su casa cuando usted la favoreció!

Sevilla, 19 de Febrero de 1862 (1)

No quisiera escribir ahora, porque necesito para hacerlo calma de corazón, de la que carezco en este instante en que recibo el retrato hermoso (aunque no tanto como el original) de nuestro primer y más genuino poeta (2). No me canso de mirarlo enternecida, no sólo por cariño de amistad, sino por ver con orgullo indeleblemente grabada en bronce la imagen de aquel que tanto honró a su patria, defendiendo con su brazo su independencia; cantando con su numen sus nobles y genuinos sentimientos caballerosos, sosteniendo con su elocuencia el altar y el trono combatidos, uniendo admirablemente en sí la nobleza del caballero de pasadas épocas y la ilustración del caballero de la era presente. A usted, señor y amigo, suplico que dé en mi nombre las gracias al Duque por un tesoro que aprecio más que los puedan apreciar cuantos reciban igual distinción, porque nadie puede admirar más que yo, esa noble, leal, poética y hermosa figura de nuestra moderna historia, tan llena de figuras abyectas y perversas; nadie ensalzarla como lo hago yo. Es esto en mí

(1) Esta fecha está escrita de letra del Marqués.
(2) El Duque de Rivas, como fácilmente se deduce de cuanto sigue.

casi un *derecho,* como pintora, aunque humilde, de nuestras glorias y caracteres genuinos. No quiero proseguir, no quiero que mi sincero sentir se confunda con exageración. Todo el calor del cuerpo social se ha reconcentrado en la política, a punto que si se halla fuera de ella no parece natural. Suplico a usted de leerle al Duque estas dos páginas, que son el débil eco de la voz de mi corazón.

Tengo que dar a usted una enhorabuena, tanto más sincera como que se la doy al país, cada vez que vea utilizados en su beneficio hombres del saber y del valer de usted. ¡Cuánto lo he celebrado! Si a la par de esto pudiesen descartarse de muchos intrusos por las circunstancias que pronto.....(1)..... la España que para alzarse a potencia de primer orden poco necesita del *Exequator* de Bonaparte y de John Russel o John Bull. He mandado a usted, por Mellado, el cuadernito de D. F. Wolf, que espero habrá usted recibido. También unas coplas populares muy lindas, con la, para mí encantadora, circunstancia de entremezclar tan característica y piadosamente la guerra de Africa en los santos cantares de Noche Buena. Desearía saber de qué clase desea usted las poesías. Si son coplas, aquí tiene usted una magnífica de soldado.

Soldadito soy del Rey
y como pobre con honra,
si el Rey me mantiene a mí
yo mantengo su corona.

Como religioso, lea usted esta canta, que es divina:

Confusa y atribulada
está la Virgen María,
dándole el pecho a su niño

(1) Sigue una palabra ininteligible.

y el niño no le quería.
—Dime por qué lloras, niño
¿por qué lloras, alma mía?
—No lloro por los azotes,
ni por lo que me dolía,
lloro por los pecadores
que mueren todos los días.
El infierno ya está lleno
y la gloria está vacía!!

Ahora voy a hacerle a usted un empeño que *me tient au cœur* en sumo grado. Hace tiempo que un amigo mío, joven excelente, de mucho talento y saber, al que suelo decir que es como el trigo de este año, que crece lozano y demasiado, y que debería pararse para profundizar sus raíces, joven que es el redactor de nuestro periódico *La Andalucía,* desea con ansia ser nombrado socio corresponsal de la Academia de la Historia. Es en ella muy versado, singularmente en la parte árabe, y a su regreso de Africa (a la que fué cuando la expedición) regaló a esa Academia 14 cosa muy curiosa. Otros por hasta menos han recibido esa honrosa distinción, y mi buen amigo *Francisco Tubino* (1) no la ha podido obtener, a pesar de que se la prometieron; pero parece que el amigo en quien confía se cuida poco de complacerlo, y voy a ver si los míos son más eficaces para hacer un *favor justo*. Cuento de un todo con mi buen amigo D. Antonio Cabanilles ¿qué no podrán si se unen dos hombres como usted y Cabanilles? ¿Habré esperado en valde esta prueba

(1) D. Francisco María Tubino, persona, en efecto, de gran competencia en asuntos árabes. También regaló a la Universidad literaria de Sevilla quince códices árabes de gran valor que versaban sobre importantes materias y que, al parecer, pretendieron los extranjeros comprarle sin éxito.

de simpatía y amistad? Lo ansío, no sólo porque creo muy merecido el favor, sino porque esta clase de distinciones son fuertes estímulos para el estudio y el saber; y porque el verse atendidos por *l'élite* de los hombres doctos y superiores, da a los hombres jóvenes peso y consistencia. Para volver a la poesía popular, remito a usted algunas cosas más, elegidas entre las que aún conservo inéditas. Usted me dirá si quiere más y de qué clase. Tengo toda la guerra de Africa *enversada*, como ellos dicen, por un poeta popular de Carmona. No es una gran cosa; pero puede que en los tiempos futuros tenga mérito y la pienso incluir en el segundo tomo. Dígame usted si se la envío. Se acaba de traducir y de imprimir aquí la vida de D. Miguel de Mañara, escrita en francés y publicada en Francia por Mr. de Latour. He tenido en esto una verdadera satisfacción.

Tengo que consultar con usted un punto literario. Creo que al novelista debe ser dado, aun cuando sea pintor de costumbres, el valerse ligeramente y sin afectación, a veces del arcaismo, a veces del neologismo. Hay a veces situaciones elevadas, solemnes o elegantes, en que el *usted* cae como una maza de fragua prosaica y vulgar, y me valgo entonces del *vos;* como, por ejemplo, en los *Diálogos entre la juventud y la edad madura: tenéis razón, marquesa.*—Tengo un amigo, cuerdo y docto (no es Fermín Puente), que se ha empeñado en que sustituya en la nueva edición todos los *vos* con el terrible *usted.* Esto es a mi ver, no cosa gramatical, sino meramente de buen gusto, y ¿quién mejor que usted puede ser su gran juez?

Si usted quisiera, haríamos a medias el segundo tomo de poesías populares. Le mandaría a usted los originales listos y clasificados.—Usted los ordenaría como quisiera, haría el prólogo, etc.—Su mayor parte consiste en cuen-

tos, juegos, versos infantiles, que son los que más han gustado en el extranjero. También una gran colección de adivinas de un ingenio sorprendente. Este tomo gustará más que el primero en Alemania y Francia.

¡Cómo he abusado de su tiempo y de su paciencia! Pero pienso desenojarlo mandándole en breve el retrato de su más simpática amiga,

y m. s. i. s. q. s. m. b.,

FERNÁN

Sevilla, 19 de Febrero de 1862 (1).

Este lindo cante o versos, es extremeño. Se lo cantaba su ama, que era jerezana, a un sobrinito mío. Llaman en la sierra extremeña *mar* a las lagunas o grandes remansos de los arroyos o ríos:

La mañana de San Juan
Llevé mi caballo al mar,
mientras bebe mi caballo
echó mi niña un cantar.
Y dicen los pajaritos
que se ponen a escuchar:
—«Mientras que canta la niña
¡qué serenito está el mar!»

Esto es divino y no menos.

Coplas varias que no están en mi primera colección

El encarnado clavel
viene publicando agravios

(1) La palabra *Sevilla* de letra de Valmar.

porque no lo han hecho a él
hermoso como tus labios.

—

El que tiene en este mundo
las esperanzas perdidas,
no es menester que lo entierren
pues está enterrado en vida.

—

Entre los sabios del mundo
busca el que sepa más
y mételo en el querer,
lo verás prevaricar.

—

Fuistes mi primer amor
me enseñastes a querer;
no me enseñes a olvidar,
que no lo quiero saber.

—

Deletrea los cielos
y quita la I
y por lo que te quede,
podrás inferir.

Esta copla que voy a poner es muy rara. Como conozco el genio y creencias del pueblo, todas las comprendo y doy con su etimología; pero esta no la comprendo, aunque no le faltará: pero aun dado que sea una invención, cuán práctica es!

En la mar hay una fuente
que se alimenta de olor
como lo hace mi amor
de tu vista solamente.

Al Niño Dios

Pastorcito ¿por qué lloras?
Dilo y te callaré.
—Se me ha perdido el ganado
en los campos de Belén.—

—

Maravilla nunca vista,
cifra que nadie entendió;
parir la Virgen María
al hijo que la crió.

Carta a D. Vicente Barrantes (1)

Muy señor mío:

Acabo de recibir su favorecida, y veo por ella con sumo disgusto que no ha recibido la carta mía en que contestaba a su anterior favorecida, en la que le repetía lo que ya he dicho al Sr. D. Angel Fernández de los Ríos y a mi amigo Hartzenbusch; que no consentiría jamás que se ocupe el público de mi individuo. Es esto una cosa que me es altamente antipática y que desdeciría de mis principios; y bien podrán denigrarme cuanto quieran, como me dice usted que se hace; bien podrán negármelo todo, menos el respeto debido a la persona que escribe con conciencia y convicciones a las que nunca ha faltado en obras. Así es que las exageraciones apologéticas de que usted habla han halagado tampoco mi amor propio como poco lo

(1) El original carece de dirección, que fijo por muy verosímiles conjeturas. D. Vicente Barrantes (1829-1898) fué autor de novelas y libros amenos, y singularmente erudito muy versado en las cosas de su tierra extremeña.

lastiman los que, según usted dice, no me conceden casi una sola dote literaria; mi amor propio está muy subordinado a mi buen juicio y están poco fácil lisonjearlo como abatirlo; los elogios que se han hecho de mí, han llegado a mi corazón, sin rozarse con él, como un dulce y simpático incienso de otros corazones; como flores que han echado bellas almas sobre mi oscura senda; como dulces ecos despertados por mi débil voz, entre los solitarios y abandonados santuarios, entre las gargantas de las románticas peñas de nuestros campos, entre las ruinas, en fin, de la vieja España, cuando esta voz hablaba de religión, de poesía, de nacionalidad; de cuanto bueno nos queda aún algo. Como los que nada me conceden, nada me quitan, sino lauros y popularidad (si acaso), que son cosas a que no aspiro, no me siento herida ni humillada por eso.

No creí que fuese necesario advertir a usted que sólo en broma se nombra una persona en su cara *enemigo,* y me hace usted notar que me ha *favorecido* más de lo que me ha *ofendido;* usted me ha favorecido mucho más de lo que merezco; pero crea usted que daría todas las celebraciones por no haber leído una sóla de las críticas; lo que comprenderá fácilmente si considera que las unas tocaban a la epidermis, las otras al corazón; esto es, en otras palabras, que pongo tan poco precio a las dotes literarias que hacen lucir a un autor, como mucho pongo a las ideas y máximas que lo hacen apreciar.—Señor D. Vicente, doy de barato cuanto escribo; extraño que haya quien me imprima; aun mucho más que se encuentre quien me lea, porque ni las creaciones ni el modo de decir valen nada. En cuanto a doctrinas e ideas, estoy en una senda muy firme para que puedan hacerme vacilar, ni los céfiros de la burla, ni la brisa de las críticas, ni los vendavales del sofisma, ni el viento que corre en la actualidad. Esta

débil voz que sale de las ruinas será burlada, morirá con ellas; pero habrá dejado su sonido en algunos oídos que no llenaba del todo el estrépito del siglo de la *bande noire des démolliseurs.*—¡Quién sabe si usted mismo con su cabeza cana, llevando sus nietos de la mano, no les dirá al pasar por mi sepulcro: aquí está quien escribió mal, pero dijo bien y sintió mejor.

Casi siempre acabo así, llorando y riendo a un tiempo: esto es un rasgo peculiar mío; perdónemelo usted.—Donde me he remontado sin querer y sin intención de hacerlo. Sí, señor, he caído, según usted, en lo absurdo, en la filosofía vulgar y añeja que con anatemizar todo lo presente y hablar de Dios con respeto y énfasis cree haber hecho ya lo bastante a oponer un dique invencible al torrente desbordado de lo que llaman *ideas del día;* esto me lo prueba ver cómo a diestra y siniestra sacude usted tajos y reveses contra todas innovaciones buenas y malas. ¡Qué malevolencia y qué falsedad! En fin; ¡cuál serán mis detractores, cuando el que ha escrito esto tiene que ponerse como juez *imparcial* entre mis parciales y contrarios!

Mala vergüenza es, se lo digo a usted con toda franqueza, que un escritor, que se cree sea señora, salga en España escribiendo novelas y cuadros de costumbre, en que se ensalza cuanto noble, patriótico, religioso, genuino y poético existe, y que contra este escritor modesto y retirado, que contra nadie ha escrito, que no ha sacado ni honra ni provecho de sus desatendidos escritos, cuando algunos han salido a darle como premio y estímulo algunos elogios sentidos y galantes, se levante un partido de oposición amargo, al punto que usted me lo describe. Esto es una vergüenza, repito; y también repito que me ofende poco, porque no es la opinión de unos pocos la que da ni quita el mérito a las producciones. Todo en este mundo

se puede celebrar y sobre todo *criticar*. El doblón de a ocho es el único tipo de agrado general que se ha hallado; hasta las flores tienen personas a las que desagradan y atacan los nervios. Si usted supiese la clase de simpatías y por la clase de personas que me fueron demostradas cuando usted escribió su juicio crítico sobre *Clemencia,* vería usted cómo también las críticas pueden producir buenos resultados. Así, déjelos usted criticar a esos que llamé proféticamente vientos de Guadarrama, y que van arreciando. Ni los provoco ni pido al afía (?). La opinión es libre como el aire, así como es arbitrario el precio que cada cual le quiere poner.—B. L. M. de usted su más amigo y más S. S.

FERNÁN CABALLERO

El temor a la censura roba su base a la energía del carácter, y visando a la prudencia, se pierde de vista la rectitud.

Carta a un amigo

[1859] (1).

Mi querido Pepe:

A su tiempo recibí tu atenta y amistosa carta, y si antes no te he contestado es porque me ha sido imposible escribir, porque para esto son las ideas tan necesarias a la pluma como lo es la tinta; aun hoy sigo en esta estupidez que causa el pesar y sólo me se ocurre decirte el mu-

(1) Carta sin dirección ni fecha. Está escrita a fines de 1859 o principios del 60, y es, como parece deducirse de su texto, contestación a una carta de pésame por la trágica muerte de Arrom.

cho consuelo que he hallado en las pruebas de amistad e interés que me han dado mis amigos (1), señalando entre éstos todos los individuos de tu familia, modelos de buenos amigos, como son modelos de todo lo bueno, noble y fino.

Dile a Cañete que ya que tiene el mal gusto de desear un retrato mío, se lo envío en un tomo de poesías y cuentos populares, que dí a la imprenta hace más de seis meses y que a tan mal e intempestivo momento se ha concluído; pero que es con la condición de que no se vuelva a acordar del extravagante proyecto de sacar una fotografía del retrato que por mi mal se llevó Federico Madrazo a Madrid, y que suplique a éste que se lo envíe cuanto antes a SS. AA.

Adiós, mi querido Pepe; nada más añado, porque conozco que la pluma me llevaría a mi habitual y continuo pensamiento y quiero concluir diciéndote, es tu más agradecida amiga,

CECILIA

---

(1) Era, en efecto, general la estimación que profesaban a su cónsul los españoles residentes en Sidney. Al regreso de éste a la península le regalaron un precioso anillo de oro con las armas de Australia y España esculpidas en uno piedra preciosa y la inscripción siguiente: *Los españoles a su cónsul en señal de cariño y gratitud.*

APÉNDICES

I

Carta de D. Manuel Cañete a Fernán Caballero

Madrid, 11 de Junio de 1866

Muchos días hace, mi querida amiga, que deseo escribir a usted en contestación a su afectuosa carta de 21 de Abril. Pero es tal el cúmulo de ocupaciones que sobre mí pesan, que rara vez me dejan espacio para satisfacer el anhelo de mi corazón. Sírvame esto de disculpa, aunque sé que con usted no la necesito, porque me tiene acostumbrado a contar siempre con su natural indulgencia. En esta ocasión, además, ha habido otra causa que me ha obligado a dilatar el dirigirle estas letras. El autor de los *Cantares* deseaba ofrecer a usted por mi conducto un ejemplar de su precioso librito, y no me lo ha traído hasta ayer, por hallarse muy atareado con los preparativos de sus exámenes de fin de curso. Y como su carta de usted se refería principalmente al prólogo que le escribí, y la alarma de usted tocante a mis opiniones sobre la poesía popular, es, sin duda alguna, debida a no conocerlo entero, no quería decir a usted nada sobre este punto sin que le fuese dado fallar mi causa con cabal conocimiento de lo que he dicho. Adjunto va el librito de Paláu: léalo usted con su natural benevolencia; y después de conocer mi pensamiento en la materia, dígame si estamos tan distantes y si critico y *menosprecio* la poesía popular.

Como usted verá, en mi prólogo yo no contradigo ni refuto a los que celebre la poesía popular; yo no tengo en menos esta casta flor de puro y delicado aroma; lo que

digo y sostengo es que esa flor jamás nace entre el estiércol.

Yo no niego la posibilidad de abrigar facultades eminentemente poéticas ni al más rudo campesino; antes bien, sostengo que puede haber alguno tan felizmente dotado, que hasta emplee los más bellos modos de expresar un pensamiento en versos armoniosos, adivinando lo que natural y lógicamente sólo puede ser obra de la cultura y del buen gusto. Pero de aquí no se deduce ni puede deducirse que toda inspiración delicada y sencilla, sellada con el sello de la ingenuidad popular, haya de estimarse engendrada por un patán sin educación ninguna o por un artesano *cursi* de los que se la echan de señoritos y leídos. Los coleccionistas de tradiciones santas, históricas y poéticas, Moisés, Homero y nuestros romanceros, inspirados, no por el Arte, sino por Dios, dice usted que siguen siendo los modelos de los poetas. Estamos de acuerdo, por más que el Arte, inspirado por Dios, y que deja de ser verdadero Arte cuando de El se aparta, resplandezca con luz más viva que en parte ninguna en Moisés, Homero y los romanceros. El vulgo, esto es, la gente inculta y grosera, es incapaz en mi concepto, de producir bella poesía popular ni de ninguna otra especie. Para crear sin ningún cultivo flores tan modestas y olorosas como el resedá, que usted pinta con su natural primor y delicadeza, se necesita nada menos que el poder de Dios, para quien todo es fácil y hacedero. Lo que hace el pueblo que siente, digámoslo así, la verdadera poesía y que tiene un gran poder de asimilación, es apropiarse aquellas inspiraciones de los poetas que están, por su verdad, naturalidad y sencillez, al alcance de su comprensión y en armonía con sus sentimientos. Esto me parece que es lo que usted cree y lo mismo que yo sostengo. ¿Me equivo-

co? (1). De todos modos, y sintiendo mucho no poder dilatar más mis explicaciones por falta de tiempo, sepa usted que si algo pudiera hacerme dudar hasta de lo que pienso con entera convicción, sería que usted pensase lo contrario: tanta fe tengo en la rectitud de su manera de ver y de sentir.

Vulgaridad y *Nobleza* me ha conmovido profundamente: es un cuadro admirable de verdad y de poesía esencialmente cristiana, con lo cual creo decir cuanto más puede decirse para encarecerlo. De *Las dos gracias* y *La farisea,* sus dignos rivales, he adquirido a esta fecha cuatro ejemplares, que he ido regalando sucesivamente a otras tantas señoras de las más cultas y dignas de nuestra aristocracia.

Agradezco a usted y acepto con toda la efusión de mi gratitud la generosa oferta que me hace de los apuntes de su respetabilísimo padre, relativos a nuestro antiguo tea-

---

(1) «Creo que sí»—dice atinadamente comentando este pasaje el P. Valencina. Y a renglón seguido y en justificación de su aserto reproduce los renglones de una carta de Fernán, tomados del libro de Mr. Morel Fafio: *Etudes sur l'Espagne.* Troisième série, p. 347:

«Nada toma el pueblo de poesías cultas que ni oye ni sabe, y el libro »que nos recomienda (los *Cantares*, de Paláu) toma del pueblo sus ideas, »su género, sus expresiones, sus santos y cosas...; toma su *sans façons* »en el decir, sus modismo , sus palabras, eso sí, y no obstante, yo, tan »identificada con el pueblo, conozco al instante lo que es genuino y lo »que es imitado. La espontaneidad, la fe, la sencillez, los *defectos* le fal»tan; es cosa *mejor,* pero no es aquella; son niños bien educados y no »niños sin educación, y éstos me gustan más. Por eso decía yo a usted »que Cañete se contradice de una hoja a otro en su prólogo y afirma lo »que no es ni será, y es que el pueblo cantará las coplas de Paláu: »¡Nunca! Así como no pronunciará a la madrileña. Cada uno sabe lo que »sabe, y yo, en el humilde y *ordinario* estudio del pueblo, sé más que Ca»ñete. Bastaría la *chocantísima* innovación de Paláu de hablar de *besos,* »para reconocer que no es de la casta musa popular que canta sus amo»res a las puertas de los padres y madres de las novias. *Jamás* he oído »al pueblo asociar esa palabra sino en sus cariños a los niños. La *retenue* »y decente severidad de este pueblo la expresa bien este refrán: «Entre »santa y santo, pared de cal y canto.»

tro. Agradeceré a usted igualmente que me los remita a la mayor brevedad posible, no sólo porque habrán de darme gran luz en materia de suyo oscura y difícil, y en la que yo he logrado reunir muchas cosas completamente desconocidas, sino porque de este modo podré hacer una y otra vez conmemoración de las altas prendas, sólido saber y sana doctrina de aquel eminente literato.

¿Está en Sevilla nuestro excelentísimo amigo el señor de Latour? Si no está, ¿sabe usted dónde para? Quisiera enviarle el librito de Paláu y reclamar su perdón por estar con él en grave falta.

A Fernando de Gabriel escribí acerca de sus poesías por conducto del célebre pintor francés Gérome, que estuvo en esa ciudad hace algún tiempo. ¿Sabe usted si ha recibido mi carta?

Tanto a él como a Pepito Fernández Bécquer y todos los buenos amigos de esa, a quienes escribo muy de tarde en tarde, pero cuyo recuerdo está sin cesar en mi memoria, mil y mil afectos, que expresados por usted, les serán doblemente gratos.

Adiós, amiga mía; crea usted que la quiere muy de veras y recuerda siempre con ternura sus finezas y bondades, su apasionado amigo y admirador,

MANUEL CAÑETE

II

La flor sin cultivo

Al caer las primeras aguas brotó en el antiguo muro de un castillo moruno, frente y muy cerca de nuestra ventana, una matita de hoja menuda y delgado tallo; al salir de

la gruta que le sirvió de cuna, miró temerosa alrededor de sí, y viéndose sola y tranquila, espigó con gozoso ímpetu.

Entre tanto caen las hojas de los árboles por cansadas las unas, por mal traídas por las ráfagas de otoño las otras. Vimos un día revolotear un pajarito y venir a posarse sobre la débil ramita, la que le dijo: Por poco que sea tu peso, me abruma; aléjate y déjame, pues tienes el mundo por tuyo, y en cada árbol miles de ramas en que posarte con más comodidad y firmeza.

—Es, repuso el pajarito, que las ramas se han quedado áridas y desnudas con los fríos y fuertes vientos que soplan, y ya no me dan abrigo, sombra ni fragancia; pero dime, matita, ¿quién te ha sembrado y colocado en este lugar, al que no puede llegar la mano del hombre para cultivarte?

La ramita contestó sonriendo: Un jardinero que para producirme no necesita sembrarme ni cultivarme. Pero aléjate ¡mira cómo agobiada por tu peso me he inclinado!

—Más bonita estás así, dijo el pajarito, echando a volar.

Bien que inclinada la matita, cual una pequeña Briarea, fué sacando una infinidad de bracitos. La completa tranquilidad de que gozaba escondida en el callejón que con la pared de nuestra vivienda formaba el muro, la hacían extenderse fresca y lozana a todo su albedrío.

Como vecinas, y porque en nuestros gustos simpatizábamos, nos queríamos y nos entendíamos. Cuando al levantarnos por las mañanas le preguntábamos si el día estaba sereno, nos decía que sí con una ligera inclinación de cabeza, y si reinaba el temporal, nos respondía *que no,* agitando en señal de negativa todos sus bracitos.

Era amiga del viento, y cuando pasaba por el callejón

con sus misteriosos cantares, animada la matita, tocaba con todas sus manitas el compás.

Poco a poco los deditos de sus manecitas se ensortijaron con unas pequeñas esmeraldas; éstas, al cabo de algún tiempo, se entreabrieron, dando salida a unas florecitas diminutas y humildes, vestidas de una media tinta modesta y poco visual, y entonces empezó a exhalar una fragancia a la cual ninguna otra en el mundo puede igualar.

Por entonces volvió a revolotear por su cercanía el pajarito, y al notar aquella fragancia, preguntó a la matita:

—¿De dónde te viene esa dulce y delicada fragancia? ¿Dónde alimentas tu vida y sacas tu savia, tú que no tienes sino unas débiles raíces oprimidas en esa dura y seca argamasa?

—Mi vida y mi fragancia no son terrestres, contestó la flor; me las dan el aire, la luz, la atmósfera y el rocío del cielo.

—¿Y cómo te llamas?, preguntó el pajarito.

La flor contestó: Unos me llaman Reseda, y otros *poesía popular.*

FERNÁN CABALLERO

III

Carta de Cervantes a Fernán Caballero (1)

Muy señora mía e ilustre ahijada:

Si desde la otra banda me tomo la libertad de incomodar a usted, no es, pues sería ofender a su modestia, para

(1) Esta carta se encuentra entre varios papeles y documentos que pertenecieron a D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar. De letra del mismo va escrito a la cabeza: Autógrafo de Fernán Caballero», y encima de la palabra «Cervantes» se lee: «Mr. de Latour», también de letra de Valmar, y escrito con lápiz. Al final de la carta y a modo de firma, va escrito de nuevo por el Marqués el nombre del autor de aquélla, Mr. de Latour.

felicitar al autor ingenioso de tantas novelas más ejemplares que las mías, sino para dar a usted las gracias por la compasión y caridad de que acaba de dar señalada prueba hacia una pobre perra, por quien me intereso. Es toda una historia y casi una novela; ¿me da usted licencia para contársela?

Veo con orgullo que usted no había olvidado el coloquio de los dos perros del hospital de Valladolid, Cipión y Berganza; y sospecho que si usted tiene, como es notorio, tanta lástima de los animales, será quizás porque habrá conocido por aquella muestra que el buen criterio y el sentido común que tantas veces falta a los hombres, se suele encontrar en los perros. Pues ha de saber usted que en aquellos tiempos, Cipión tuvo un hijo y Berganza una hija; que, como suele suceder entre padres amigos, casaron a sus vástagos; y de ellos nació toda una casta de buenos y honrados perros, el último de los cuales fué la pobre moribunda que usted acogió en los umbrales de su casa; y como a mí me ocurrió el conocerla, es otro cuento, al que ahora voy:

En una de las noches pasadas, una de esas noches serenas y estrelladas que tan magníficamente celebró el Maestro Fray Luis de León, iba yo por las calles de mi querida Sevilla buscando una novela que se había publicado hace poco, y cuyo título es *Vulgaridad y Nobleza,* deseando leerla allí, en tertulia con Quevedo, Mateo Alemán, el Padre Isla y Lesage, verdadero autor del Gil Blas. En el momento de llegar a la plaza de Maese Rodrigo, detrás de los marmolillos que ya existían en mi tiempo, oí una voz que se lamentaba y decía: «¡Oh! ¡Si aún viviese Cervantes!» Me paré asombrado, y acercándome después no vi a nadie; solamente una perra preñada se quejaba en el zaguán del Seminario. Iba a seguir mi camino, cuando

otra vez oí la misma voz diciendo: «¡Oh! ¡Si aún viviera el buen Cervantes!» De repente me se presentó a la memoria lo de Berganza y Cipión, y aprovechando el que a aquellas horas nadie podía oirme, me dirigí a la perra y le dije: «¿Eres tú quien acaba de hablar?»—Me contestó, primero con un suspiro, y luego animándose: «Soy yo, me respondió, y pues tengo la dicha de que alguien me escuche, sepa usted mi triste historia. Nieta de aquellos famosos perros a quienes Cervantes enseñó a expresar sus pensamientos en castellano, Dios ha permitido que heredase de ellos tan hermoso privilegio. También en memoria de nuestro ilustre padrino diéronme mis padres el nombre de Dulcinea; infeliz en lo demás, tuve la desgracia de enamorarme de un perro fino, amable, valiente, pero que dejándose arrastrar por la lectura de las novelas modernas, abandonó a su fiel esposa en el apuro que usted ve, para correr detrás de otra llamada Indiana, Lelia, Lavinia o Metela.

—¿Y por qué, amiga, invocabas a Cervantes?

—«¡Ah, Señor! Si aun viviera Cervantes, el que hizo contra los libros de caballería una novela tan eficaz, sin duda escribiría otra contra las novelas que hoy corrompen las buenas costumbres.»

Me sonreí y contesté:

—«Hace siglos que murió el que llamas, y no sé si bastaría hoy otro Quijote para acabar con una peste tan universal como la de las novelas, de que se quejan no sólo los hombres honrados, sino también los perros de buen juicio. Ven conmigo a una casa donde podrás parir tranquila y vivir atendida y descansada. En ella vive una señora que no hace libros contra las novelas; al contrario, compone también novelas; ¡pero qué novelas! tan elocuentes y graciosas que desterrarán algún día de

España a las que te han hecho la más infeliz de las perras.

Así hablando, llegamos al callejón que conduce a la puerta, y como la pobre Dulcinea no alcanzaba al tirador de la campanilla, fuí yo quien llamé.

La portera, que me había oído hablar, se asustó un poco cuando reparó en la perra, y fué preciso que usted acudiera y saliese a la defensa de la forastera.

Dispense usted tanta molestia, pues ¿a quién hubiese yo recomendado a la nieta y heredera de Cipión y Berganza sino a la que heredó la pluma de su muy atento seguro servidor y afecto padrino

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

P. D.—De seguro extrañará usted mi mal español. ¡Ah, amiga mía!; además de que hace cerca de tres siglos que he dejado de escribir, los escritos modernos que llegan de España a estas regiones, hablan un castellano bastante afrancesado y algo me se habrá pegado de ellos.

IV

EL CEMENTERIO DE PARÍS

Carta de Fernán Caballero a su mejor amiga

Una de las muchas ventajas de la vida material que proporciona París es la de disfrutar sin gran dispendio de un excelente y exacto peluquero diario, y a hora fija.

Estos señores, que son muy hábiles en su profesión, tienen además muy buenas maneras y muy buena conversación. Cuando emprenden ésta con forasteros, es, como puedes inferir, para celebrar a su París, que admiran fanáticamente y encomian con entusiasmo y exaltación.

Todos los días me preguntaba el nuestro, durante su faena, lo que habíamos visto en el día anterior, para gozarse en las impresiones de admiración que nos había causado y lo que pensábamos ir a ver en aquél, con el fin de enumerar todas las bellezas de las cosas que íbamos a examinar y que ninguna se nos pasase por alto.

—¿Dónde piensan los señores ir hoy?—me preguntó antes de ayer.

—Al *Père la Chaise,*—contesté (1).

—¡Ah!—exclamó entusiasmado,—entonces van a ver los señores el primer cementerio del mundo; un parque admirable, el más ameno jardín de los muertos, una maravilla.

Como se ve, los parisienses están en extremo ufanos con su cementerio.

Antes de llegar a él se pasa por una larga hilera de talleres de lápidas y otros objetos de mármol destinados al ornato de los sepulcros, y otra de puestos en que se venden coronas de eternas. Muchas de estas florecitas, que han debido su nombre a su duración y que son amarillas, están teñidas de negro; éstas me causaban el mismo efecto que esos niños chiquitos que llevan en brazos vestidos con el luto de una pena que ni comprenden ni sienten (2).

Al traspasar la verja de hierro que da entrada al vasto recinto en el que sin citarse se reúnen todos, el terreno se va elevando gradualmente. En el promedio de la cuesta y en el lugar en que estuvo la casa del Padre La Chaise, hay una pequeña capilla. Desde aquel lugar se disfruta

---

(1) Es sabido que este es el nombre que ha conservado el cementerio fundado por el sacerdote de este nombre, que fué confesor de Luis XIV *(Nota de Fernán.)*

(2) Las eternas que aquí se conocen con ese nombre, son encarnadas, mucho mayores y de menos duración. *(Nota de Fernán.)*

una hermosa vista de París. Forma un conmovedor contraste el contemplar aquel centro de la vida, del movi miento y del ruído, desde aquel otro que lo es de la muerte, del silencio y de la inmovilidad. ¡Qué augusta, qué solemne, qué amonestadora es la muerte cuando la consideramos como cristianos! ¡Cuán horrible y repugnante, y cómo rebaja nuestro ser cuando la consideramos como ateos!

La inmensa área cubierta de sepulturas que veía no se puede calificar, como lo hacen muchos, de parque aun prescindiendo de la significación moral de lugar de recreo que encierra esa denominación; sino también porque en su parte material no es sino un vistoso laberinto de apiñados, variados y costosos mausoleos y tumbas, mezclados con pequeños cipreses y flores con poco variada monotonía. No es tampoco propiamente lo que llamamos un cementerio, sino el dominio de las artes con destino al recuerdo de los méritos, glorias y hechos de los que allí yacen; su objeto, aunque laudable, es mundano, y lejos de ser como debe serlo todo cementerio, el humilladero de la soberbia del hombre, es su apoteosis.

En la cima de la colina se alza el magnífico sepulcro del general Foy. A su espalda el de la Condesa rusa Demidoff, suntuoso *(sic)* mausoleo de mármol de inmenso costo. Lo son igualmente todos los de los Mariscales del Imperio, varios ostentando las estatuas de sus dueños, los unos hablando en la tribuna, otros con la espada en la mano. No vi estatua ninguna del que representaba muerto y con las manos cruzadas en actitud de presentarse en el Supremo Tribunal, a excepción de los antiguos sepulcros de Abelardo y Eloísa allí traídos; todo recordando la vida, nada recordando la muerte.

Han trasladado allí las sepulturas más modernas de

Molière y de La Fontaine, que encierra una misma verja de hierro. Sobre el sepulcro de mármol de este último hay por emblema, epitafio o memento, ¿qué creerás tú? La cruz, la calavera, las R. C. I. P. del cristiano, o el famoso S. T. T. L. romano? Nada de eso. Hay una zorrita; de modo que parece el enterramiento del mismo Maître Renard.—Esta, en lugar tan austero, es una candorosa sencillez, que sobrepuja a todas aquellas con las que este escritor ha sabido hacer tan admirable sus amenos escritos.

Vense los sepulcros de Boildieu, Bellini, Méhul, Haraldt y sobre este último una lira con las cuerdas rotas. Vi también un monte pequeñito, formado con ligeras rocas artificiales en cuya cúspide se alzaban dos pequeños maderos; y pensando que formaban una cruz santa, dirigí con preferencia mis pasos allí; pero no era lo que me había parecido, sino un telégrafo liliputiense que, según su objeto y su misión, participaba que yacía allí su inventor Chappe.

Sobre todos estos fastuosos monumentos se levanta una enorme pirámide tan alta como la columna de la plaza de Vendôme, pero no para sostener como aquélla a un emperador, sino una estrella dorada, atinado emblema del que cubre aquel sepulcro suntuoso, Creso improvisado que, según se dice, hizo su caudal en la *Bande noire* de los *Demolliseurs;* esto es, de los que en tiempos de la revolución compraban conventos e iglesias que destruían para vender los ricos materiales y objetos de valor que encerraban.

No me parece que debería haber nada de profano en lo que define nuestra bella expresión vulgar con el nombre de CAMPO SANTO, a cuya entrada debería hallarse el solemne y religioso *Memento homo quia pulvis est, et in pulverem reverteris.*—Los monumentos levantados a los

grandes hombres y genios, esos bellos tributos del aprecio y gratitud de los pueblos, yo no los erigiría en el lugar en que yacen sus cadáveres, en un cementerio en el que todo debe recordar la muerte y sólo la muerte. Pero en éste, como ya he observado, todo recuerda la vida. En afirmación de lo dicho, dícese, pero no puedo afirmarlo, porque no lo he visto, que existe en el citado cementerio un epitafio concebido en estos términos:

«Aquí yace X.—Excelente hijo, excelente padre, excelente esposo, excelente ciudadano; de todos muy sentido, en particular de su inconsolable viuda, que sigue al frente de su acreditada sombrerería, calle tal, núm. tal.»

Al retirarnos el guarda, que con su casaca de terciopelo negro, su placa de plata y una banda ceñida al brazo nos había hecho los honores de aquel inmenso panteón, me preguntó ufano si no era aquel el cementerio más magnífico del orbe.

—«Lo es, respondí; y tanto, que si yo hubiera podido influir en la elección de los nombres que llevan los sitios públicos de París, habría trocado el que lleva este lugar elevado, alegre y lleno de curiosidades artísticas, con el que lleva el paseo algo triste y cercano al Sena de *Campos Elíseos.*»

El guarda quedó muy satisfecho y lisonjeado con mi respuesta; pero no así un caballero francés amigo nuestro que nos acompañaba, el cual me preguntó qué era lo que me movía a decir eso.

Le contesté:—«Es el que después de haber recorrido ciento veintidós fanegas de tierra cubiertas de sepulturas, no hallo en mi temple la grave, austera y religiosa impresión que es la análoga y obligatoria en el vivo que visita la mansión de los muertos. Estoy admirada, sin duda, de tanta riqueza y de tanta joya artística; pero esta aristo-

cracia llevada *ultra tumba* conmueve menos el corazón que una sencilla Cruz de madera; Cruz que nos valió y promete la Redención, y más que todos los epitafios laudatorios y emblemas me impresionan estas breves palabras: *rogad por su alma,* que nos da la consoladora convicción de la eficacia de los sufragios.

—«Pues ¿cabe de parte de los vivos para honrar la memoria de sus allegados, añadió,—más fausto y más grandeza?

—«Cabalmente—contesté—es esto lo que no me satisface; porque el fausto y la muerte son lo más contrapuesto que hallan así el cristiano como el filósofo; el fausto en un sepulcro es el más completo triunfo de la frivolidad humana. Pero note usted que no lo motejo en los *individuos* que una vez establecida la costumbre la siguen, sino la *costumbre* que lo ha sancionado. La igualdad, no la material y soberbia, sino la moral y humilde, donde tiene su más práctica aplicación es en ese *Campo santo* que rechaza de sí todo lo profano.

—«¿Qué forma, pues,—repuso mi interlocutor,—parece a usted más apropiada al último asilo de los que hemos amado? ¿Piensa usted—añadió con ironía—que se deberían enterrar los cadáveres en las Iglesias, como antes se hacía?

—«No señor, le contesté. Los reformadores al vapor se figuran que los que caminan a su manera se quedan parados, lo cual es inexacto y nunca ha sucedido. Cuando había innumerables Iglesias y las poblaciones eran cortas podía hacerse una cosa que hoy día será irrealizable. Pero más adecuados a su objeto me parecen los cementerios de España, sobre todo uno que he visto cercano al mar. Era un inmenso cuadrado formado en medio de anchos muros que cual avisperos estaban llenos de nichos en todo iguales, en

los que al lado unos de otros se embutían los féretros, y que después se cubrían con una loza de mármol blanco que grabados con caracteres negros llevaba el nombre de la persona finada, la fecha de su muerte y la santa jaculatoria:

Eterna paz dale, Señor.

»El suelo de este inmenso cuadadro era de arena, que es suelo muerto, estéril, inerte, propio de aquel lugar, y que no dejaba vegetar planta alguna, ni aun el austero ciprés que parece probar que aun las plantas se diferencian entre sí, teniendo cada cual su índole y su carácter. En medio de este cuadrado había una capilla, y en esta una Cruz con el Señor agonizando en ella y muriendo al pronunciar la más clemente de las palabras que pronunciaron sus clementes labios:

¡Padre, perdónalos!

»Este descrito lugar—proseguí,—me parece la exacta y cumplida expresión de Religión y de gravedad solemne y tranquila, adecuada no al *jardín de los muertos,* sino al *Campo santo* al que el Cristiano confía los restos mortales de las personas que amó.

»Al día siguiente, lo primero que me preguntó lleno de vanagloria el peluquero fué si me había parecido bien el *Père la Chaise*.

—«No,—contesté.

—«¡Cómo!—exclamó asombrado—¿no ha admirado a usted?

Guardé el mismo silencio porque no atinaba que contestarle.

—«¡Ah, ya caigo!—añadió después de un rato de re-

flexión;—el Padre La Chaise no ha agradado ni llenado a usted porque es un cementerio.

—«Al contrario—contesté;—a pesar de sus bellezas no me ha llenado, porque no me lo ha parecido.

V

De un cuaderno M. S. de pensamientos propios y traducidos de la Madre de Cecilia Böhl. (1)

—El temor de la censura quita el fundamento a toda energía de carácter; y trabajando por ser prudente, se pierde de vista la rectitud.

—Las almas elevadas se atraen por expresiones que escapan al explicarlas.

—El alma da la fisonomía; la naturaleza sólo da las facciones.

—Amar es amistad; desear la posesión de un objeto es amor; desear exclusivamente ese objeto, es pasión. El primer sentimiento es un bien; el segundo, un apetito del placer; el tercero, siendo el más vivo, aumenta el placer y prepara penas.

—La mujer que es digna de la amistad, no debe perderse por el amor.

---

(1) Este epígrafe y el texto que le sigue están escritos de letra de Cañete, entre cuyos papeles se encontraban. Los prestigios literarios de D.ª Frasquita Larrea, madre de Fernán, que firmaba sus escritos con el pseudónimo de *Corma,* son bien conocidos, aunque no todo lo que debieran. El R. P. Valencina, celoso paladín de la gloria de Fernán, posee entre otros valiosísimos documentos, acerca de la novelista y de su obra, según ha tenido la bondad de manifestarme en una de sus cartas, materiales para la publicación de un libro inédito debido a la pluma de doña Frasquita, que seguramente será cosa digna de leerse. Aquel a quien interese esta notable y original figura social y literaria, puede consultar los trabajos publicados sobre ella por la insigne D.ª Blanca de los Ríos y los *Recuerdos de Fernán Caballero,* del P. Coloma.

—El mejor medio de vengarse de los enemigos es adquirir nuevas virtudes. Se siente uno entonces tan superior a ellos, que pasa la gana de vengarse.

—Mme. Genlis dice que «la elegancia es la nobleza de las gracias»; La Rochefoucauld, que la magnanimidad es la razón del orgullo.

—Las efusiones más felices del ingenio humano semejan inspiración. Las deducciones de la razón destruyen lo sublime.

—Nuestras primeras nociones merecen el nombre de preocupaciones. Sólo cuando empezamos a titubear en nuestras opiniones es cuando ejercitamos la razón en examinarlas; y entonces, si las recibimos, se pueden llamar nuestras.

—Todo lo que conduce a hacer a una persona independiente en algún tanto de los sentidos, es un báculo para la virtud.

—El mejor apoyo es la conciencia. *Fer. Cab.*

—Pasando por los bosques de pinos, me ha parado una especie de reverencia mística, y he rendido homenaje a sus venerables sombras. No ninfas, sino filósofos, parecían habitarlos... siempre pensando. Apenas podía persuadirme estuviesen sin algún sentir de su existencia, sin algún goce del placer que derramaban.

—El signo, grande y cruel, que caracteriza las pasiones, es el de imprimir su movimiento a toda la vida, y su dicha a pocos instantes.

—Ninguna circunstancia se liga a los sucesos de la vida como la música. Las memorias que incita no amargan, vuelve a dar placeres pasados. Es más bien volver a sentir que acordarse.

—De todos los vicios, la bajeza es el que inspira menos indulgencia. El exceso de alguna cualidad puede ser

origen de los demás; sólo éste nace de la privación de todas ellas.

—La prudencia es el resorte de los endebles, y rara vez llegan donde pudieran los que están determinados a no ir más allá por ningún motivo.

—La verdad, en punto a la moral, siempre me ha parecido ciencia de lo sublime; como en orden al buen gusto, la sencillez el único criterio de lo bello.

—Sólo nos parece severa la justicia cuando es imperfecta.

En la Tercera Página

Cálculo y corazón.—Diálogo entre una Dama y un Filósofo, sentados a orillas del Genil (1817). M. S.

DAMA.—Los españoles son unos fenómenos. ¿Qué nación, qué suelo ha producido jamás un conjunto de tan hermosas cualidades como las que vemos en el pueblo español? Religioso sin superstición, valiente sin jactancia, sufrido sin apatía, humilde sin bajeza, orgulloso sin vanidad, sobrio, honrado, generoso, poético.

España es un río de puras aguas con la superficie corrompida.

FILÓSOFO.—...¡El pueblo español sin supersticiones! ¿Hay otro que las tenga de mayor tamaño? Díganlo las efigies que adora y que castiga cuando no alcanza lo que les pide. Díganlo las reliquias, los escapularios, los milagritos colgados en los altares, los amuletos contra lo que llaman mal de ojo, los...

DAMA.—Y díganlo en otros países las brujas, las estantiguas, la nigromancia, los agüeros de toda especie; sobre todo dígalo la ilustrada Inglaterra que acaba de ofrecer holocaustos a una vieja de setenta años que se dijo preñada del segundo Mesías (Joana Southeote) y de creer a un fanático metodista cuando predijo que el mar iba a tragarse uno de sus puertos (Brighton) y así ocasionar la emigración y ruina de varias familias (Las supersticiones en España son tan inofensivas como consoladoras).

. . . .

DAMA.—No puede haber UTILIDAD hermosa. Todo lo inútil, las flores, el canto del ruiseñor, el rumor de la selva, todas las fragancias, los colores, las músicas, las bellas artes todas, en fin, todo aquello cuyo objeto es tan desconocido como indeterminado, es lo verdaderamente hermoso. Y no parece sino que la misma naturaleza, celosa de su exclusiva magia, retira sus encantos de las cosas de la industria del hombre.

DAMA.—Así son ustedes que se llaman filósofos. Todo lo que sale de la esfera material de la vida, lo denominan mística—y para ustedes, tan proclamistas de la libertad física, tratar de la independencia del alma es locura, o por otro nombre, mística. Quieren ustedes aherrojar el vuelo del espíritu, mientras llaman esclavitud lo que sólo reprime las acciones y palabras que pueden perjudicar al orden social.—Pero vámonos, que ya se nos va cu-

briendo el sol. Mire usted cómo sus últimos rayos salpican de oro estas ondas, apenas agitadas por el airecillo de la tarde. Ya se oye el último arrullo de los pájaros; y el tañido de los distantes cencerros se confunde con la voz del pastor que cantando su romance, conduce el rebaño al redil. Pronto todo callará en la naturaleza. Y estas dulces imágenes que tanto sosiegan los sentidos, ¿no nos mandan enfáticamente el olvido de los intereses de la vida?

VI

Versos escritos por Arriaza en el Album de la Madre de Fernán Caballero en ocasión de hacer un viaje a Inglaterra (1).

. . . .

Al dorso de la misma cuartilla:

Ha venido esta composición o juguete en la Revista de Sevilla, tomo V, entrega 5.ª. Según mis noticias, los compuso para que los leyese en el cuarto del Infante D. Carlos, al que concurría, un diplomático extranjero que no podía pronunciar la jota:

Dijo un jaque de Jerez
con su faja y traje majo
«yo al más guapo el juego atajo
que soy jaque de ajedrez.»

---

(1) Cuartilla escrita de letra de Fernán, epígrafe inclusive, que se encontraba entre los papeles del Marqués de Valmar. Al pie de la misma se lee en tinta roja: Autógrafo de Cecilia Böhl. No reproducimos los versos de Arriaza.

Un gitano que el jaez
aflojaba a un jaco cojo
cogiendo lleno de enojo
de esquilar la tijereta
dijo al jaque: por la jeta
te la encajo si te cojo.
«Nadie me moja la oreja,
dijo el jaque, y arrempuja,
el gitano también puja
y uno aguija y otro ceja.»
En jarana tan pareja
el jaco cojo se encaja
y tales coces baraja
que el empuje del zancajo
hizo entrar sin gran trabajo
al gitano y jaque en caja.

VII

Extractos (1)

Car ce pays de liberté a comme tous les autres des lieux et des hommes privilegiés.—Où aller pour rencontrer l'*égalité* parfaite?—Dieu ne l'a placée nulle part; il a voulu tout inégal, car il n'a rien crée de semblable. L'égalité est hors la loi, car elle est hors de la nature.

—

Rien n'est d'un despotisme plus efrené que la vertu républicaine.

---

(1) Estas notas son también un autógrafo de Fernán. Se encuentran entre las cartas a Cañete.

Il y a des personnes qui ne croient plus en rien; il vaut peut être mieux croire a tout

Vicompte d'Arlincourt
LA PELERIN

Il est vrai que la grandeur selon les hommes n'est pas la grandeur selon Dieu.

DUMAS

La cause la plus sacrée qu'il y ait au monde est celle du malheur de la royauté et de la religion.

DUMAS

Que la chose soit au dessus on au dessous d'elle notre bien heureuse civilisation a horreur de tout ce qui n'est pas a son niveau.

DUMAS

Il comprenait ou'il y a dans l'accomplissement d'un devoir si humble si modeste qu'il soit, plus de grandeur veritable que dans cette philosophie de la quais que consiste a nier ou a deprécier tout ce qui rehausse la nature humaine.

JULES SANDEAU

BALZAC

(Impresión de Bruselas, año de 1839)

La maison Nucnigen

—¡Oh! dit Blondel, moi je voi dans ce que nous avons dit la paraphrase d'un mot de Montesquieu, dans la qu'il a concentré l'esprit des lois.

—Quoi? dit Finot.

—«Les lois sont des toiles d'araignées a travers les quelles passent les grosses mouches».

—Où veux tu donc en venir?—dit Finot a Blondel.

—Au gouvernement absolu, le seul ou les entreprises de l'esprit contre la loi puissent être reprimées!... Oui, l'arbitraire sauve les peuples en venant au secours de la justice, car le droit de grâce a pas d'envers *le roi peut gracier le banqueroutier fraduleux; il ne rend rien a l'actionaire.*—La legalité tue la société moderne.

—Fais comprendre cela a tes elécteurs!—dit Bixion.

—Il y a quelqu'un qui s'en est chargé.

—Qui?

—Le temps.—Comme l'a dit l'evêque de Leon si la liberté est ancienne, le pouvoir absolu est éternel.—Toute nation saine d'esprit y reviendra sous une forme on sous autre.

Los renglones marcados con 1, 2, están, me parece, no sólo demás, sino que son contradictorios al pensamiento general. *(Nota de Fernán.—Los renglones aludidos son los que representan en la carta las palabras que hemos subrayado por nuestra cuenta.)*

Musée des familles

Juillet de 1847

On ne sauvoit parler de nos grans homes sans avoir a citer quelque nouveau trait de sagesse ou de bonté du saint père Pie IX. Un riche seigneur italien, tuteur de deux neveux, voulait instituer un seul de ses neveux legataire universel en lui imposant un fideicomis en faveur de l'Eglise; mais ayant appris que les deux frères avoient resolu de se partager egalement sa fortune, il fit un autre testament qu'il deposa chez le pronotaire du Saint Siege.—D'aprés cet acte, les neveux etaient reduit a une modique legitime et tout les bries du testateur, etaient legués au

prêtre qui par l'effet du hasard, aurait dit la première messe le jour de ses funerailles.—Le Seigneur etant decédé, le pronotaire ouvra le testament et la comunique au Souverain Pontife avant que personne en ait connaissance. Celui ci, quoi qu'ayant reçu cet avis fort tard dans la soirée se rend avant l'aube du jour a l'eglise où les funerailles devaient être celebrées, se fait ouvrir les portes et ofre là le saint sacrifice. Devenu ainsi légataire universel sans restriction, le Saint-Pére a abandonné sur le champs aux deux neveux la successión toute entière.

Mr. Guizot apporte au monde les enseignements qui'i a puisé dans sa retraite. D'une part les aveugles incurables, et de l'autre part les egoistes peureux. Mr. Guizot est persuadé que les revolutions font des libertins habiles a profiter de tout, des poltrons dociles a tout, et une foule de gens décourages qui, au jour de lé'preuve, se refugient dan leurs interets privés, comme le rat de la fable dans son fromage.....

. . . .

La société ne peut plus être goubernée par la quantité, mais par la qualité. Il faut a sa tête une classe politique dont la fortune soit faite.

VIII

Autógrafo de Fernán sin título ni indicación alguna. (1)

Sea usted tolerante, como se precia de serlo todo hombre liberal e ilustrado, y deje a mis ideas *antiactuales* su rinconcito al sol de Dios en la palestra que con tanta arro-

(1) Se encuentra entre los papeles de Cañete. Las dos primeras notas son, como se ve, materiales dispuestos para ser utilizados en alguna carta.

gancia tienen invadida las actuales, que para todas hay lugar en ella, si no hemos de circunscribir los horizontes del pensar y del sentir, &.

—

Habría deseado que la crítica de usted hubiese recaído sobre los muchos y reales defectos de las mencionadas obritas, para que sometiéndome y acatando las opiniones de un literato tan distinguido y de un poeta de tanto mérito, viese usted cuán lejos estoy del necio amor propio que rechaza toda crítica y desdeña todo consejo; pero usted ha venido a herirme en el solo flanco en que me creía invulnerable, y esto, Señor, no podía yo dejarlo pasar sin vindicarme y sin demostrar una culpable indiferencia por mi reputación literaria.

Vuelto: Teme poco, espera menos y doma las ansias del corazón; así gozarás de la felicidad de los dioses. Este es el consejo de la razón. Empero, más modesto el sentir se atiene a la felicidad humana; teme, espera y ama.

—

No hablar más, por Dios, de la dignidad del hombre; dadle de comer y domicilio; que cubiertas sus necesidades, de por sí se vendrá la dignidad.

—

Les ideés les plus fécondes sont en même temps les plus simples, mais elles ne viennent qu'au génie.

MAGNIER

—

Qué de arte se necesita para ser natural!

(Folletín anónimo de la Presse)

—

Los adelantos humanos caminan de lo compuesto a lo sencillo, porque en lo sencillo está la perfección.

DUMAS

INDICE



